16750

AGUILAR

CAPITALISMO Y REVOLUCION EN MEXICO

HC135
A39

ALONSO AGUILAR M.

CAPITALISMO Y REVOLUCION EN MEXICO

Ensayos

EDITORIAL
NUESTRO TIEMPO, S. A.

Colección: LA LUCHA POR EL PODER

Primera edición, 1977

Derechos reservados conforme a la ley

© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.
Avenida Copilco 300
Locales 6 y 7
México 20, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

INDICE

	Presentación	7
I.	El capitalismo monopolista de Estado en México.	9
II.	Anarquía y desigualdad.	17
III.	Nacionalismo burgués y nacionalismo revolucionario	22
IV.	¿Reformismo o lucha revolucionaria?	37
V.	La izquierda y la lucha revolucionaria	47
VI.	Bosquejo de un programa antimonopolista	89
VII	Nacionalización y capitalismo monopolista de Estado	122
VIII.	El problema de las fases en la lucha por el poder.	150
IX.	Unidad, alianzas y lucha de clases.	188
X.	La vía mexicana al socialismo.	216

PRESENTACION

El presente volumen incluye varios ensayos de Alonso Aguilar Monteverde sobre diversos problemas del capitalismo y la lucha revolucionaria en México. Dichos ensayos, aparecidos principalmente en la revista Estrategia a partir de 1975, se hallan en su mayor parte agotados, razón por la cual se recogen en esta obra, que esperamos sea de interés para quienes participan de un modo u otro en esa lucha e incluso para aquellos que, aun no siendo militantes, sienten la necesidad de conocer mejor los grandes problemas sociales del país así como los caminos de solución que, concretamente, se proponen desde la izquierda.

El material que aquí se reúne no pretende inventariar en detalle los problemas nacionales ni ofrece fórmulas mágicas para resolverlos. Tampoco examina tales problemas en abstracto, ni repite los lugares comunes que frecuentemente oímos sobre ellos. Los ve más bien como signos de contradicciones profundas del capitalismo mexicano en la presente fase de su desarrollo y como expresión de una lucha de clases que sólo podrá resolverlos a partir del momento en que el pueblo conquiste el poder y avance en el camino de construir el socialismo.

Y ¿qué hacer, entretanto? ¿A qué tareas dar preferencia y por qué? ¿Dónde situar al principal enemigo y cómo enfrentarse a él? ¿Con quién concertar alianzas? Estas y otras cuestiones de no menor interés se discuten en este libro, en que muchos viejos problemas se replantean en una nueva perspectiva histórica.

EDITORIAL NUESTRO TIEMPO, S.A.

I

EL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO EN MEXICO.*

Funcionarios del gobierno, empresarios privados y economistas al servicio de la clase en el poder gustan repetir que la nuestra es una economía «mixta», una economía no comprometida en la que bajo el régimen jurídico de la Constitución Política de 1917 y conforme al ideario democrático de la Revolución de 1910, los intereses individuales y colectivos y aun los más graves conflictos de clase se concilian armónicamente dentro de un sistema social que, sin ser capitalista ni socialista, escaparía a los extremos y a las fallas de uno y otro y tomaría, de ambos, lo mejor; esto es, del capitalismo supuestamente la libertad y del socialismo la justicia. La fórmula es sin duda hábil, atrayente y engañosa; es menos burda que la que, con igual propósito, se ha hecho circular por la ideología burguesa en otros países capitalistas sobre todo desde los años de la segunda guerra mundial. De un plumazo consigue librar a la sociedad mexicana, al menos de palabra y retóricamente, de los más graves problemas que la aquejan.

Pero los hechos suelen ser tercos y, por mucho que se intente ignorarlos en simplistas y aun sofisticados alegatos, acaban a la postre por imponerse. Y el hecho insoslayable es que no importa cuanto se empeñen la burguesía y sus ideólogos en negarlo México es un país capitalista, un país, por lo tanto, no aislado sino que se desenvuelve en el seno y formando orgánicamente parte del sistema capitalista. Lo que quiere decir que al margen de otras consideraciones y de especificidades y rasgos propios que es menester no olvidar, a nuestro país le son aplicables las leyes que rigen el desarrollo del capitalismo, y concretamente aquellas que,

* Publicado en la revista ESTRATEGIA No. 12, México, noviembre-diciembre 1976.

en la presente fase del imperialismo, condicionan el desenvolvimiento del capitalismo monopolista de Estado. Si esto no se entiende a fondo y la forma en que esas leyes operan no se conoce con precisión resulta muy difícil comprender los grandes problemas de nuestra patria e imposible, desde luego, resolverlos. De ahí que el primer problema al que debemos enfrentarnos es saber en dónde estamos, es decir, de dónde partimos y hacia dónde vamos, pues toda situación social y política es siempre, no un dato dado, sino un proceso contínuo y cambiante de relaciones y contradicciones sobre las que no puede actuarse con éxito, casual ni espontáneamente

Del capitalismo premonopolista al capitalismo monopolista de Estado.

El capitalismo y sobre todo el mundo de hoy no son idénticos a los de hace cincuenta o cien años. Hasta fines del siglo pasado predominó el capitalismo premonopolista o de libre concurrencia. A principios del XX, cuando el desarrollo del capital monopolista hizo nacer el imperialismo, la sociedad capitalista se extendía al parecer sin tropezar con obstáculos insalvables y aun con la pretensión de ser la única forma racional y viable de organización económica y social. La guerra iniciada a fines de 1914 fue un signo de que las contradicciones del capitalismo se acentuaban grandemente; pero como el conflicto hizo crecer la actividad económica y sobre todo la demanda a base de enormes gastos improductivos, cuando en octubre de 1917 estalló la revolución socialista en Rusia, de momento no se comprendió bien su significación histórica ni la influencia decisiva que ejercería sobre el mundo capitalista.

Dicha revolución puso fin a la universalidad del capitalismo. Y aunque Rusia sería invadida por los ejércitos de las grandes potencias desde prácticamente todos los puntos cardinales, la primera guerra mundial y sobre todo el triunfo y la consolidación del primer Estado proletario señalarían el principio de una nueva etapa del imperialismo

–la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado– y de una crisis general, ya no solamente cíclica, que además de intensificar viejas contradicciones agregaría una nueva y de mayor alcance histórico (capitalismo/socialismo), como expresión internacional de la lucha de clases y del antagonismo principal en la época de transición al socialismo.

El capitalismo monopolista de Estado –que en la teoria leninista es la última fase del imperialismo– cobra impulso y se reafirma a partir de la crisis de 1929 y de la severa depresión de los años treinta, y especialmente al calor de la segunda guerra mundial y bajo el impulso del anticomunismo y la reconstrucción económica de los años de la guerra fría. Y aunque el desarrollo del sistema a escala mundial se vuelve a partir de entonces aun más desigual y contradictorio que antes, la creciente concentración y centralización del capital, el cada vez más alto grado de monopolio y las nuevas formas de integración e internacionalización en que se expresa la socialización de la producción capitalista, extienden y refuerzan el capitalismo monopolista de Estado, el que ya no sólo será privativo de las grandes potencias sino que empezará a desenvolverse con rapidez en algunos países capitalistas subdesarrollados.

ESTRATEGIA considera –y en sus dos primeros años de vida ha tratado de demostrarlo– que ello acontece en México a partir de los años cincuenta, y que si bien el proceso exhibe modalidades propias que lo distinguen en muchos aspectos del que es característico de los grandes países capitalistas tanto entonces como en los treinta o cuarenta años previos, tiene a la vez rasgos comunes que descubren la acción de las mismas leyes y que permiten afirmar que el capitalismo mexicano es, hoy en día, un capitalismo monopolista de Estado.

No repetiremos aquí lo ya dicho en muchos números previos de la revista. Nos limitaremos a subrayar que a diferencia de lo que ocurre en otros países subdesarrollados, el capital monopolista de Estado condiciona sin duda actualmente en México el proceso de acumulación de

capital y, en un sentido más profundo y global la suerte toda del sistema, es decir el carácter de las relaciones de producción, las formas de la división técnica y social del trabajo, los métodos de producción y las condiciones de distribución e intercambio del producto, los patrones de consumo, las modalidades del ciclo económico, las formas de explotación del trabajo y de reparto de la plusvalía, la estructura de clases y, en buena parte, las luchas entre ellas, el carácter del Estado y el de la oligarquía financiera; y en fin, tanto el régimen político y la forma en que se ejerce el poder como el papel tributario que nuestra economía ocupa en el sistema capitalista internacional.

Especificidad del capitalismo mexicano.

Si no comprendemos que el complejo mecanismo a través del cual se entrelazan los factores económicos, sociales y políticos, internos e internacionales que condicionan el desarrollo actual de la sociedad mexicana es el capitalismo monopolista de Estado, menos aún podremos determinar y entender la etapa en que vivimos y las contradicciones que le son propias; y ni qué decir acerca de la posibilidad de actuar eficazmente sobre ellas, situar al principal enemigo, descubrir y ayudar a liberar las fuerzas motrices del cambio social y ganar a los aliados capaces de hacer triunfar una estrategia revolucionaria.

Lo que en otras palabras significa que solamente sabiendo con precisión en que etapa nos hallamos, podremos definir cuáles son los principales problemas que aquejan a nuestro país y sentar seriamente las bases de su posible solución. Y postular que recorremos una primera fase del capitalismo monopolista de Estado es ya una manera mucho más precisa y práctica de lo que a primera vista pudiera parecer, de dar cuenta objetiva de esos problemas. En efecto ello quiere decir cosas fundamentales como éstas:

1) La economía mexicana no es «mixta» ni está formada por un sector privado, uno supuestamente público y uno

social que se entrelacen y apoyen armónicamente. Es una economía capitalista a la que le son inherentes graves desajustes y contradicciones que esencialmente derivan de la propiedad privada de los medios de producción y de la explotación del trabajo por parte de la burguesía.

2) El capitalismo mexicano no es algo nuevo, llamado a resolver nuestros más graves problemas; es incluso la causa principal de muchos de ellos y el modo de producción dominante desde hace aproximadamente un siglo. La etapa en que se encuentra no es por tanto inicial sino, en un sentido histórico, la última del desarrollo del sistema.

3) El grado de concentración y centralización del capital, si bien seguramente se acentuará en el futuro, corresponde ya a una situación de franco e irreversible dominio del capital monopolista en prácticamente todas las principales ramas de la producción y el comercio de bienes y servicios.

4) La dependencia estructural del capitalismo mexicano, su atraso económico, el papel subordinado que le corresponde en el sistema y la incapacidad de la empresa privada nacional para mover el proceso a la manera clásica, dan al capital monopolista en un país como el nuestro una composición y formas de articulación que lo vuelven especialmente inestable y contradictorio, pues con dicha empresa compiten, entran en conflicto y a la vez se relacionan estrechamente y aun apoyan en forma recíproca el capital monopolista extranjero y el capital del Estado.

5) Del capital monopolista emerge una poderosa oligarquía financiera que controla los principales centros del poder económico y que influye grandemente en la toma de decisiones y aun ejerce el poder político, naturalmente sin necesidad de que cada puesto importante se confíe a un banquero, un industrial o algún otro magnate.

6) La crisis que sufrimos no es únicamente cíclica ni menos todavía una crisis monetaria pasajera que haya de resolverse con una medida tan sencilla y elemental, pero a la vez tan dolorosa para el pueblo como la devaluación del peso. Es una crisis general que afecta al capitalismo en su conjunto y de la que, dentro de la actual estructura, no

podrá escapar la sociedad mexicana. La severidad de la crisis comprueba la creciente intensidad de las contradicciones capitalistas y la incapacidad del sistema para resolverlas, en un momento en que el socialismo se consolida y empieza a determinar el curso de la historia. En otro sentido es una prueba de que si bien el sistema cuenta todavía con medios para hacer frente a ciertos problemas –gastos militares, dilapidación de recursos en múltiples formas de consumo y desperdicio, guerras «locales», enorme publicidad para estimular el consumo innecesario, etcétera–, su empleo resulta a menudo un remedio peor que la propia enfermedad.

7) Aunque el predominio de las relaciones capitalistas –y aun concretamente monopolistas– no entraña en México un freno tal al desarrollo de las fuerzas productivas que lleve al estancamiento, la experiencia del último sexenio demuestra incluso dramáticamente, que la contradicción fundamental del capitalismo (socialización de la producción/concentración monopolista de la propiedad) se ha agudizado, que el crecimiento económico ha sido lento e inestable, que la irracionalidad del sistema se ha extremado, que el capital privado nacional y extranjero carece del impulso que tuvo en otros países y otros tiempos y que, aun para sostener el modesto crecimiento que entraña un aumento *medio* de alrededor de 2% anual del ingreso bruto por habitante, la clase en el poder ha echado mano de una severa inflación, desempleo masivo, múltiples desequilibrios internos, un endeudamiento sin precedentes, una fuerte devaluación monetaria, una explotación cada vez mayor de los trabajadores, el empleo de medios represivos y, pese al antimperialismo verbal y puramente retórico de muchos funcionarios, un saldo real de dependencia, sobre todo económica, mayor que en cualquier otro sexenio.

8) La idea de que en un país como el nuestro el Estado puede resolver tales problemas, hacer frente a la crisis capitalista y abrir el cauce de un desarrollo nacional independiente es, a estas horas, mera ideología burguesa sin fundamento, o en el mejor de los casos, una ilusión

pequeñoburguesa que la realidad se encarga, día a día, de desmentir. El Estado tiene un profundo contenido de clase, y aunque en su seno hay siempre contradicciones ello no le quita su carácter burgués, o sea el de un cuerpo que no sólo sirve a la clase dominante sino, sobre todo, a la oligarquía monopolista. Pero como esta función se cumple a través de las más diversas y a menudo encontradas medidas, así como al amparo de una autonomía relativa que incluso es necesaria para el desarrollo de aquélla, con frecuencia se producen desacuerdos y fricciones que lejos de ser ajenos al capitalismo monopolista de Estado, le son inherentes.

9) El que el Estado, en contacto estrecho con los monopolios privados pase a ser un factor decisivo en el proceso de acumulación y por ende en la reproducción de las relaciones capitalistas, y el que en el marco de tales monopolios destaque a menudo –al menos en ciertos campos estratégicos– el capital extranjero, da al desarrollo económico, a la estructura social y la lucha de clases caracteres especiales. En efecto, el que el Estado explote directa e indirectamente centenares de miles de trabajadores productivos denuncia sin duda, ante los trabajadores más concientes, su carácter de clase y su verdadero papel en el sistema, e influye para que la lucha obrero-patronal se vuelva, cada vez más, una lucha política; y el que una parte significativa del capital monopolista sea extranjero refuerza la conciencia y la necesidad de la lucha antimperialista como elemento indisoluble de la causa de la liberación y el socialismo.

Todo lo anterior revela que si bien el capitalismo nunca podrá librarnos del subdesarrollo, la dependencia y la explotación, el que el sistema recorra nada menos que su última fase significa que la suerte está echada y que ya no es posible volver atrás y buscar, en un pasado supuestamente mejor que el presente la solución de nuestro problema. Ni siquiera es posible dejar el camino ya en gran parte recorrido y optar por una vía no capitalista. Sólo avanzando hacia el futuro encontraremos las soluciones que busca-

mos, y para los mexicanos de hoy, el futuro es el socialismo. Dadas ciertas condiciones objetivas, de la capacidad organizativa, responsabilidad, decisión y entrega con que luchemos por él dependerá su proximidad.

II

ANARQUIA Y DESIGUALDAD.*

Más explotación, mayor irracionalidad

Se admite con frecuencia que el desarrollo de nuestro país es profundamente desigual y que, en tal virtud, exhibe marcadas diferencias entre regiones, sectores, actividades y niveles de ingreso de los diversos estratos y clases sociales. En general, los desequilibrios suelen atribuirse a problemas ancestrales o a políticas erróneas seguidas en el pasado. En las versiones oficiales nunca tienen que ver con la política del gobierno en turno ni con el carácter anárquico de la producción; siempre, en cambio, se ofrece superarlos mediante medidas más o menos intrascendentes o que al menos no atacan sus causas de fondo. A ello obedece que si bien se habla continuamente de la necesidad de lograr un desarrollo cada vez más racional, a medida que el capitalismo, y en particular el capitalismo monopolista se afirma como el modo de producción dominante en nuestro país, las cosas se vuelven más irracionales.

El capitalismo, como todo fenómeno social o de la naturaleza no se desenvuelve de manera arbitraria o caprichosa; no lo hace tampoco uniforme, gradual ni suavemente. Se mueve a saltos, a ritmos desiguales y en forma siempre contradictoria. Todo lo cual expresa el funcionamiento de ciertas leyes y, específicamente, el carácter anárquico de la producción capitalista, una producción dispersa, atomizada entre numerosas empresas y a la vez profundamente social que, a través del mercado, o sea del intercambio mercantil y del sistema de precios, condiciona la división del trabajo en respuesta al móvil de lucro y al propósito de reproducir las relaciones capitalistas de explotación.

* Publicado en la revista ESTRATEGIA No. 12, México, noviembre-diciembre 1976.

El que todo se mueva directa o indirectamente en respuesta al deseo de obtener, especialmente de parte del capital monopolista, la mayor ganancia posible, y no a satisfacer las necesidades de la población o a alcanzar otros fines socialmente útiles; el que bajo este sistema la explotación del hombre por el hombre se eleve al rango de un principio fundamental sin el que supuestamente sería imposible estimular la «iniciativa creadora» de los empresarios, es la causa de que la producción capitalista sea anárquica y de que el desarrollo sea incluso cada vez más desigual y contradictorio. A ello obedece que mientras donde hay la perspectiva de altos beneficios se canalicen hombres y recursos materiales y técnicos, y donde no hay tal horizonte domine el estancamiento, el atraso y aun quede ociosa la capacidad productiva existente. Y los intentos de programación con base en los cuales se aspira a menudo a introducir cierta racionalidad, lejos de ser factores que alteren seriamente la acción de las leyes que rigen al sistema, se desenvuelven también bajo la influencia de ellas, y aun contribuyen, a plazo más o menos largo, a acentuar ciertas contradicciones.

Anarquía del capitalismo mexicano.

¿Cómo se expresan hoy la anarquía y la creciente desigualdad propias del capitalismo mexicano? De múltiples maneras.

La primera consiste en que no es cierto, como demagógicamente lo declaran a menudo los ideólogos burgueses, que nuestro país esté dejando de ser un país subdesarrollado y convirtiéndose en una pujante nación industrial que se acerca cada vez más a los países económicamente más avanzados. Lo cierto es más bien lo contrario. Pese a los cambios sufridos y a los avances registrados en los últimos años, la distancia que lo separa de las grandes naciones industriales es mayor que hace seis, doce o dieciocho años. Es mayor en términos de producción global y por hombre,

y por tanto en términos de ingresos y niveles de vida. Y si la comparación la estableciéramos con países socialistas como la Unión Soviética, Alemania Democrática, Checoeslovaquia o incluso con Polonia u otros de menor desarrollo, el contraste sería aun mayor, pues concretamente en el último sexenio tales países crecieron mucho más de prisa que los capitalistas, que como se sabe han sufrido los efectos de una severa crisis.

Mientras algunas industrias, sobre todo de aquellas controladas por el capital monopolista extranjero y por el Estado, como la automotriz, la petroquímica, la petrolera, la siderurgia, la de fabricación de ciertos equipos, la eléctrica, etcétera, crecen con cierta rapidez, otras, principalmente de bienes de consumo, las actividades primarias y ciertos servicios, lo hacen con lentitud.

El contraste entre el campo y las ciudades –y aun las diferencias entre diversos tipos de explotación agropecuaria– es cada vez mayor y más dramático. Frente a una gran agricultura que, pese a todas sus fallas y a sus todavía bajos niveles de productividad se moderniza apreciablemente, vastas extensiones rurales de temporal siguen sujetas a un campesinado pobre y de bajísimo nivel cultural y educativo, equipos y medios de trabajo inadecuados, parcelas pequeñas y poco productivas. Incluso entre unas ciudades y otras se ahonda también la desigualdad: entre la capital de la República y las de provincia; entre los grandes y más importantes centros urbanos –ocho o diez en todo el país– y los medianos y aun pequeños, en los que todavía faltan o son insuficientes muchos servicios esenciales. Y aun en cada ciudad se aprecian contrastes increíbles de riqueza y miseria, por ejemplo entre las zonas residenciales más ricas y las colonias proletarias más pobres.

Las diferencias regionales no son menos llamativas. Aunque a menudo se sugiere que está en marcha un proceso de desarrollo y aun de planificación regional, lo cierto es que la propia acción del Estado contribuye a acentuar los desniveles de productividad y desarrollo, y a que el país sea

un abigarrado mosaico en donde las zonas industriales –principalmente las de la capital de la República, Monterrey y Guadalajara– se aparten cada vez más de las regiones agrícolas más atrasadas en Oaxaca, Guerrero, Tlaxcala, Hidalgo, San Luis, Zacatecas y otras entidades.

La anarquía adopta formas aún más graves que en parte explican las anteriores. La inversión, como se sabe, y en particular la inversión privada es en México muy baja. En años recientes inferior inclusive al 10% del producto interno bruto. A menudo se afirma que ello es así porque no hay capitales debido a que el nuestro es un país pobre. La verdad es que sí los hay. Lo que no hay son capitalistas capaces de emplearlos con cierta racionalidad. Al capitalista mexicano le gusta dilapidar sus riquezas, fruto como en todas partes del trabajo de otros. Le gusta vivir y beber bien, gastar, tener residencias extravagantes, contar con varios automóviles, enviar a sus hijos al extranjero, evadir el pago de impuestos, especular con artículos de primera necesidad, con oro y valores, con terrenos o, como ocurrió en los últimos meses, con dólares. De todo lo cual deriva una economía débil e inestable en la que falta siempre lo esencial y sobra, paradójicamente, lo superflujo; en la que abundan los *Galaxies* y *Mustangs*, los bares y restaurantes de lujo, las «boutiques» elegantes mientras no hay suficientes tractores, hospitales, escuelas y viviendas populares.

Lo anterior no sólo exhibe una moral social minada por el mercantilismo sino una estructura socioeconómica deforme y a la que ya no es posible hacer funcionar en forma medianamente racional. Bajo el capitalismo monopolista de Estado el sistema de precios es incapaz de distribuir adecuadamente los recursos y por tanto la riqueza y el ingreso. Más bien tiende a extremar la contradicción fundamental del sistema, pues mientras la producción se vuelve cada vez más un proceso social en el que participan millones de hombres y mujeres que incluso desbordan las fronteras nacionales, la propiedad se concentra en unos cuantos consorcios multimillonarios. El capital monopolista

divorcia los precios de las mercancías de sus valores, o sea de las cantidades de trabajo que se requieren para producirlas. Procede así porque ello le asegura máximas ganancias; pero al hacerlo priva al capitalismo del único mecanismo regulador de que dispone para asignar los recursos, y agrava la inestabilidad y la crisis, distorsiona y aun frena el avance técnico, retiene los beneficios derivados del aumento de productividad, convierte a la inflación en un fenómeno crónico que ayuda a mantener altas tasas de ganancia, y concentra la riqueza, extiende el desempleo y hace del sistema un aparato monstruoso de explotación en que el pueblo trabaja para que una minoría privilegiada tenga a su alcance miles de bienes y servicios innecesarios que, en la enajenante y masiva publicidad de los monopolios, se vuelven el signo de la prosperidad y la felicidad.

El capitalismo que México padece es especial, incurablemente anárquico e irracional. Lo es bajo el viejo y también bajo el nuevo desarrollismo, y ni la empresa privada ni el Estado pueden enderezarlo. La verdadera racionalidad, en consecuencia, consiste en no verlo como un inevitable fenómeno de la naturaleza sino como un obstáculo que es posible e indispensable superar.

III

NACIONALISMO BURGUES Y NACIONALISMO REVOLUCIONARIO.*

El nacionalismo es un viejo fenómeno social, de cuyos orígenes y desenvolvimiento no podríamos ocuparnos en estas líneas. Baste decir que con el desarrollo del capitalismo y, sobre todo, del imperialismo, se afirma como nunca antes, aunque a partir del triunfo de la primera revolución socialista cambia profundamente su sentido y empieza a combinarse con formas de cooperación internacional hasta entonces desconocidas e inviables.

La consolidación del capitalismo inglés, especialmente en la segunda mitad del siglo XVIII, afirma un nacionalismo que jugará un papel muy importante en la expansión económica de Inglaterra. Algo similar ocurre en otros países, en donde el advenimiento del capitalismo como modo de producción dominante se ve acompañado o precedido de la aparición de Estados modernos, que de una u otra manera se identifican con los intereses nacionales. El caso de Francia, en particular desde la revolución de 1789 hasta la de 1848, es un buen ejemplo de cómo el desenvolvimiento del capitalismo descansa y a la vez refuerza el nacionalismo; y aunque el fenómeno reviste formas diferentes en otros países, el desarrollo de Alemania e Italia después de la unificación nacional realizada en la segunda mitad del siglo XIX, el de Japón en la etapa que se inicia con la restauración Meiji y la experiencia norteamericana que arranca de la expansión territorial anterior a la Guerra de Secesión y de ésta al nacimiento del imperialismo, confirman lo antes dicho.

* Publicado en la revista PROBLEMAS DEL DESARROLLO. Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, agosto-octubre de 1975.

El alcance y la proyección de las reivindicaciones nacionales cambian de una etapa histórica a otra, y lo que en un principio es una demanda avanzada y a menudo democrática, que expresa los intereses de una clase social en ascenso que toma el poder para implantar un nuevo régimen, más tarde, y concretamente al abrirse la fase monopolista deviene un nacionalismo que, bajo la influencia de la ley del desarrollo desigual y en el marco de la creciente internacionalización de la producción y el capital, da lugar a una política cerrada, opresiva, propiamente imperialista, y a la que más que afirmar la independencia propia interesa reforzar la dependencia de otras naciones.

El nacionalismo latinoamericano, aunque condicionado por el desarrollo del capitalismo a escala mundial se desenvuelve bajo la influencia más estrecha de la política que, a lo largo de varios siglos, España y Portugal y después Inglaterra y los Estados Unidos, adoptan para obtener y preservar su hegemonía. Y si bien empieza a cobrar impulso desde las postrimerías de la colonia, es con la independencia política, y principalmente en los movimientos que –coincidiendo con la instauración definitiva del capitalismo y el nacimiento del imperialismo– se producen hacia fines del siglo XIX y principios del XX, cuando adquiere algunos de los rasgos que lo caracterizan en los últimos decenios. El propósito de afirmación nacional se deja sentir en la lucha que encabeza Balmaceda en Chile, en la reorganización institucional y el movimiento modernizador que desde principios del siglo se abre paso en Argentina y Uruguay, en la Revolución Mexicana de 1910-20, en el *aprismo* peruano, en el movimiento brasileño de 30, en la lucha antimperialista de los países centroamericanos y del Caribe y en casi todas aquellas en que se expresa el anhelo popular de liberación.

En México, el nacionalismo se exhibe de múltiples maneras a lo largo de toda su historia moderna. Aflora en la guerra de independencia contra España, en el repudio a la agresión norteamericana que costó al país la mitad de su territorio, en el rechazo de la invasión francesa, en el

espíritu antiyanqui de los precursores de la Revolución, en la llamada Doctrina Carranza y la denuncia de la intervención militar de los Estados Unidos en 1914 y 1916, en el propósito de rescatar los recursos naturales y en el enfrentamiento a los consorcios petroleros que culmina con la expropiación y la nacionalización de 1938-39. Y en el México posterior a la segunda guerra mundial, el nacionalismo adopta las más variadas formas, que fundamentalmente expresan los cambios que el fenómeno sufre a consecuencia del desarrollo capitalista, de las contradicciones inherentes a tal proceso y de la creciente polarización social que a su vez acentúa el antagonismo de clases.

La causa nacionalista tiene, sin duda, no sólo clara presencia sino innegable prestigio entre los mexicanos. Salvo personas enajenadas y totalmente entregadas a los intereses extranjeros, todos nos sentimos más o menos nacionalistas. Desde las posiciones más encontradas se exaltan valores y tradiciones nacionales, y aun empresarios de aquellos que incluso han hecho sus fortunas al servicio del capital monopolista norteamericano, ostentan un nacionalismo retórico y alientan un folklorismo superficial y a menudo «charro» y de mal gusto, con el que pretenden comprobar su adhesión a la cultura «nacional». El Estado, por su parte, pese a que cada día es más un Estado burgués empeñado en preservar y reproducir las relaciones capitalistas de explotación, no conforme con subrayar su nacionalismo, asegura en todos los tonos que se trata de un nacionalismo genuinamente «revolucionario».

Sería imposible reproducir aquí siquiera los principales argumentos que se esgrimen en torno a ese «nacionalismo revolucionario». A fuer de ser objetivos, sin embargo, prescindiendo de consideraciones secundarias podríamos decir que el argumento central consiste en que la Revolución Mexicana consagró, en la Constitución de 1917, un tipo de sociedad, de régimen económico y de organización política en que los intereses nacionales deberían prevalecer sobre los de cualquier otra entidad, institución o clase social. Según tal explicación, la Revolución hizo posible un

nuevo Estado, un Estado propiamente revolucionario y sólo comprometido con las mayorías populares, que sin caer en el capitalismo «tecnocrático» ni en un socialismo «burocrático» y «totalitario», ha mantenido el equilibrio y combinado armoniosamente las libertades individuales y la justicia social.[1] Según los propios voceros oficiales esos principios forjaron una ideología revolucionaria.[2]

Y aun sectores sindicales que sin duda han ejercido cierta influencia en el movimiento obrero y que critican algunos aspectos de la política oficial seguida entre los años cuarenta y el gobierno de Díaz Ordaz, postulan la necesidad de volver a la doctrina nacionalista y a la estrategia del desarrollo de la Revolución, pues ésta se proyectaba hacia "[...] un orden social en el que no tenían ya cabida ni la estructura ni la superestructura típicas del capitalismo [...]" y en que "el Estado [...] no podía ser la instrumentación superestructural de intereses de clase históricamente inoperantes, sino de un interés nacional."[3]

[1] "Con aguda visión ha señalado el Presidente Echeverría –se dice al respecto en una revista oficial– que «se debaten ideas, tendencias ideológicas e intereses entre el mundo capitalista y el socialista. Lo fácil es entregarse a cualquiera de las dos tendencias sin profundizar en todas las implicaciones y consecuencias, porque con una gran propaganda una y otra corriente buscan el predominio a través de los grandes países capitalistas y socialistas". "Nuestro Nacionalismo Revolucionario", *Pensamiento Político*, no. 72, vol. XVIII. México, abril de 1975, p. 440.

[2] "Esta ideología, es desde luego, revolucionaria, no sólo porque se forjó en el curso de un alzamiento de las masas, sino además, porque se mantiene abierta como instrumento para continuar transformando la estructura social en beneficio de las propias clases populares. Es nacionalista, porque... aboga por el fortalecimiento de nuestra identidad y por la participación igualitaria en el concierto de las naciones.

"Es también una ideología democrática en tanto que consagra la participación general en las decisiones que orientan el curso social y porque preserva las libertades del hombre...

"Nuestra revolución dio forma a un Estado obligado a organizar a la Nación para producir riqueza y distribuirla equitativamente, pero asimismo obligado a respetar la libertad...

"Nuestra revolución condenó la acumulación egoísta, pero auspicia la actividad productiva que se traduzca en beneficios tangibles para la comunidad en su conjunto..." *Ibid.*, pp. 438 a 441.

[3] *Insurgencia obrera y nacionalismo revolucionario*, selección de textos de la

* * *

Sería fácil demostrar que la pretensión de la burguesía mexicana de hacerse pasar como depositaria y única heredera del ideario nacionalista de la Revolución, aparte de basarse en una concepción mecánica y lineal del proceso histórico, es además demagógica y apologética, pues por un lado tiende a engañar a las masas y por el otro –a partir de una supuesta identidad entre los viejos revolucionarios de ayer y los prósperos funcionarios y hombres de negocios de hoy– a reforzar posiciones que ni son ni fueron alguna vez revolucionarias. Mas aun suponiendo, sin conceder, que la burguesía pudiera legitimar los títulos que ostenta, no sería difícil probar que su nacionalismo no es revolucionario sino, precisamente, burgués.

Salvo en algunas de las proclamas de los grupos más radicales –como el magonismo y el zapatismo– que por lo demás nunca llegaron al poder sino que incluso fueron aplastados por la constelación de fuerzas triunfantes, el programa de reformas de la Revolución Méxicana no cuestionó ni menos aun puso en peligro las relaciones de producción fundamentales en que descansa el sistema. El principio de la propiedad originaria de tierras y aguas y la reserva de dominio de los recursos minerales del subsuelo, en favor de la Nación; la posibilidad de imponer ciertas limitaciones a la propiedad privada y el reconocimiento constitucional de nuevos derechos para los obreros y los campesinos, lejos de atentar contra el capitalismo –al que los principales ideólogos querían solamente «humanizar»–, pusieron en relieve, como los hechos habrían de corroborarlo, la necesidad de impulsar su desarrollo y, en particular, de reforzar el capitalismo de Estado. Y aunque ciertas posturas nacionalistas de los gobiernos posteriores a la

revista *Solidaridad*. México, 1973, pp. 44 y 45. En otro pasaje se reitera la tesis de que "...la Revolución... clausuró para siempre en México la vía de desarrollo capitalista..." (p. 55) de una economía hasta entonces «atrasada» y «feudal», p. 45.

Revolución concitaron a menudo la abierta hostilidad de los capitalistas extranjeros, a la postre desenlazaron en nuevos patrones de dependencia que, más que excluir a los monopolios internacionales, los fortalecieron y les abrieron –como sucedería especialmente con la política industrial– nuevos y más atractivos campos de acción.

Ideólogos burgueses y pequeñoburgueses han sostenido muchas veces que la Revolución hizo surgir un orden social y un Estado históricamente nuevos, y que éste último, desprovisto de un contenido de clase y apoyado fundamentalmente en las masas, cumpliría la delicada misión de mantener la armonía social y arbitrar los conflictos que pudieran afectar a los «factores de la producción».

De la posición que se adopte respecto a tales cuestiones y especialmente sobre el rol de la clase dominante de la Revolución y el carácter del Estado que de ella emerge depende, en gran medida, lo que se piense sobre el actual nacionalismo de la burguesía. Y sin que esto implique, en modo alguno, restar importancia a la Revolución, si bien es innegable que ésta impulsó el desarrollo capitalista, también lo es que no destruyó una sociedad hasta entonces «feudal»; no implantó un nuevo modo de producción pues el capitalismo era ya el dominante en 1910; no derrocó a la burguesía, en su conjunto, como clase detentadora de la riqueza y el poder, sino a una fracción de ella, que en parte sería reintegrada a la estructura de poder y en parte sustituida por otras más pujantes; no creó una economía «mixta» armoniosa y justa sino que impulsó un capitalismo de Estado que era y sigue siendo necesario para sortear ciertas contradicciones, a la vez que para reproducir las relaciones de producción y hacer crecer las fuerzas productivas; y, en fin, no hizo surgir –como pretende la mitología oficial– un nuevo Estado no burgués, representativo del pueblo y de la Nación en su totalidad.

Aun cuando en la propia izquierda llegó a pensarse, en ciertos momentos, que la Revolución consolidaría y llevaría al poder a una burguesía nacional, o sea políticamente

capaz de dirigir un proceso que hiciera de México un país avanzado y económicamente independiente, lo cierto es que, a diferencia de lo acontecido en otras naciones y otras épocas la burguesía mexicana fue incapaz, incluso cuando la revolución democrático-burguesa logró su mayor impulso, de abrir el cauce de ese desarrollo. Y no porque no hubiese en su seno –principalmente en los estratos medios e inferiores– elementos nacionalistas y aun antimperialistas susceptibles de ser ganados a una causa genuinamente nacional, sino porque, siendo ella misma una clase dominada que no podría librarse y menos aún liberar al país del imperialismo, y pesando cada vez más económica y políticamente, una oligarquía monopolista ligada al capital del exterior y siempre dispuesta a renegociar su subordinación, su estrategia tampoco podía ser la de un desarrollo independiente. En plena época de transición al socialismo, la clase en el poder se interesaría más en destruir cualquier brote revolucionario y en cerrar el paso al «peligro comunista», que en liquidar las supervivencias precapitalistas y remover los obstáculos al desarrollo impuestos por el imperialismo. En rigor siempre acepta las nuevas formas de dependencia que le resultan más ventajosas, y cuando enarbola la bandera de la independencia, antes que romper con los poderosos intereses extranjeros lo que busca es ganar a su causa, conquistar la simpatía y el apoyo de sectores pequeñoburgueses y populares nacionalistas. Mas apenas se agudiza la lucha y la acción de las masas amenaza sus intereses, la clase en el poder tira por la borda su nacionalismo y no vacila en recurrir a la violencia y aun en apoyarse en el capital extranjero para evitar que los trabajadores se liberen de la ideología dominante y, eventualmente, del poder burgués.

La historia del capitalismo y el curso que, en su marco, sigue la Revolución, son pues los hechos que mejor explican el alcance del nacionalismo burgués mexicano. Al llamarlo así no intento negarle significación ni calificarlo peyorativamente. Pese a sus graves limitaciones, sobre todo hasta los años treinta y aun los cuarenta, tuvo importancia como

factor de impulso del desarrollo capitalista. Si subrayo que es burgués, es porque sólo así podremos comprender su naturaleza y su proyección.

El desarrollo capitalista en la última fase del imperialismo o sea bajo el capitalismo monopolista de Estado, afirma por una parte la dependencia de la burguesía y sobre todo de la oligarquía, y por la otra el anhelo popular de independencia, lo que sin duda acentúa las contradicciones entre las grandes masas y en general la nación toda con los monopolios especialmente extranjeros. Pero el alcance de esta contradicción rebasa el estrecho marco dentro del cual se mueve el nacionalismo burgués. En efecto, lo característico de éste es lo siguiente:

Pretende que el motor de la historia no es la lucha de clases y el desplazamiento de unas formaciones sociales por otras más avanzadas, sino la conciliación entre aquéllas, y la estabilidad;

Concibe al capitalismo como un régimen históricamente avanzado –y a veces aun como algo eterno–, sin reparar en que uno fue el capitalismo que destruyó la sociedad feudal y otro, muy diferente, el que ahora se empeña en impedir el avance del socialismo;

Supone a la burguesía doméstica capaz de hacer lo que no pudo en el pasado ni podrá lograr en el futuro;

Identifica habilidosamente los intereses de esa clase con los de la Nación en su conjunto;

Divorcia, arbitraria y artificialmente al Estado de ella, para convencer a los trabajadores de que se trata de un Estado no burgués;

Considera antinacional todo lo que rebase sus intereses, sus concepciones y aun sus prejuicios;

Se vale de conceptos tales como el de economía «mixta». «democracia representativa», «nacionalismo revolucionario», «pluralismo», «desarrollo con justicia», etcétera, para soslayar y aun ocultar el poder burgués y el carácter, quiérase o no capitalista, del sistema en que vivimos;

Exalta lo nacional como superior a otros valores, cayendo a menudo en el chovinismo;
Subordina la vigencia de las libertades públicas a la defensa de la propiedad privada, sobre todo de los más poderosos monopolios;
Convierte al socialismo en un peligroso «imperialismo», para, demagógicamente, legitimar así sus posiciones antisoviéticas y en general contrarias al cambio revolucionario, al amparo de engañosas consignas nacionalistas;
Utiliza tales consignas para fortalecer la ideología burguesa, afianzar su poder y confundir y dividir a los trabajadores;
Considera que la democracia burguesa es la única auténtica y equipara el poder de los trabajadores y el socialismo a un «totalitarismo» despótico;
Postula, contra lo que demuestran los hechos, que la igualdad de las naciones puede lograrse bajo el imperialismo, incluso con el apoyo del capital monopolista extranjero;
Se expresa, cuando no adopta caracteres abierta y aun brutalmente represivos, en un reformismo que demagógicamente se presenta como la única estrategia compatible con el orden y la paz necesarios para impulsar gradualmente el proceso, mientras la vía revolucionaria se rechaza como innecesaria, exótica, subversiva, ajena a la idiosincracia del pueblo, y que indebidamente subordina a éste a un peligroso internacionalismo proletario que socava y aun vuelve imposible la «unidad nacional».

Inclusive la nacionalización, o sea la apropiación de empresas privadas por el Estado, que en determinadas condiciones puede ser un arma en la lucha contra el imperialismo, no afecta la base en que descansan las relaciones de producción –la explotación de trabajo asalariado– ni el carácter capitalista del Estado. En rigor más bien los afirma y concretamente refuerza al capitalismo

monopolista de Estado; ello, sin tomar en cuenta el hecho también revelador de que, a menudo, la decisión de nacionalizar ciertas actividades responde al propósito de fortalecer intereses oligárquicos a través de la compra de empresas que se hallan en condiciones difíciles y aun al borde de la liquidación o la quiebra, o por las que se pagan precios desmedidos que, para la supuesta víctima de la nacionalización, entrañan beneficios que de otro modo sería imposible obtener.[4]

La liberación nacional no puede concebirse, a la manera en que lo hace la burguesía, como una lucha abstracta, al margen y por encima de las clases, y menos todavía como el fruto de la contemporización y el compromiso con ella. Entre la lucha social, concretamente entre el triunfo del proletariado y la independencia nacional no hay una disyuntiva sino una necesaria y clara continuidad. "Los socialistas –decía Lenin– *luchan* contra todas y cada una de las manifestaciones, burdas o sutiles, de *nacionalismo burgués*. Y una de esas manifestaciones es, precisamente, la consigna de «autonomía nacional cultural» que *une* al proletariado y a la burguesía de una nación y *divide* al proletariado de las *distintas* naciones."[5]

Los mexicanos sabemos bien lo que significan la «unidad nacional» y la «alianza de clases». Durante decenios hemos visto usar tales consignas a la burguesía para consolidar su poder, afirmar sus privilegios y someter a las masas. Bajo la ilusión pequeñoburguesa de que el capitalismo de Estado fortalecería a la burguesía nacional, se enfrentaría resueltamente a los monopolios y llevaría a la independencia económica –sin reparar en que las leyes de la acumulación del capital lo volverían un capitalismo monopolista de

[4] "...la nacionalización de las industrias extranjeras, aun cuando quedan incluidas en un «sector público», estatal, no es de por sí ni siquiera anticapitalista. Llega a serlo cuando se le utiliza en el camino *hacia* el socialismo, lo cual ya es otra cosa..." Carlos Rafael Rodríguez en: José Consuegra. *Lenin y la América Latina*. Barranquilla, Colombia, 1970. p. 120.

[5] V.I. Lenin. *Obras Completas*. Tomo XIX, p. 332.

Estado–, los trabajadores olvidaron que "[...] la clase obrera debe ser la última en hacer un fetiche del problema nacional, ya que el desarrollo del capitalismo no despierta necesariamente a *todas* las naciones a una vida independiente".[6] Antes bien –hoy podría asegurarse sin reservas–, las mantiene bajo la más severa dependencia, y lejos de romper la opresión de las grandes potencias las inserta en un mercado mundial y en un sistema social en donde siempre jugarán el papel de economías subdesarrolladas y tributarias. Bajo la influencia del reformismo liberal y del nacionalismo burgués, aun muchos trabajadores son ganados a la ilusión de un capitalismo utópico, libre de los monopolios y del imperialismo, en que todas las naciones, grandes y pequeñas, poderosas y débiles, opresoras y oprimidas, vivan en plano de igualdad y sin interferencias o trabas de ninguna especie. Se olvidan aquí, de nuevo, las enseñanzas revolucionarias y el hecho, advertido desde hace muchos años por Lenin y comprobado plenamente por la historia, de que "En oposición a esta utopía pequeñoburguesa, oportunista, el programa de la socialdemocracia debe postular la división de las naciones opresoras y oprimidas como esencial, fundamental e inevitable bajo el imperialismo."[7]

Por no comprender a fondo la significación histórica de la fase imperialista del capitalismo y el nuevo carácter que en ella adopta la dependencia; por no comprender las múltiples formas en que, sin menoscabo de la acción de ciertas leyes generales, asume el desarrollo del sistema en contextos y épocas diferentes; por no comprender que a principios del siglo XX el capitalismo era ya el modo de producción dominante en nuestro país, y que ni antes ni después de 1910 sería capaz de repetir las hazañas del capitalismo europeo, norteamericano o japonés, el movimiento obrero no pudo escapar hasta ahora a la influencia

[6] *Ibid.*, tomo XXI, p. 358.
[7] *Ibid.*, tomo XXIII, p. 246.

decisiva de la ideología burguesa y pequeñoburguesa ni entender el verdadero alcance de la Revolución Mexicana, el contenido de clase del Estado y la profunda, irreconciliable diferencia entre el nacionalismo burgués y el nacionalismo revolucionario.[8]

Decimos «irreconciliable» porque la diferencia entre una y otra forma de nacionalismo no es menor que la existente entre las clases que las postulan. Mientras el nacionalismo burgués deja la lucha por la independencia en el marco del sistema y en manos de una clase titubeante y comprometida con el capital monopolista, finca su estrategia en el fortalecimiento del Estado burgués y en la preservación de la actual estructura de poder, en el mantenimiento de la explotación del trabajo, en la ilusión de reformar y democratizar el imperialismo y en la búsqueda de un sistema de cooperación internacional en que los explotadores ayuden a los explotados, el nacionalismo revolucionario, convencido de que mientras haya capitalismo monopolista habrá desigualdad, dependencia y subdesarrollo, supone la ruptura con el imperialismo, con las posiciones de la oligarquía doméstica y aun con el nacionalismo burgués. Por eso, precisamente, asocia estrechamente la lucha por la independencia nacional a la conquista del poder por los trabajadores, como condición para destruir el aparato político de dominación, consolidar el poder revolucionario y sustituir la red internacional de dominación de la

[8] Como bien dice Carlos Rafael Rodríguez, "...por no comprender que una parte de los objetivos democrático-burgueses quedaron realizados ya en la América Latina hace muchos años y que el capitalismo llegó a ser en este continente una estructura dominante aun con su contrapartida de retraso y semifeudalidad, no se supo distinguir siempre entre «burguesía» y «burguesía», se promovieron alianzas que no corresponden al modelo leninista y que carecían de su dinámica revolucionaria, se mezclaron los conceptos electorales con los de largo alcance revolucionario y se llegó en diversos países –dentro del gobierno y fuera de él– a posiciones seguidistas en las que no era el proletariado el que «neutralizaba» y «arrastraba», sino el neutralizado y arrastrado." Del texto que aparece en: José Consuegra, *op. cit*, p. 121.

oligarquía por un internacionalismo realmente democrático y proletario.

Lo que equivale a afirmar que en la fase actual del desarrollo del capitalismo y de su crisis general, sólo los trabajadores, guiados por una teoría, una estrategia y una organización política revolucionarias, podrán, con el apoyo de las capas más amplias del pueblo, llevar la lucha antimperialista a un nivel que no sólo agudice ciertas contradicciones sino que, como condición para asegurar la independencia nacional, las resuelva en la práctica, es decir, en el plano político.

En estos momentos en que el capitalismo atraviesa por una situación especialmente difícil, posturas nacionalistas que parecían ya superadas, reaparecen, se renuevan y aun suelen dar la impresión de un vigor inusitado. Ello se explica debido a que la crisis cíclica se produce en el marco de una crisis general y en una etapa del desarrollo del sistema –sin exagerar podría decirse de su decadencia– en que sus contradicciones se agudizan hasta provocar fisuras y desacuerdos en el seno de la propia clase en el poder y entre algunas de sus fracciones y el capital monopolista extranjero. Convencidos los dirigentes de algunos Estados latinoamericanos de que la crisis agrava los problemas del subdesarrollo y de que el deterioro económico puede originar un creciente descontento político de las masas, sustituyen el viejo desarrollismo por uno nuevo menos ineficaz y que, enarbolando vistosas banderas nacionalistas, ofrece resolver los más complejos problemas y trata de ganar al imperialismo a la aceptación de un «nuevo orden internacional» que impulse el desarrollo y refuerce la soberanía de los países capitalistas atrasados. El proyecto de crear, con fines defensivos, el Sistema Económico Latinoamericano, la convicción de que es menester reorganizar la OEA, la justa reivindicación del Canal de Panamá como parte de un territorio sólo sometido a la soberanía panameña; las débiles, pero reveladoras enmiendas al Pacto de Río de Janeiro de 1947; el levantamiento, aceptado a la postre por el propio imperialismo norteamericano, de las ilegales

sanciones mantenidas desde hace años por el Sistema Interamericano; la nacionalización del petróleo venezolano y las generalmente inocuas, aunque también significativas quejas por el comportamiento de las empresas trasnacionales, son todos signos de que las relaciones entre la burguesía latinoamericana y el capital monopolista internacional, y especialmente estadounidense, si bien cada vez más estrechas, sobre todo al nivel de la oligarquía, no son, ni mucho menos, relaciones idílicas.

Sería un error ignorar esas y otras contradicciones y no advertir que el nacionalismo burgués es un hecho, un hecho incluso inevitable bajo el capitalismo y, en particular, bajo el imperialismo. Sería desacertado dejar de advertir y en consecuencia de actuar sobre las contradicciones que subyacen a tales desacuerdos, así como restarles significación por el hecho de que la burguesía no sea sincera ni firme en sus demandas o porque sea incapaz de imponerlas por sí sola. Pero al mismo tiempo, en una perspectiva de mayor alcance, o sea propiamente histórica, sería aún más grave exagerar su significación, dejarse atar al reformismo y no entender que la nueva política «nacionalista» es en parte la expresión de la necesidad del imperialismo de renovar su vieja, desprestigiada y ya ineficaz política anticomunista. Si bien sería erróneo negar la autonomía relativa del Estado, lo sería mucho más convertirlo, por arte de magia oportunista, en una entidad neutra y aun opuesta a los más poderosos intereses capitalistas, conforme a la inaceptable tesis que inventa un profundo desacuerdo entre una clase dominante, que pese a ser la dueña principal de los medios de producción no ejerce el poder político ni influye decisivamente sobre el Estado, y una clase «dirigente» o «gobernante», a su vez inexplicablemente no burguesa, que lo controla y preside la «alianza popular» en que el Estado capitalista se apoya.

En países como el nuestro nunca debiera menospreciarse el nacionalismo. No debiera, concretamente, subestimarse la importancia y la genuinidad del sentimiento nacionalista y antimperialista que alienta en amplias capas de la

pequeña burguesía susceptibles de ser ganadas a la lucha revolucionaria. Así como la exigencia de ciertas demandas democráticas es necesaria para que importantes núcleos de trabajadores cobren conciencia de sus intereses y sus posibilidades, comprendan las fallas y limitaciones insuperables del sistema y se entreguen a la causa del socialismo, la defensa de ciertas posturas nacionalistas puede también fortalecer el antimperialismo y abrir nuevas y prometedoras perspectivas a la lucha por una transformación social profunda.

Si en los inicios del capitalismo la burguesía pudo identificar sus intereses y propósitos de cambio con los de la Nación, a estas horas sólo la clase obrera y en general los trabajadores pueden hacer tal cosa. Ellos son los únicos capaces de reivindicar y hacer suyos los más auténticos valores nacionales; pero no al amparo de un nacionalismo estrecho, reaccionario y hasta mezquino, que caprichosa y torpemente intente sustraer a nuestro país de la corriente de la Historia, sino de una política abierta y generosa, que concibiendo al mundo como un todo, dialécticamente funda el nacionalismo con un genuino internacionalismo. En este sentido y tal perspectiva podemos anticipar que, como lo demuestra la Revolución Cubana, la causa del socialismo, lejos de ser extraña a las aspiraciones de liberación nacional de nuestros pueblos, pasará por el antimperialismo y el nacionalismo revolucionario. Pero éstos, a su vez, para ser eficaces, deberán proyectarse hacia el socialismo.

IV

¿REFORMISMO O LUCHA REVOLUCIONARIA?*

> El reformismo es un engaño de que la burguesía hace víctimas a los obreros, quienes, pese a algunas mejoras aisladas, seguirán siendo esclavos asalariados mientras exista la dominación del capital.
>
> *V. I. LENIN*

Son fundamentalmente dos las posiciones a partir de las cuales se proyecta la solución de los grandes problemas nacionales. Somos conscientes de que esta es una manera muy esquemática de presentar la cuestión y de que, en realidad, en cada una de ellas hay no sólo diferencias de matiz sino de mayor significación. En las corrientes reformistas, por ejemplo, podrían distinguirse al menos estas variantes:

1) La de quienes añorando el pasado y aun tratando, vanamente, de revertir el proceso histórico, quisieran dejar las cosas como están; pero que en momentos difíciles aceptan sin entusiasmo ciertas reformas palaciegas e inocuas;

2) Una segunda que acepta y aun promueve ciertos cambios principalmente tecnocráticos, cuyo rasgo más característico es que, para ella, el marco social y político es

* Parte final de un artículo publicado en la revista ESTRATEGIA No. 1, México, diciembre 1974-enero 1975.

siempre un dato dado de muy difícil y aun imposible alteración. En rigor se trata de un tecnologismo desarrollista, estrecho y reaccionario, que ni siquiera se percata del hecho evidente de que las relaciones sociales capitalistas estorban, en nuestros días, el desarrollo de la fuerzas productivas;

3) Una tercera variante del reformismo es la del PRI, que sin duda comparten muchos empresarios, sobre todo medianos y pequeños así como profesionistas e intelectuales liberales, según la cual la economía de México no es capitalista sino «mixta», o como otros funcionarios prefieren decir: «casi neutra». Pues bien, aunque en esa economía están presentes el desempleo, la concentración del capital, el monopolio y el desarrollo desigual, el Estado no sólo está en condiciones de atacarlos con éxito sino incluso de crear un nuevo orden social. Los dirigentes del PRI postulan:

> "[...] el Estado en nuestros días por su intrínseca sustancia y por su extrínseca fuerza, puede, con el apoyo mayoritario y dentro del sistema democrático [...] construir una nueva sociedad: más justa, de hombres más libres, independiente [...]".[1]

El planteamiento no deja de ser hábil. Empieza por despojar al Estado de su contenido de clase; identifica al «sistema democrático» con el capitalismo y sugiere que si las masas populares apoyan aquel Estado, nada habrá que le impida crear la nueva sociedad. De lo que se deduce que lo esencial es apoyar al Estado y, naturalmente, al partido oficial. Pues bien, ¿cómo habrá de crearse nada menos que una nueva sociedad? A través de la democracia política burguesa, ciertas medidas financieras y una reforma legal que coloque el derecho al trabajo incluso por encima del de propiedad. Pero, ¿aceptarán los capitalistas que sean los

[1] VII Asamblea Nacional del PRI. *El Día*, 22 de octubre de 1972, p. IV.

derechos de los trabajadores a quienes explotan y no los suyos los que más importen? Los abogados del PRI deben creer que sí, lo que de paso los exhibe como fervientes defensores del capitalismo monopolista, a menos que procedan tan cínicamente que ni ellos crean lo que dicen.

4) Una cuarta versión del reformismo es la que, mecánicamente, postula que la mayor intervención del Estado bastará, por sí sola, para resolver los más graves problemas. La empresa privada, se reconoce, es ya incapaz de ello. El Estado, en cambio, puede y debe hacerlo. Lo único que se requiere es que actúe como defensor de los intereses del pueblo y no de los capitalistas. ¿Por qué habría de conducirse el Estado a partir de aquí como un Estado democrático ideal y no como un Estado burgués? ¿por qué habría de lesionar la propiedad privada en vez de protegerla y estimularla? Los proponentes de esta política se contraen a reiterar su fe casi religiosa en ella y no se preocupan por demostrar su viabilidad ni su validez.

5) Una corriente más es aquella que, empezando por advertir fallas y limitaciones en la acción oficial, con una mezcla de ingenuidad y melodramatismo reclama –de hecho sólo realimenta ilusiones– medidas inmediatas que de una vez por todas aseguren que el control de los precios sea respetado, los especuladores sancionados severamente, las ganancias excesivas proscritas, la inmoralidad administrativa erradicada, y así, sucesivamente.

6) Y, por último, otra opinión bastante extendida en sectores pequeñoburgueses que simpatizan con posiciones radicales propone múltiples reformas democráticas, algunas de ellas inobjetables, pero en general irrealizables bajo el capitalismo; y al reiterar convencionalmente y sin dejar claro que aun para lograr las más modestas sería menester llevar a cabo cambios previos muy profundos, contribuye a crear engañosas ilusiones y, paradójicamente, a preservar el actual orden de cosas.

Por último, ninguna de las posiciones anteriores, pese a las diferencias que les imprime su distinta composición de clase, como tampoco otras variantes análogas ofrecen,

realmente, una salida. El «nacionalismo revolucionario», como demagógicamente suele llamarse al esquema clientelista en que la burguesía y en partitular el Estado reclaman la unidad de las masas a su alrededor y bajo su mando, no rebasan el «nacionalismo burgués», o sea una táctica que fundamentalmente persigue la consolidación de la clase en el poder, así llame ésta «alianza popular» al control que ejerce sobre las masas, «desarrollo compartido» a la explotación capitalista y cambio «gradual» y «democrático» a la preservación del sistema.

Lo anterior no significa que el reformismo no ofrezca ciertas posibilidades de cambio ni que, por no ser las reformas capaces de resolver los problemas más graves, deban desdeñarse o prescindirse de ellas. Aun en plena decadencia el capitalismo no significa estancamiento ni regresión. La acumulación de capital así sea lenta, inestable y anárquica genera cambios en el monto, la composición y la distribución del ingreso, en la estructura productiva y en la esfera de la circulación, en las relaciones sociales y en el marco internacional en que el proceso socioeconómico se desenvuelve. La crisis que afecta al sistema puede incluso acelerar ciertos cambios y, si bien ante crecientes obstáculos, abrir a países del tipo y grado de desarrollo del nuestro la posibilidad de reinsertarse en una cambiante división internacional del trabajo en que la sustitución de importaciones de bienes intermedios y de capital se combine con una sustitución de exportaciones que impulse un crecimiento cada vez más dependiente y deforme, pero no carente de cierto dinamismo.

Lo fundamental es comprender que las reformas democráticas más intrascendentes no llevan nunca lejos, y que las más ambiciosas no son la condición de un cambio revolucionario sino su consecuencia. Es decir, no son las reformas las que hacen posible una revolución, sino ésta la que permite llevarlas a cabo.

El capitalismo monopolista de nuestros días no abre, como algunos sostienen, la alternativa: fascismo o democracia. Si ésta estuviese a la vista como una realidad y no un

mero espejismo sería grave no percatarse de ello, pues la democracia, así sea burguesa, es obviamente preferible para los trabajadores que un régimen puramente policíaco y represivo. Incluso habiendo pocas posibilidades de avances realmente democráticos, sería erróneo menospreciarlas y renunciar a la lucha por ciertas libertades. Pero aun en los países que ostentan una fachada democrática, el régimen político que el capital impone es una dictadura, una férrea dictadura burguesa que, como en años recientes lo hemos comprobado dramáticamente en Latinoamérica –en Brasil, Uruguay, Bolivia, Chile y otros países–, se disfraza de democracia cuando el poder de la clase dominante parece incontrastable y las masas aceptan pasivamente ser explotadas. Mas apenas se aviva la lucha de clases e intentan los trabajadores romper, aun en el marco institucional existente, con el yugo que los sujeta, la clase en el poder –incluída su fracción más democratizante– subvierte el orden legal que en otros tiempos ella misma impuso, recurre sin reservas a la violencia y demuestra que democracia y fascismo no son los extremos reales de una alternativa burguesa, sino más bien dos maneras diferentes de responder a la intensificación de la lucha de clases en dos situaciones o momentos distintos.

La verdadera alternativa de nuestro tiempo es capitalismo o socialismo. Sólo bajo este último podremos librarnos de la dependencia, el atraso, la explotación y el subdesarrollo que el capitalismo nos impuso en el último siglo y del que la Revolución Mexicana no pudo ni podrá emanciparnos. Pero al socialismo no se llega gradualmente ni por los caminos reformistas que el PRI, los tecnócratas extranjerizantes y los líderes charros nos invitan a recorrer. La transición al socialismo se inicia con la toma del poder por el pueblo, de un poder que suplanta al de la burguesía y adopta la forma, no de una democracia idílica –en ese momento por lo demás, imposible– sino de una nueva dictadura, de una dictadura de la mayoría sobre la minoría, de un Estado revolucionario que confía al proletariado las

tareas y los órganos de decisión que hasta entonces estuvieron en manos de la burguesía.

La revolución no es algo que pueda inventarse caprichosamente al antojo de nadie o sobre lo que la izquierda tenga ya fórmulas hechas. Es un complejo proceso histórico regido por leyes que sólo con base en una teoría, una estrategia y una táctica revolucionarias es posible desentrañar, y sin el dominio de las cuales difícilmente puede avanzarse en el camino del poder.

Con frecuencia se subraya que, hasta ahora, la toma del poder sólo se ha logrado a partir de una revolución victoriosa. Pero acaso tiende a olvidarse que si bien "no toda situación revolucionaria conduce a una revolución [...]", "para un marxista es indiscutible que una revolución es imposible sin una situación revolucionaria [...]".[2]

¿Qué es, entonces, una situación revolucionaria? Veamos lo que un gran revolucionario escribe, en un texto ya clásico, al respecto:

> La ley fundamental de la revolución [...] consiste en lo siguiente: para que tenga lugar una revolución no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de seguir como antes y exijan cambios; [...] es indispensable que los explotadores no puedan seguir viviendo y gobernando como antes. Sólo cuando «los de abajo» no quieran vivir como antes y los «de arriba» no puedan continuar como antes, puede triunfar la revolución. Esta verdad puede expresarse con otras palabras: la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte tanto a los explotados como a los explotadores). Se desprende que, para que tenga lugar una revolución, es indispensable, primero, que la mayoría de los obreros (o por lo menos la

[2] V. I. Lenin, "La Bancarrota de la II Internacional", *Obras completas*, tomo XXII, p. 310.

mayoría de los obreros con conciencia de clase, que piensan, políticamente activos) comprendan plenamente que la revolución es necesaria y que esté dispuesta a morir por ella; segundo, que las clases dirigentes atraviesen una crisis gubernamental que arrastre a la política incluso a las masas más atrasadas [...], que debilite al gobierno y haga posible su rápido derrocamiento por los revolucionarios.[3]

Es obvio que en México no estamos en esa situación y que habrá que recorrer un largo y difícil camino para llegar a ella. ¿Cómo crear las condiciones políticas que la hagan posible y que acerquen el momento de una transformación social profunda? La respuesta tendrá que hallarse en la lucha misma, en una lucha en la que el uso creador de la teoría revolucionaria y la aplicación consecuente de ella permitan conocer a fondo la realidad nacional y lo que ésta tiene de propio, de específico, de singular. La práctica es siempre la fuente más rica de experiencias, ideas y enseñanzas. En ella irá forjando nuestro pueblo los instrumentos de su liberación. Sin pretender anticipar lo que haya de ocurrir ni menos de ofrecer fórmulas que reduzcan hechos complejos y cambiantes a *clissés* acartonados y convencionales, de la teoría y la praxis revolucionaria podemos desprender y aprender lecciones fundamentales. He aquí algunas de ellas, que acaso no sea por demás recordar.

1) La lucha revolucionaria no es una lucha abstracta o ambigua, sin metas definidas ni propósitos claros. En los días que vivimos es, esencialmente, una lucha por el poder, a la que no interesa hacer que el capitalismo y el imperialismo funcionen mejor –preocupación esta típicamente pequeñoburguesa– sino crear una nueva sociedad;

2) La lucha revolucionaria no es fruto de la espontaneidad ni de la improvisación. Requiere el esfuerzo creador,

[3] V. I. Lenin, "La Enfermedad Infantil del «Izquierdismo» en el Comunismo", *Obras completas*, tomo XXXIII, pp. 190-91.

disciplinado, sistemático, paciente, responsable y generoso de quienes se entreguen a ella;

3) La lucha se desvía, a menudo se detiene y aún retrocede bajo la influencia de posiciones hostiles empeñadas en frenarla o hacerle perder su curso, así como a consecuencia de errores que pueden ser funestos si no se advierten y corrigen a tiempo. Entre las desviaciones que, según una vasta y rica experiencia más comprometen el esfuerzo revolucionario sobresalen el reformismo y el oportunismo, el sectarismo, el anarquismo, el aventurerismo, el doctrinarismo, el ultrarradicalismo y ciertas formas de terrorismo, en las que incluso suele infiltrarse el enemigo a través de la provocación, el divisionismo, el espionaje y la delación;

4) Las demandas populares, así sean las más modestas, nunca debieran subestimarse. Al margen de su legitimidad y de que son hechos que expresan tanto contradicciones reales como el nivel de conciencia y la capacidad de acción de quienes las plantean, son susceptibles de incorporarse y aun de enriquecer la lucha revolucionaria. Lo importante es que las reformas por que luchen los trabajadores rebasen las concesiones de la burguesía y tiendan, no a fortalecer el sistema, sino a agudizar sus contradicciones;

5) Mientras los sectores más conscientes de la clase obrera y en general del proletariado y sus principales y más cercanos aliados no hayan sido ganados a una posición genuinamente revolucionaria, es imposible pensar, aun a largo plazo, en una lucha victoriosa. De ahí la enorme importancia del debate ideológico y la necesidad de demostrar la invigencia histórica y la invalidez científica y política de las posiciones burguesas y pequeñoburguesas que todavía dominan en amplios sectores del movimiento obrero y campesino, no digamos en las escuelas y universidades, el gobierno, la prensa y en general los medios masivos de comunicación. La lucha ideológica no sólo debe mostrar la falta de fundamento de las posiciones burguesas sino hacer posible la forja de una alternativa, de una

estrategia revolucionaria en torno al problema y al proceso de la toma del poder;

6) En países como el nuestro en que el pueblo ha luchado por la independencia, pero en que el capitalismo ha sido y será dependiente y nunca podrá librar a nuestra economía de las más graves deformaciones del subdesarrollo, la lucha por el socialismo tendrá un fuerte ingrediente nacionalista y antimperialista. Será preciso, entonces, reivindicar para el pueblo los valores más altos y permanentes de la cultura nacional y ganar a las masas, no a la aceptación y menos aun al rechazo de una posición nacionalista, sino a un antimperialismo genuinamente revolucionario, que exhiba la complicidad y el compromiso de las clases dominantes y que trascienda el oportunismo y las limitaciones insuperables del nacionalismo burgués, así como las ilusiones del nacionalismo pequeñoburgués;

7) El trazo de una estrategia y la adopción de una táctica correcta supone la comprensión profunda de la realidad nacional y de los fenómenos que condicionan su desarrollo y determinan sus principales contradicciones. El conocimiento superficial, libresco, fragmentario, puramente empírico de esa realidad no ayuda a su transformación. Para acelerar ésta es preciso descansar en una teoría revolucionaria;

8) La posibilidad de trazar esa estrategia dependerá en buena medida de la capacidad de la izquierda para comprender la naturaleza, la proyección y el alcance del capitalismo mexicano, y en particular el rol del capitalismo de Estado en la fase actual del imperialismo. En un sentido histórico, el capitalismo ha agotado sus posibilidades, concretamente en nuestro país. Pero esto no significa que el sistema no tenga a su alcance múltiples expedientes para sortear ciertos problemas. Comprender que el capitalismo monopolista de Estado no es algo por lo que pueda o no optarse en nuestros días, sino una necesidad histórica y saber ponderar lo que ese capitalismo es capaz e incapaz de hacer, será, acaso, una de las claves para adoptar una táctica justa.

Ello puede contribuir a que se caiga o no en un débil y complaciente reformismo y a que se escape o no a posiciones sectarias que angosten, aíslen y vuelvan más difícil la lucha;

9) Mas con independencia del contenido y alcance de cada acción concreta, lo que es indudable es que sólo con un partido revolucionario que dirija y coordine la lucha política al más alto nivel, que formule y vigile la táctica que responda a condiciones siempre cambiantes, que eleve la conciencia de los trabajadores, que conquiste millares y aun millones de adeptos entre el proletariado y las capas intermedias, que ubique con precisión al principal enemigo y sepa enfrentarse a él; sólo con un partido así puede triunfarse en la lucha por conquistar el poder, y en el intento de crear, a partir de ese poder, una nueva sociedad.

V

LA IZQUIERDA Y LA LUCHA REVOLUCIONARIA*

Empecemos señalando algo que no por obvio es menos importante. El enfrentamiento correcto a la contienda electoral que se avecina supone, sin duda, adoptar una táctica adecuada, elegir los métodos de lucha concretos que, dadas las condiciones del país, el nivel de preparación de las masas y el grado de desarrollo de la lucha revolucionaria sean los mejores y más eficaces. Parecería por consiguiente que lo aconsejable, incluso lo inaplazable a estas horas sería elegir una fórmula tan concreta como la de pensar en un candidato o en una planilla, a los que pudiera apoyarse a partir de una plataforma de ideas y consignas sencillas y bien definidas. Y si ello no fuese viable o conveniente pensarse entonces, como otras veces se ha hecho, en no participar –o más bien en no votar– en las elecciones. Pero proceder así sería no solamente mecanicista sino torpe; implicaría volver la táctica al centro de la formulación de una línea política y desentenderse de los principios fundamentales y aun de las leyes que rigen los procesos políticos y, en particular, la lucha revolucionaria.

La táctica no es algo independiente que pueda plantearse en forma aislada y sin una estrategia previa que la enmarque y condicione. En un sentido estricto es parte de ésta y por tanto debe responder, aunque no pasivamente, a ella. Lo que quiere decir que incluso para resolver un problema concreto e inmediato como el de tomar parte en la contienda electoral, se requiere situar las cosas en una perspectiva de mayor alcance, propiamente estratégica, pues de no ser así escaparían las cuestiones más importantes y de más envergadura. Para hacer esto con éxito es menester

* Publicado en la revista ESTRATEGIA No. 5, México, septiembre-octubre de 1975. (Se excluye aquí la parte introductoria).

partir de una teoría, y no de una teoría abstracta, formalista y sin contenido sino de una teoría científica y políticamente revolucionaria que permita comprender las contradicciones de la realidad actual de México, así como actuar correctamente sobre ellas.

Podría pensarse que la teoría es secundaria y, frente a un problema tan concreto como el tomar una posición en la coyuntura inmediata, incluso carente de importancia. Pero la teoría y la práctica son inseparables. La lucha revolucionaria no es espontánea; no se desenvuelve empíricamente; requiere de un programa y éste, para ser realmente tal y no un mero conjunto de frases y consignas atrayentes, solamente puede hacerse a partir y con base en una teoría. Sin teoría revolucionaria –dijo alguna vez Lenin y se ha repetido muchas veces desde entonces– no hay movimiento revolucionario. O lo que es lo mismo: no puede haber una estrategia ni una táctica que lleve a los trabajadores a la victoria.

El desarrollo de todos los fenómenos sociales –incluídas naturalmente las revoluciones– se rige por ciertas leyes; no se produce arbitraria ni casualmente. El conocimiento profundo de esas leyes es, por ello, indispensable para impulsar el proceso histórico y, concretamente, la lucha revolucionaria. Pues bien, la primera gran cuestión que es preciso despejar en el trazo de una estrategia política es la determinación y el análisis de la época histórica en que vivimos.[1] ¿Por qué? Porque en cada una de esas épocas y aun en cada etapa de las mismas debe formularse una estrategia diferente. La época que recorremos es la de transición del capitalismo al socialismo, o sea una fase ya muy avanzada del imperialismo y de la lucha antimperialista. En los primeros años del imperialismo, el capitalismo se extendió con rapidez y devino un sistema propiamente

[1] "[...] sólo el conocimiento de los rasgos fundamentales de una época dada –decía Lenin– servirá de base para considerar las particularidades más detalladas del tal o cual país". Cit. en *El movimiento comunista internacional.* Editorial Progreso. Moscú. 1973, p. 28.

universal. Con la revolución rusa de octubre de 1917 llegó a su fin esa corta etapa y empezó a gestarse el periodo en que el socialismo comenzaría a su vez a ganar terreno al viejo sistema. El triunfo se aseguró primero en un sólo país: –si bien especialmente complejo y multinacional–, la Unión Soviética; al terminar la segunda guerra mundial se agregaron otros y con las victorias de Cuba y Vietnam el socialismo se convirtió en un sistema mundial en rápido desarrollo y cuya influencia económica y política rebasa ya con mucho las fronteras de las naciones en que, directamente, se abre paso el nuevo orden social. El hecho de que el mundo avance hacia el socialismo explica por qué, en un país como el nuestro, precisamente hoy –no en un mañana incierto y lejano–, el objetivo principal de la lucha revolucionaria debe ser avanzar en esa dirección y no limitarse y menos aún subordinar, como pretenden el reformismo y el oportunismo, lo que debiera ser una estrategia revolucionaria a la aceptación del *status* y el logro de unas cuantas reivindicaciones inmediatas, y con frecuencia efímeras.

¿Hay condiciones para un cambio revolucionario en nuestro país?

El que vivamos en la etapa de tránsito al socialismo no significa sin embargo, necesariamente, que en todos los países estén ya presentes y menos aún maduras las condiciones para derrocar a la burguesía, tomar el poder y empezar a sentar las bases de la nueva sociedad. La razón por la que esa etapa es un largo periodo histórico es que, siendo el desarrollo capitalista bajo el imperialismo un proceso cada vez más desigual, el socialismo no puede triunfar simultáneamente en todas partes. Incluso en naciones en las que desde hace tiempo se dan las condiciones objetivas de un cambio revolucionario, aún no están presentes las subjetivas, o sea el grado de preparación, el nivel organizativo y la decisión de las masas de lanzar, bajo la dirección de sus vangardias, una gran ofensiva revolucionaria. Lo que comprueba que, aunque algunos países hayan logrado

grandes avances bajo el socialismo no significa que, mecánicamente y en la misma medida, ello refuerce la revolución en todos los demás. Las revoluciones, a diferencia de la contrarrevolución, no se exportan ni se importan, ni se hacen de orden o por encargo de nadie. Las fuerzas revolucionarias de cada país deben encarar y resolver sus propios problemas, aunque pueden y deben también aprender de las experiencias de otros y comprender que, sin menoscabo de los medios que directamente tengan a su alcance, los trabajadores de cada país cuentan hoy con el concurso inapreciable que entraña la presencia del sistema socialista y con la posibilidad de un apoyo del que, hasta hace unos decenios, se carecía.

A partir de lo anterior debemos dar respuesta a una cuestión fundamental sin la que es imposible trazar una estrategia revolucionaria: ¿Existen en México condiciones para un cambio revolucionario y, en caso de haberlas, cuál es su grado de madurez? "Para un marxista –subrayaba Lenin– es indiscutible que una revolución es imposible sin una situación revolucionaria [...]"[2] Pues bien, ¿hay tal situación en México? En el número 1 de ESTRATEGIA dijimos que "es obvio que [...] no estamos en esa situación y que habrá que recorrer un largo y difícil camino para llegar a ella".[3] Acaso la cuestión no es, para muchos de nuestros lectores, tan obvia como entonces lo fue para nosotros. Por ello conviene recordar qué es una situación revolucionaria. "La Revolución –decía el propio Lenin– es imposible sin una crisis nacional general [que afecte tanto a los explotados como a los explotadores]. Se desprende que, para que tenga lugar una revolución, es indispensable, primero, que la mayoría de los obreros (o por lo menos la mayoría de los obreros con conciencia de clase, que piensan, políticamente activos), comprenda plenamente que la revolución es necesaria y que esté dispuesta a morir por ella; segundo,

[2] "La bancarrota de la II Internacional". *Obras completas,* tomo XXII, p. 310.

[3] ESTRATEGIA, No. 1, p. 37.

que las clases dirigentes atraviesen una crisis gubernamental que arrastre a la política incluso a las masas más atrasadas [...], que debilite al gobierno y haga posible su rápido derrocamiento por los revolucionarios."[4]

En nuestro país no existe –repetimos– tal situación. Si bien hay una crisis económica que incluso se ha agravado de dos años a la fecha, que en parte es un fenómeno cíclico y en parte la expresión de una crisis más profunda y en general del capitalismo,[5] no hay una "crisis nacional general", una "crisis revolucionaria", o sea una situación grave que no sólo afecte la economía, haga inoperantes los mecanismos de regulación y control tradicionales, sino que conmueva la vida política toda y vuelva insostenible el aparato de dominación. En verdad ni los explotados exigen –o siquiera comprenden en general la necesidad de cambios radicales inmediatos–, ni los explotadores son ya impotentes para mantener el régimen de explotación. En segundo lugar la mayoría de los trabajadores no sólo no están dispuestos a dar su vida por la revolución, sino que aun no comprenden su razón de ser ni su significación histórica; en rigor se limitan a plantear modestas demandas económicas que a menudo incluso contribuyen a suavizar la lucha de clases, y políticamente se mueven todavía en el marco organizativo y bajo la influencia de la teoría y la ideología burguesas, sin comprender siquiera el alcance de la Revolución Mexicana de 1910-20 ni, por tanto, el papel del capitalismo y del Estado burgués.No hay una crisis semejante a la que a últimas fechas han vivido Argentina, Bolivia, Chile, Uruguay y otros países latinoamericanos. Incluso en vísperas de iniciarse la sucesión presidencial, el presidente Echeverría se ha ausentado de México durante 45 días, sin que en ellos se produjera acción política alguna de la izquierda que preocupara al gobierno, o siquiera un solo incidente que revelara desacuerdos o al menos una leve

[4] "La enfermedad «infantil» del comunismo en el izquierdismo". Obras completas, tomo XXXIV, pp. 190-91.

[5] Véase ESTRATEGIA No. 2 y 3.

indisciplina de algunos de los siete destapados «precandidatos» a la presidencia. En fin, las masas no solamente no están incorporadas a una lucha revolucionaria que amenace seriamente a la clase del poder, sino que están todavía en gran parte desorganizadas, sometidas a los mecanismos de control del sistema del PRI y aun ganadas por el escepticismo y el reformismo, lo que demuestra que para crear una situación revolucionaria falta en México mucho por hacer.

El que no haya ni esté a punto de surgir tal situación no significa, necesariamente, que no existan las premisas materiales para impulsar la lucha hacia el socialismo. El oportunismo de derecha tiende a hacer creer que mientras las condiciones objetivas no maduren por sí solas y no lleguen a su máximo nivel –como si se tratara de frutos que deban caer del árbol cuando estén listos para comerse– no podrá pensarse en cambios radicales y sólo será viable plantear pequeñas demandas económicas y sindicales. El ultraizquierdismo y sobre todo el aventurerismo tienden, a su vez, a menospreciar la ponderación rigurosa de tales condiciones y a pensar que la revolución se puede hacer en cualquier momento y bajo cualquier situación, en tanto se esté dispuesto a hacerla. Se cae así en el voluntarismo más subjetivo y arbitrario y se olvida que las revoluciones sólo son viables bajo ciertas condiciones mínimas y ciertas relaciones entre los factores objetivos y los subjetivos.

Condiciones objetivas y subjetivas de un cambio revolucionario

Ahora bien, ¿existen, concretamente en México, las condiciones objetivas necesarias para una revolución? A nuestro juicio, indudablemente que sí. Veamos por qué.

Desde hace cerca de un siglo vivimos, no en la armoniosa, casi idílica economía «mixta» que los funcionarios públicos y los empresarios privados gustan con frecuencia de idealizar, sino en una formación social en la que el capitalismo es el modo de producción dominante. Por haberse producido este hecho cuando los países económicamente más avanza-

dos pasaban de la fase premonopolista a la monopolista del sistema, la influencia de los monopolios en el capitalismo mexicano ha sido siempre grande y, en los últimos decenios, cada vez mayor. A partir de 1917 y de la reorganización institucional y el desarrollo que se inician en los años veinte, el capitalismo mexicano adopta el carácter de un capitalismo de Estado, sin el cual no habría podido lograrse el modesto desenvolvimiento que desde entonces se consigue. Y, bajo la creciente influencia del capital monopolista extranjero y nacional, público y privado, en los años cincuenta empieza a convertirse en un capitalismo monopolista de Estado.

El que México sea, desde hace mucho tiempo, un país capitalista, y el que el sistema recorra actualmente una fase tan avanzada de su desarrollo –como es el capitalismo monopolista de Estado– no significa que se hayan liquidado todos los vestigios precapitalistas –lo que por cierto sólo podrá hacer el socialismo– ni que el desarrollo de las fuerzas productivas o incluso el de las relaciones capitalistas de producción sea idéntico al de las grandes potencias imperialistas. Si bien históricamente el capitalismo fue la condición del modesto desarrollo logrado hasta ahora en nuestro país, al mismo tiempo fue y es la condición del subdesarrollo y de la dependencia estructural, que bajo el imperialismo condiciona y deforma gravemente el proceso de acumulación de capital y agranda la brecha que separa a los países opresores y a los oprimidos del sistema.

Las premisas objetivas

Pese a todo ello es indudable que en México abundan los datos que dan cuenta de que las premisas objetivas para un cambio social están presentes, y aun aquellos que comprueban el alto grado de madurez de algunas de ellas. En efecto:

De una fuerza de trabajo cercana a los 16 millones de personas, los asalariados son ya casi 12 millones, lo que

claramente exhibe la gran importancia de la explotación capitalista del trabajo. De ellos, aproximadamente 8 millones son trabajadores urbanos y 4, rurales. Y de los que viven en las ciudades, cerca de la mitad son obreros y otros tantos empleados.

Gracias a la creciente explotación capitalista de la fuerza de trabajo, la que sobre todo en los últimos cuarenta años creció con gran rapidez, el valor del producto bruto y neto nacional, así como el monto y la composición del capital se han elevado considerablemente en los procesos en que dominan las relaciones de producción capitalistas más avanzadas. En 1974, el producto interno bruto era de 812 mil millones de pesos y el capital fijo acumulado ascendía a unos 1 840 millones, que fundamentalmente se distribuyen en el comercio y los servicios y en las diversas ramas de la industria, lo que claramente muestra que si bien tales cifras son muy inferiores a las de los países más industrializados, superan globalmente a las de casi todos los subdesarrollados.

La maduración de las condiciones objetivas no sólo se expresa en el aumento y la diversificación de la producción y del capital fijo; se advierte también en la creciente importancia de las grandes empresas y en la influencia decisiva de los monopolios.

Las grandes explotaciones dominan, desde hace tiempo, en la agricultura, la ganadería y la avicultura modernas; pero sobre todo en la minería, la producción y distribución de energéticos, las principales ramas de la industria manufacturera y de la construcción, el comercio y los servicios. Actualmente es evidente el poder de los monopolios en la producción de plata, cobre, plomo, zinc y otros minerales de importancia, así como en la producción de carbón, petróleo y electricidad. Lo es también en la industria del hierro y el acero, en la metal-mecánica y concretamente en la fabricación de automóviles y camiones y de maquinaria e implementos

agrícolas y equipos industriales; en la petroquímica básica y secundaria, en la química pesada y ligera; en la químico-farmacéutica, en la textil de fibras naturales y, sobre todo, sintéticas; en la alimenticia, la producción de cemento, papel, vidrio y otras, así como en el comercio de abarrotes, ropa y artículos para el hogar, en la banca y los seguros, los transportes y comunicaciones, los mejores hoteles y restaurantes, y otros servicios turísticos.

O en otras palabras, mientras la producción se socializa cada vez más y se concentra en grandes instalaciones en que, con equipos modernos, trabajan millones de obreros y empleados, el grueso de la plusvalía queda en poder de no más de unos 40 a 50 mil empresarios e inversionistas, en su mayor parte del Distrito Federal, y entre quienes destaca una poderosa oligarquía formada por menos de mil familias multimillonarias, en una población muy cercana ya a los 60 millones de habitantes.

La oligarquía mexicana de hoy no es, desde luego, semejante a la de hace un siglo o siquiera a la de hace cincuenta años. No es ya una burguesía incipiente, meramente sectorial y que opera en ramas aisladas de la actividad económica. Es la expresión y el resultado del carácter socialmente más complejo del proceso de acumulación y de una creciente concentración y centralización del capital; es una oligarquía financiera o monopolista en la que no sólo se combinan, a la manera clásica, la banca y la industria, sino el Estado y el capital monopolista extranjero, en las más diversas actividades y a través de los más variados mecanismos.[6]

La íntima trabazón entre los grandes empresarios nacionales y extranjeros y de ambos con el Estado se expresa en la intervención directa e indirecta de éste en el proceso de acumulación, o sea en la explotación de

[6] Véase: Jorge Carrión y Alonso Aguilar M., *La burguesía, la oligarquía y el Estado*, tercera edición. Editorial Nuestro Tiempo. México, 1975.

trabajo asalariado y en la creación de condiciones que permitan altas tasas de ganancia, y –sobre todo cuando éstas declinan– crecientes tasas de explotación en favor de los capitalistas privados; en la movilización del excedente y en la adopción de medidas que suavicen las fluctuaciones cíclicas, amortigüen las crisis y aceleren y, de ser posible, eviten rupturas e interrupciones graves en el ciclo de rotación del capital, tanto en la fase productiva como en las de circulación.

Hasta hace unos años la contradicción fundamental no mostraba mayor intensidad, en parte debido a que las relaciones de producción existentes, modificadas por la Revolución y sobre todo por las reformas de los años treinta, no fueron solamente un freno sino también un estímulo al crecimiento de las fuerzas productivas. Pero en lo que va de la presente década los obstáculos al desarrollo se vuelven más difíciles de rebasar, la polarización social se acentúa, los contrastes de riqueza y miseria se tornan más dramáticos, las condiciones de vida de los estratos más bajos se agravan, se extiende el descontento y el sistema se muestra cada vez más incapaz para hacer frente con éxito a la inflación, el desempleo, la necesidad de vivienda para una población que crece explosivamente, la caída de la inversión privada, el receso, los desajustes de la balanza de pagos y el creciente endeudamiento externo.

Al hablar de la madurez de la situación objetiva no nos referimos tan sólo a las condiciones socioeconómicas indispensables ya mencionadas –propiamente estructurales– sino más bien a aquella que en parte es también fruto de la propia lucha revolucionaria y de su capacidad para agudizar las contradicciones más graves; es decir, al estado de crisis, descomposición, inseguridad, desequilibrios profundos, agitación, acción de las masas y desconcierto del enemigo que preparan y anuncian una "situación revolucionaria".

Es difícil comparar las condiciones objetivas existentes en nuestro país con las de otros. Es indudable, además, que algunas de ellas seguirán afirmándose en los próximos años. Pero su grado de madurez es ya tal, que de una manera burda podría decirse que, en conjunto, no parecen inferiores ni menos definidas que las que estuvieron presentes en Rusia, China, Cuba, Vietnam y aun varias naciones europeas que hicieron revoluciones socialistas en el curso de este siglo.

Al subrayar la importancia de ciertas condiciones objetivas para el proceso revolucionario no sugerimos, desde luego, que donde tales condiciones maduren se esté a las puertas de la revolución. Los Estados Unidos, para sólo mencionar un ejemplo, son un país en el que la socialización de la producción y la monopolización de la riqueza han llegado a extremos difíciles de superar. Y sin embargo el pueblo norteamericano se mueve todavía en gran parte bajo el dominio y aun la dirección de la burguesía, en el rígido y frustrante marco de la alternativa: demócratas o republicanos.

Rusia, en cambio, pese a que en 1917 era sin duda un país capitalista atrasado, a partir de un mínimo de condiciones objetivas favorables forjó una estrategia revolucionaria que preparó y organizó rápidamente a las masas para una de las más grandes revoluciones de la historia. Lo que quiere decir que con condiciones objetivas mínimas y condiciones subjetivas máximas se puede hacer una revolución triunfante, mas no a la inversa.

Las premisas subjetivas

Y ¿qué decir de las condiciones subjetivas? Las cosas a este respecto parecen bien distintas. Y ello es seguramente lo que explica que, habiendo las premisas materiales para un cambio revolucionario, la ausencia de las condiciones subjetivas sea, realmente, lo que lo impida. Podrían señalar-

se múltiples hechos que comprueban que tales condiciones no están aún presentes. Nos limitaremos a recordar algunos de los más importantes:

La proporción de trabajadores asalariados y en particular de obreros no organizados sindicalmente es muy grande y comprende a casi todos los trabajadores del campo y a más de la mitad de los de la ciudad;

La mayor parte de los sindicatos y de las organizaciones de masas están bajo el control del Estado y, en general, de la burguesía. Los sindicatos disidentes agrupan probablemente a no más de unos 200 mil trabajadores, y, con frecuencia aun ellos carecen en su mayor parte de independencia política e ideológica;

Las grandes centrales obreras están desde hace años dirigidas por líderes «charros» y son parte integrante del sistema del partido oficial y, por ende, del aparato estatal y de la estructura del poder;

Aun los núcleos obreros que disienten del viejo «charrismo», mantienen a menudo posiciones políticas en las que se advierte gran influencia de la ideología burguesa y pequeñoburguesa, de tipo reformista y economista;

La organización sindical de los trabajadores del campo no sólo no existe sino que ha llegado a constituir una especie de grave delito, que las autoridades y los terratenientes imputan a quienes intenta llevarla al cabo;

La actividad política del movimiento obrero es todavía pobre, y con frecuencia se limita a repetir, incluso a la zaga del Estado y del PRI, consignas nacionalistas que principalmente sirven para reforzar a la clase en el poder;

Lo que es aun más importante, el nivel de organización, el número de miembros y la influencia de la izquierda sobre los trabajadores dejan todavía mucho que desear, y aun los viejos partidos que ostentan una

filiación maxista-leninista, si bien han acumulado una valiosa experiencia y no pocas veces han mostrado espíritu de lucha y de sacrificio, son aún pequeños, carecen de recursos para difundir en grande escala sus programas y no han llegado a funcionar como partidos de masas. En verdad, ni cuentan con las publicaciones necesarias para una activa labor de organización y propaganda ni tienen, como es natural, fácil acceso a los medios masivos de comunicación que el Estado y las grandes empresas privadas controlan y dedican a diseminar la ideología burguesa;

Incluso la difusión, a través de libros y folletos, de posiciones científica y políticamente avanzadas es todavía exigua pues frente a un corto número de títulos marxistas, cuya edición y distribución tropieza con toda clase de trabas y obstáculos, se publican millares de obras que fundamentalmente sirven para preservar el orden social imperante. Aun en aquellas universidades en donde el pensamiento de vanguardia empieza a ganar adeptos, el peso de las teorías y de las posiciones ideológicas burguesas es enorme, y por cada estudiante, profesor o investigador de izquierda hay decenas y aun centenares de derecha ocupados fundamentalmente por hacer carrera al servicio de la clase dominante;

En fin, los pequeños grupos que hacen esfuerzos por acercarse a los trabajadores están todavía muy dispersos y desconectados entre sí; incluso suelen estar divididos y aun minados por el enemigo, y en algunos de ellos se aprecian tendencias al anarquismo y al terrorismo que, independientemente de otras consideraciones revelan un bajo nivel de conciencia política, así como el peso de concepciones e intereses pequeñoburgueses;

En años recientes se advierten avances organizativos alentadores, creación de nuevas agrupaciones, crecimiento de otras, mayor impulso de la lucha de masas, rupturas en el frente sindical y un interés más amplio por debatir problemas fundamentales para la lucha revolucionaria. Las fuerzas más consecuentes y que por su

entrega y capacidad se van convirtiendo en la vanguardia de los trabajadores son, sin embargo, todavía débiles e incapaces de sacudir las fortalezas del poder burgués.[7]

La falta de correspondencia entre las condiciones objetivas y subjetivas, y la etapa del movimiento revolucionario

Por lo anterior puede decirse que en México hay una manifiesta desproporción o falta de correspondencia entre las condiciones objetivas y las subjetivas necesarias para un cambio revolucionario, con un evidente rezago de estas últimas, que sin duda contribuye a que el nivel actual de las contradicciones en toda las instancias sea muy inferior al que, de haber un movimiento revolucionario fuerte y con amplia base de masas, seguramente estaría presente. En efecto, si bien la contradicción fundamental (producción social/apropiación privada), y con ella ciertas contradicciones secundarias se han agudizado, las formas en que se expresan en el proceso económico, así como en los planos teórico, ideológico y político son aun débiles y la *posibilidad* de resolverlas, a través de una revolución, por ahora al menos muy remota. El nivel, en particular, de la contradicción burguesía proletariado en el ámbito de la lucha de clases está, debido en gran parte a la falta de independencia y al bajo grado de organización política de los trabajadores, lejos del requerido para crear una situación revolucionaria. En ciertos momentos incluso parece mostrar un nivel inferior al de contradicciones secundarias como las que

7 "Sería erróneo creer que las clases revolucionarias siempre poseen fuerza suficiente para realizar la revolución, cuando ésta ha madurado por completo, en razón de las condiciones del desarrollo económico-social. No, la sociedad humana no está estructurada de una manera tan racional y «cómoda» para los elementos de vanguardia. [...] sin la conciencia y organización de las masas, sin su preparación y educación por medio de la franca lucha de clases contra toda la burguesía, no puede haber revolución socialista". V. I. Lenin, *Obras completas,* tomo IX, pp. 370 y 24.

existen entre ciertos sectores pequeñoburgueses y la burguesía, y aun las que se generan en el seno de ésta.

O sea que, hasta ahora, la clase en el poder ha tenido mayor éxito en su política de mitigar o suavizar las contradicciones más graves, que la clase obrera y su vanguardia en el intento de intensificarlas, como condición para impulsar la lucha revolucionaria.

La falta de correspondencia entre las condiciones objetivas y subjetivas, que fundamentalmente se manifiesta en la disparidad entre la etapa que vive el capitalismo y la que recorre la lucha revolucionaria, vuelve imperioso comprender cuál es esta última y qué rasgos la caracterizan, sobre todo si se tiene presente que esa lucha no se desenvuelve lineal ni verticalmente en un ascenso armonioso ni se decide en una sola batalla, sino que se produce en etapas sucesivas cuya naturaleza, alcance y posibilidades es preciso conocer a fondo, a fin de eslabonarlas adecuadamente en el proceso revolucionario.

Partiendo de los principios esenciales de la teoría general y de la experiencia de los países que hasta ahora hicieron la revolución, podría decirse que la lucha revolucionaria, entendida aquí como aquella que va del capitalismo monopolista de Estado al comunismo, recorre a partir del momento en que fraguan las condiciones objetivas iniciales, las etapas siguientes:

1) Preparación de las condiciones subjetivas necesarias para el cambio;

2) Ascenso de la lucha de masas, que culmina con la conquista del poder y el derrocamiento de la burguesía;

3) Alianza con todas las fuerzas interesadas en apoyar al nuevo régimen revolucionario, destrucción del Estado burgués y sustitución de la vieja dictadura capitalista por una dictadura proletaria;

4) Rápida liquidación del capitalismo y creación y puesta en marcha de nuevos mecanismos que preparen y aceleren la transición al socialismo;

5) Instauración y desarrollo del socialismo lo que incluso puede ser un largo periodo histórico, y

6) Advenimiento de la sociedad comunista.

Cada una de las etapas anteriores se desenvuelven, a su vez, a través de subetapas o fases más cortas que reclaman cambios tácticos y, a veces, incluso reformulaciones estratégicas. Así, dentro de las dos primeras, o sea aquellas que rematan en la conquista del poder, suelen recorrerse estas fases:

a) Estudio y discusión programática, deslinde y replanteo teórico de cuestiones fundamentales, intensificación de la lucha ideológica y avances organizativos, a diversos niveles y en distintas direcciones;

b) Activación de la lucha económica, la agitación y la propaganda; elevación de la conciencia proletaria, a través principalmente de la lucha de masas, y reforzamiento de la organización y de la vanguardia;

c) Profundización de la lucha de clases, concretamente en la instancia política, como condición para agudizar al máximo las contradicciones y crear una situación revolucionaria;

d) Ofensiva final que, mediante la utilización y combinación de todos los medios posibles y bajo la dirección de uno o varios partidos, convierta dicha situación en un movimiento revolucionario triunfante, y

e) Toma del poder por las masas y las fuerzas democráticas aliadas al proletariado.

Conviene aclarar que, como todo esquema, el anterior no escapa a cierta rigidez que usualmente no se da en la realidad. Desde luego, las tareas mencionadas no son las únicas. Junto a ellas hay siempre otras que incluso pueden ser muy importantes, y en la práctica, a menudo se entrelazan varias y se advierten, en todas las fases, algunas de las que hemos asociado especialmente a una de ellas. La lucha ideológica y política, por ejemplo, es en cierto sentido inseparable. Pero lo que queremos es poner énfasis en el

papel y los caracteres principales de cada fase. En cuanto al tránsito de una a la otra y, en consecuencia, la duración de toda la etapa de lucha por el poder, la historia parece demostrar que puede ser muy corta o muy larga, dependiendo en primer término del grado de madurez de las condiciones objetivas, y a partir de cierto momento de la rapidez con que la clase obrera se prepare y organice para el cambio revolucionario, de la medida en que la estrategia descanse en una teoría revolucionaria y de la capacidad, decisión y audacia con que actúe la vanguardia, especialmente en el momento del golpe decisivo.

Pues bien, en nuestra opinión la lucha revolucionaria en México recorre actualmente la primera fase antes señalada, acaso con algunos elementos de la segunda, en virtud de las razones siguientes:

Aún predominan, incluso en el seno de la clase obrera, las posiciones teóricas e ideológicas burguesas y pequeñoburguesas, lo que se explica porque el marxismo-leninismo, y sobre todo su aplicación creadora, son todavía incipientes;

El nivel organizativo de las masas y aun el de la propia izquierda es bajo e insuficiente, lo que en parte explica que el descontento popular se exprese a menudo, más que en una lucha política coherente y bien articulada, en acciones espontáneas y aun en estallidos de violencia reveladores de buena dosis de desesperación e impotencia;

La independencia política real de las organizaciones de masas e incluso de algunos de los partidos que postulan la necesidad de un cambio revolucionario, es muy limitada;

En fin, estamos todavía ante la necesidad de comprender mejor el desarrollo del capitalismo mexicano en el último siglo, de ubicar con mayor precisión la presente fase, de ahondar en el examen de sus contradicciones principales y secundarias, de rechazar las posiciones burguesas que más daño hacen en el movimiento obrero, ayudar a

desvanecer las ilusiones pequeñoburguesas de un capitalismo independiente y libre de los monopolios, y a partir de ciertos planteos teóricos y estratégicos avanzar en el proceso de forjar una alternativa, de elevar el nivel de organización y fortalecer la vanguardia necesaria para impulsar la lucha revolucionaria.

Las principales contradicciones y el trazo de una estrategia revolucionaria

El marco de referencia antes establecido no basta para impulsar, en las mejores condiciones posibles, la lucha revolucionaria. Es necesario determinar las principales contradicciones a que esa lucha debe enfrentarse, así como comprender profundamente su origen y su alcance. Pero como la revolución es un proceso histórico unitario y no un acto aislado, de dimensión meramente nacional, el planteo de las contradicciones supone situarlas en una perspectiva histórica que permita advertir sus interrelaciones y, sobre todo, las fuerzas políticas que a escala mundial tratan de mitigarlas y de agudizarlas. En otros términos, nuestro examen debe hacerse desde diferentes niveles de análisis, pues sólo así podremos apreciar correctamente las contradicciones: 1) propias de la época histórica en que vivimos; 2) de la fase actual del capitalismo, en general; 3) del capitalismo mexicano, y 4) de la etapa de la lucha revolucionaria en que nos hallamos en nuestro país.

1) En un sentido histórico y visto en su conjunto el desarrollo de la sociedad, el que vivamos la época de transición del capitalismo al socialismo significa que la contradicción social más importante de nuestro tiempo es la existente entre el viejo capitalismo en retirada y el nuevo sistema social en ascenso. Esta contradicción, en la que esencialmente se expresa el enfrentamiento burguesía-proletariado a nivel internacional, afecta en su conjunto a

los dos régimenes antagónicos. Entre sus formas concretas destacan, probablemente: a) la decisión del imperialismo norteamericano, con la ayuda de otras potencias y especialmente de las burguesías domésticas más directamente amenazadas, de hacer fracasar cualquier intento de cambio revolucionario (como en los últimos años se hizo patente en Bolivia y Uruguay, Argelia, Indonesia y sobre todo en Chile y Vietnam; b) la tendencia a hacer girar la oposición al socialismo principalmente en torno a la Unión Soviética, por considerar que este es el país más poderoso e influyente del sistema socialista, y que sin menosprecio de la cooperación de otros y, desde luego, del esfuerzo ejemplar de pueblos como el cubano, la contribución soviética jugó un papel decisivo en el desarrollo y, por consiguiente, en el triunfo del proceso revolucionario, y c) el armamentismo y –aunque cada vez con menores posibilidades de realización– el chantaje imperialista de una guerra atómica contra los países socialistas, con lo que, por cierto, se consigue entre tanto mantener enormes gastos improductivos y activar la postrada, cada vez más inestable economía capitalista y hacer frente –a través de una política que a la postre los agudiza– a sus desequilibrios más profundos como son la sobreproducción, el desempleo crónico y la inflación.

En cuanto a sus formas, la contradicción capitalismo-socialismo adopta las más variadas y se expresa en los planos más diversos: desde la confrontación económica a la lucha política interna e internacional, el conflicto ideológico en todos los niveles y el enfrentamiento teórico tanto en las ciencias naturales como en las sociales.

2) Las contradicciones principales en la presente fase del capitalismo a escala mundial son las propias del capitalismo monopolista de Estado: el contraste cada vez más profundo y aun dramático entre la socialización e internacionalización sin precedentes de la producción, y la concentración y centralización, también sin paralelo del capital en unos cuantos centenares de consorcios trasnacionales gigantescos vinculados estrechamente a los Estados de sus respectivos países de origen y en rigor a todos los de las

naciones en que operan. Dicha contradicción, entre otras formas, se expresa en la agudización del antagonismo burguesía/proletariado, en una situación en que la lucha de clases, si bien sigue siendo fundamentalmente nacional, se extiende a la vez a todo el planeta; en lo que hace al capitalismo entre una oligarquía multinacional, que de hecho actúa simultáneamente en todos los países del sistema y que a la vez se desplaza con rapidez de unos, y de ciertos campos, a otros, y un proletariado en gran parte nacional, pero cuyo excedente de fuerza de trabajo se mueve también internacionalmente, cada vez en mayor medida, desde los países más atrasados y que disponen de menores posibilidades de explotar por sí solos esa fuerza laboral, hacia aquellos más dinámicos y avanzados que, al menos en los momentos de auge, pueden absorberla.

El hecho de que el capital se internacionalice como nunca antes y de que el desarrollo del sistema sea cada vez más desigual no sólo vuelve más profunda, vasta y compleja la contradicción burguesía-proletariado sino que agrava y multiplica las contradicciones secundarias, incorpora a amplios sectores pequeñoburgueses a la lucha antimperialista y aun intensifica las rivalidades en el seno de la clase en el poder, en cada país y entre las burguesías dominantes en las grandes potencias y las dominantes-dominadas de los países capitalistas subdesarrollados.

3) En lo que hace, concretamente, a las contradicciones correspondientes a la fase actual del capitalismo mexicano, si bien están y seguirán presentes supervivencias precapitalistas –que como ya dijimos solamente el socialismo podrá remover y destruir en definitiva– y sobre todo relaciones capitalistas incipientes y formas de producción y distribución propias de las empresas pequeñas y medianas, que en número siempre serán las predominantes, el grueso de las actividades económicas fundamentales ha caído, conviene subrayarlo, irreversiblemente en poder y bajo la influencia del capital monopolista, de un capital monopolista privado y público, nacional y trasnacional. Y si bien la mayor parte de la producción y del capital está en poder de la burguesía

doméstica y del Estado y sus empresas, la incapacidad de la burguesía mexicana, en su conjunto, para asegurar un desarrollo capitalista independiente se expresa en una profunda supeditación económica, tecnológica, ideológica y aun política y militar, o sea en una subordinación en verdad estratégica, respecto al gran capital monopolista internacional y, especialmente, norteamericano.

Del carácter estructuralmente dependiente del capitalismo mexicano y de su ya históricamente probada debilidad para enfrentarse con éxito al capital imperialista dominante e incluso a la penetración sin duda más débil de potencias de segundo orden, resulta que, en la presente fase, las contradicciones internas en todas las instancias se traben y aun vuelvan inseparables de la contradicción con el imperialismo, no porque el capital extranjero esté presente o tenga por fuerza una posición hegemónica en cada campo de actividad –lo que naturalmente no es así– sino porque, intervenga o no directamente en ellos, el capitalismo en su conjunto –lo que naturalmente quiere decir: inclusive el Estado– se desenvuelve en un plano de subordinación que le es inherente, que tiende a acentuarse en la etapa actual y que sólo podrá liquidarse a partir de una ruptura revolucionaria que haga posible actuar sobre factores históricos que en otros tiempos la determinaron y hoy la reproducen y refuerzan.

Debido a lo anterior, la contradicción burguesía proletariado lo es al mismo tiempo con el capital local y el extranjero, que a través de sucursales y empresas filiales o asociadas opera en nuestro país y en un sentido más amplio, con la propia oligarquía financiera yanqui. La contradicción burguesía pequeña burguesía incluye asimismo las diferencias de ésta con tales consorcios y con el imperialismo en general y, aun en el seno de la clase dominante, las fricciones interburguesas, que también son parte de la contradicción nación-imperialismo, reflejan no solamente discrepancias internas sino incluso desacuerdos subyacentes entre los grandes consorcios internacionales.

4) En lo que concierne a las contradicciones más características de la etapa actual de la lucha revolucionaria en nuestro país, si bien la principal parece estar fundamentalmente condicionada por los aspectos económicos de la relación burguesía-proletariado, los enfrentamientos más agudos se dan casi siempre en las relaciones con las grandes empresas extranjeras, principalmente industriales: empresas privadas domésticas, en su mayor parte también localizadas en la industria; grandes consorcios estatales, sobre todo en los servicios básicos y, en general aunque en menos escala, empresas privadas de importancia relativamente secundaria y cuyos trabajadores son miembros de sindicatos más o menos pequeños. En otras instancias como son la política, la ideológica y la teórica, la contradicción de que hablamos asume, por las razones ya mencionadas al evaluar las condiciones subjetivas necesarias para un cambio radical, formas todavía muy incipientes. En cada uno de los planos anteriores se aprecian, naturalmente, formas de expresión diferentes de las contradicciones secundarias que, en ciertos momentos, se intensifican y afectan, sin duda, la lucha revolucionaria.

El principal enemigo, la fuerza motriz de la revolución y sus posibles aliados[8]

El juego de contradicciones antes consideradas y su eslabonamiento en los diversos planos e instancias no sólo permite comprender cuáles son los obstáculos de diversa naturaleza que el capitalismo opone al desarrollo independiente de países como el nuestro; en lo que atañe al trazo de

[8] "Para lograr éxito, la revolución debe saber con la mayor exactitud posible con quién puede ir al combate, cuál de sus aliados es inseguro y quién es el verdadero enemigo". V. I. Lenin, *Obras completas,* tomo XIX, p. 65.

una estrategia capaz de hacerles frente, en el plano propiamente político, permite además descubrir y situar, por una parte al enemigo principal y por la otra a la clase que, en la presente etapa, debe ser la fuerza motriz del proceso revolucionario e incluso a aquellas susceptibles de tomar partido, de un lado o del otro, en la contienda. Y este análisis, aparte de hacer aflorar las diversas formas en que se expresa la contradicción principal, aporta valiosos elementos para comprender el alcance de las contradicciones secundarias. A manera de ejemplo, sin duda ilustrativo, cabría observar cómo la agudización de la contradicción fundamental del sistema, que naturalmente no se traslada en forma mecánica a la lucha social entre el proletariado y la burguesía, acentúa y altera el comportamiento de aquéllas. Se ahondan en particular los desacuerdos entre ciertos sectores de la pequeña burguesía progresista con el imperialismo norteamericano –el que, no obstante, se antoja casi siempre una entidad imprecisa y hasta un tanto abstracta–, y estando tales sectores subordinados al poder burgués, sus posiciones exhiben también discrepancias con el proletariado, y especialmente con las organizaciones de vanguardia que asumen posiciones marxistas que inevitablemente rebasan, sobre todo en profundidad, el marco de inquietudes del liberalismo y del radicalismo pequeñoburgués. Incluso en el seno mismo de la clase dominante se acentúan las divergencias en torno a ciertos problemas y se intensifican, aunque en general sin ir más allá de los límites que las reglas del juego imponen, los desacuerdos, más que con los representantes directos del capital monopolista extranjero, con ciertos aspectos de la política exterior de las grandes potencias (entre las que siempre se incluye el «imperialismo totalitario»), actitud que no es ajena ni mucho menos al propósito de atraer a los trabajadores, de confundirlos, de mediatizar sus luchas y al amparo de una política nacionalista y tercermundista contradictoria y en parte declarativa, de mantenerlos en una posición dependiente y débil, que la clase en el poder aprovecha para fortalecer sus propias posiciones.

En cuanto a la posibilidad de ubicar objetiva y correctamente al principal enemigo y a las fuerzas capaces de enfrentarse a él, del análisis anterior claramente resulta que, en la etapa actual, aquel es el capital monopolista y éstas, la clase trabajadora y en particular los obreros.

La localización del principal enemigo y, acaso sobre todo, la determinación de su alcance, aun en un esbozo tan inicial como éste no son fáciles. Saber que ese enemigo es el capital monopolista y éstas las fuerzas impulsoras de la revolución es, sin duda, un gran avance. Pero es necesario ir más lejos. Para forjar una línea política justa que, en una perspectiva estratégica y, tácticamente, pueda actuar sobre un complejo y siempre cambiante juego de contradicciones reales, y en particular sobre ciertas contradicciones secundarias –que o bien tienden a ignorarse o a subestimarse o bien se exageran como si fueran las decisivas–, es necesario evitar ambigüedades que incluso suelen ser causa de graves desviaciones, y establecer cierta gradación en la determinación del enemigo.

¿Qué queremos decir al señalar al capital monopolista como el principal enemigo del pueblo mexicano, y por tanto como el obstáculo más difícil de rebasar?, ¿aludimos a algún sector del capital extranjero, a determinados monopolios internacionales o a ciertos aspectos de la política de dominación de las grandes potencias capitalistas, y muy en particular de nuestro poderoso vecino del norte?, ¿es que nos referimos a los empresarios o a los banqueros privados mexicanos asociados o más dependientes de los monopolios extranjeros?, ¿acaso pensamos más bien en una larga etapa histórica del desarrollo del capitalismo, como es el imperialismo? Aunque este elemento está, desde luego, implícito, ya que es el escenario en que aparece, se reproduce y llega a ser dominante el capital monopolista, aludimos no sólo a una categoría histórica sino a una fuerza política más concreta, a la fracción hegemónica –a la escala de todo el sistema y a la vez en cada país– de la clase dominante, cuya presencia no es fruto de tales o cuales circunstancias sino de la acción de las leyes que rigen el desarrollo capitalista en la época

del imperialismo, y concretamente, de aquellas que más influyen sobre el proceso de acumulación en la presente fase del capitalismo monopolista de Estado.

Lo que en otras palabras significa que el capital monopolista, lejos de ser una entidad homogénea y fácil de ubicar es una unidad contradictoria, un complejo de intereses de clase estrecha e indisolublemente ligados entre sí, que en más de un sentido se apoyan y refuerzan mutuamente; entre los que son, a la vez, inevitables ciertos desacuerdos y contradicciones, pero que en conjunto constituyen la fracción más poderosa de la burguesía y que por el papel que en ella juegan, y en un sentido más amplio y fundamental, por su posición en el proceso productivo y en general dentro del sistema imperante, detentan el grueso de la riqueza y ejercen directa e indirectamente el poder.

Concebido así, resulta menos difícil precisar la forma que, en el nivel actual de desarrollo de las fuerzas productivas y de socialización de la producción y el capital, adopta el capital monopolista en un país como México. En efecto este se desdobla y multiplica en:

A escala mundial:

Capital internacional, o si se prefiere trasnacional, en el que primordialmente destaca el norteamericano y en un segundo plano el de Alemania Federal, Inglaterra, Japón, Francia y otros países imperialistas.

Capital monopolista, también primordialmente yanqui, que en las formas y actividades más variadas opera concretamente en nuestro país, aunque el peso de los intereses monopolistas de otras naciones suele ser, en ciertos casos, también muy importante;

Capital monopolista domestico, tanto privado como estatal y paraestatal, a menudo estrechamente ligado entre sí y/o con el capital extranjero, y que constituye la base interna en que se apoya la oligarquía;

Altos estratos de la burguesía en cada una de las ramas económicas principales, que aun no siendo en un sentido estricto parte integrante de la oligarquía financiera o

monopolista, mantienen con frecuencia íntimas relaciones e incluso dependen grandemente de ella;
En un nivel inferior, pero como parte desde luego de la clase dominante, y que sin embargo, políticamente podría considerarse un enemigo secundario más que principal, cabría mencionar a las capas medias y aun bajas de la burguesía, que independientemente de su significación –en conjunto no deleznable–, por la ubicación que les corresponde en el proceso económico, por razones tecnológicas o financieras explicables en razón de la estructura del capital monopolista o por factores políticos, habitualmente mantienen posiciones reaccionarias esencialmente favorables al imperialismo y a la oligarquía.

En nuestra opinión es erróneo considerar, como suele hacerse en ciertos esquemas, al capital extrajero como el enemigo principal –pero mediato– y a la burguesía doméstica como el enemigo inmediato. El capital monopolista, o sea una categoría y a la vez una fuerza política que por una parte desborda y por la otra incluye a ambos, es, repetimos, el enemigo principal. Y si bien en cada fase de la lucha revolucionaria es posible y aun indispensable neutralizar a ciertas fuerzas y sumar a otras a la causa del pueblo, en cada una de ellas, también, es preciso enfrentarse al capital monopolista, lo que no significa ignorar y desaprovechar sus contradicciones, ni tampoco que tal enfrentamiento deba ser idéntico –en intensidad, formas o medios– en cada caso. En la actual etapa del desarrollo del capitalismo, y concretamente del capitalismo mexicano, el proceso de acumulación ha llevado a un grado de concentración y centralización del capital que vuelve inviable o al menos ineficaz una estrategia que postule la necesidad del enfrentamiento inmediato a la burguesía interna y mediato contra la gran burguesía monopolista externa. En rigor, los linderos de lo interno y lo externo son cada vez más imprecisos y difíciles de fijar y sobre todo no parece que, a estas horas, sea posible vencer a la burguesía doméstica sin

derrotar, a la vez, al capital monopolista extranjero y a la política del imperialismo en que se apoya, como tampoco parece posible pensar en una victoria revolucionaria frente a éste, en tanto no se quebrante el poder económico y político de la oligarquía monopolista mexicana.

Tales posiciones se asemejan a aquellas no menos simplistas que, por no comprender correctamente el papel del Estado burgués, en particular en la actual fase del capitalismo, lo identifican a la oligarquía, sin advertir las relaciones reales con ella y a la vez las contradicciones que se dan en su seno, o, a la inversa, lo divorcian arbitrariamente de aquella y en general de la clase dominante, y olvidando que es a través principalmente del Estado como esta clase ejerce el poder, exageran su autonomía relativa y aun demagógicamente lo convierten en un «Estado del pueblo».[9]

En la práctica, mientras las primeras posiciones pueden desenlazar fácilmente en una desviación izquierdizante, las segundas pueden –como de hecho ha ocurrido a menudo– llevar al reformismo y a un revisionismo que, a la postre, conduzcan a engañosos espejismos que debiliten y vuelvan más difícil la lucha revolucionaria.

Para escapar a estas desviaciones es necesario comprender a fondo la naturaleza del capital, esencialmente las contradicciones que afectan su desarrollo en la fase actual del capitalismo monopolista de Estado, y que con base en lo ya dicho podríamos resumir como sigue:

[9] La ubicación del Estado en la lucha política sólo puede hacerse correctamente a partir de un planteo teórico riguroso. El Estado, ni es como algunos pretenden el principal aliado de los trabajadores ni, como otros suponen, su principal enemigo. El verdadero enemigo es la clase dominante, y sobre todo la poderosa oligarquía a la que el Estado sirve directa e indirectamente. El Estado, por consiguiente, más que una fuerza social y política comparable a las clases sociales en pugna, es una compleja organización –en cuyo seno se dan múltiples contradicciones– a través de la cual la burguesía ejerce el poder. Por eso puede afirmarse que lejos de ser una entidad neutra, el Estado en México es, como el modo de producción imperante, capitalista.

Contradicción capitalismo (y en particular, capitalismo monopolista de Estado)–socialismo;
Contradicciones entre las principales potencias imperialistas, que si bien se manifiestan en todo el sistema, suelen ser especialmente agudas en ciertos países y actividades;
Contradicciones entre el capital monopolista de las naciones dominantes del sistema, que tienen mayores inversiones e influencia en México y que, concretamente, se dan en nuestro país;
Contradicciones en el seno del capital monopolista privado mexicano, así como entre él y el Estado por una parte, y por la otra el capital extranjero;
Contradicciones internas en el desarrollo del capital monopolista estatal y paraestatal mexicano, así como el resto del capital monopolista nacional e internacional;
Contradicciones entre la oligarquía en su conjunto y ciertas fracciones de la misma, y la gran burguesía no propiamente oligárquica;
Contradicciones entre el capital monopolista y los sectores más importantes –campesinado, pequeños industriales y comerciantes, buena porción de estudiantes e intelectuales, etcétera– de la pequeña burguesía rural y urbana; y en fin,
Contradicciones entre el proletariado –y especialmente los sectores más importantes de la clase obrera– y el capital monopolista nacional –estatal y privado– y extranjero.

Aun esta breve e incompleta enunciación puede parecer complicada; y en cierto modo lo es. Pero lo es mucho más la realidad; por lo que nada ganaríamos reduciéndola a esquemas simplistas que se aparten de ella y aun ignoren sus rasgos esenciales. Cuando el desarrollo llega a ser tan desigual, inestable y contradictorio como hoy es el capitalismo, nada hay monolítico, uniforme, sencillo, homogéneo.

De la capacidad de la vanguardia revolucionaria para comprender todas esas contradicciones y las relaciones

mutuas en que se originan; para ubicarlas de acuerdo con su naturaleza y alcance, para distinguir las múltiples y complejas formas que asumen, para actuar oportuna y certeramente sobre cada una de ellas y sobre la totalidad de las mismas; de la capacidad para aprovechar, en una palabra, los desacuerdos y debilidades del enemigo y ganar adeptos a la causa revolucionaria, depende en gran parte la suerte de ésta.

Cuando decimos que la fuerza motriz de la revolución en México es actualmente la clase trabajadora y en particular los obreros, no olvidamos que éstos, sin contar a quienes laboran en el campo, son tan sólo unos 4 millones, que representan poco más de la cuarta parte de la población económicamente activa. Sabemos también que los obreros industriales –entre quienes destacan los mineros, petroleros, electricistas, ferrocarrileros, trabajadores textiles, de la industria metal-mecánica, alimenticia y otras– son apenas dos millones, y que una proporción significativa continúa dispersa en numerosas empresas pequeñas y medianas. Pese a todo ello la clase obrera es, sin duda, el principal sostén de la producción capitalista; la fuente más importante de la plusvalía que a través del Estado y la empresa privada extrae y retiene la clase dominante, y el sector del proletariado que, no obstante su rezago político y organizativo dispone del mayor potencial revolucionario y puede atraer, impulsar y dirigir a otros trabajadores manuales e intelectuales, así como a amplios núcleos de la pequeña burguesía rural y urbana. Sería un error menospreciar a fuerzas como los estudiantes, a los empleados modestos tanto del Estado como de empresas privadas, a muchos pequeños productores urbanos, a los técnicos e intelectuales, sobre todo de las nuevas hornadas, que en proporciones cada vez mayores simpatizan y aun se adhieren a la causa revolucionaria, y a los millones de asalariados del campo y de campesinos pobres que en México tienen una tradición de lucha y que, seguramente, serán en los próximos años importantes aliados de los obreros.

Aun si ciertos sectores pequeñoburgueses o de las llamadas capas medias no pudieran ser ganados por el movimiento revolucionario o sólo lo fueran en condiciones precarias e inestables, sería un error menospreciarlos y, cayendo en posiciones torpes y aun sectarias, subestimarlos incluso como fuerzas susceptibles de ser neutralizadas para, a la postre, dejarlas a disposición del enemigo. Y ello vale incluso por lo que hace a ciertas fracciones de la propia burguesía nacional, que si bien hasta ahora han ido generalmente a la zaga, y en la práctica han apoyado o al menos se han dejado arrastrar por la oligarquía, ante una relación de fuerzas políticas diferentes pueden cambiar de posición y aun transitoriamente actuar en favor de los intereses realmente nacionales.

A propósito de esas fracciones, o sea de buena parte de aquellas que ocupan niveles intermedios y bajos en el seno de la clase en el poder, es también fácil caer en la postura oportunista de atribuirles una significación desmedida y aun convertirlas utópicamente en el eje del proceso de cambio social, o bien caer en la posición sectaria, no menos errónea e inconveniente, de meterlas en el mismo saco que a la oligarquía, negarles toda importancia y aun ignorar su presencia y su posibilidad de apoyar, bajo determinadas condiciones, la lucha antimperialista. La clave de una posición política justa respecto a la burguesía nacional, en un país como el nuestro, consiste en comprender que no habiendo sido en el pasado, no siendo hoy y no pudiendo ser en el futuro una clase capaz de dirigir y asegurar un desarrollo capitalista independiente –como sus voceros y propagandistas se empeñan todavía demagógicamente, en sostenerlo– su alternativa histórica real no es dirigir o no el proceso de liberación y transformación social de México, sino escindirse y tomar, como segmento de clase secundario e inevitablemente subordinado, o bien el partido del capital monopolista y de la oligarquía, en defensa del sistema, o bien la causa del pueblo, a partir de la convicción de que los días en que la burguesía nacional fue capaz de jugar un

rol avanzado y de hacer que el capitalismo contribuyera a afianzar la independencia nacional han, históricamente, concluído.

Posibilidad de agudizar las principales contradicciones e impulsar, a corto y largo plazo, la lucha revolucionaria

Si la burguesía, de un lado y el proletariado, del otro, son hoy en México los protagonistas centrales de la lucha de clases, ¿cómo avanzar, concretamente ante una coyuntura electoral, en el trazo de una estrategia y una táctica que contribuyan a impulsar la lucha revolucionaria? A reserva de volver sobre este tema en próximos números de ESTRATEGIA y con plena conciencia de que no es de aquellos que puedan despacharse y darse por resueltos en unos cuantos párrafos, creemos que hay ciertas cuestiones de principio que no pueden simplemente darse por supuestas ni menos dejarse de lado, salvo a riesgo de incurrir en graves y costosos errores. Algunas muy importantes son las siguientes:

La táctica y en particular los métodos de acción –cualesquiera que sean– por los que se opte al nivel electoral, deben subordinarse a una estrategia propiamente revolucionaria; es decir, que centre su atención en los problemas fundamentales de la etapa actual de la lucha por el poder y que, a partir de una fundamentación teórica sólida se proyecte a largo plazo, hacia el socialismo;

Así como la burguesía trata, por todos los medios a su alcance, de suavizar los desajustes y contradicciones existentes para preservar el orden establecido, una línea consecuentemente revolucionaria debe buscar lo contrario, esto es, intensificar esas contradicciones y luchar contra una política reformista de conciliación y compromiso de las masas con la clase en el poder;

Si bien una táctica certera puede ser decisiva para evaluar y modificar favorablemente la actual correlación de fuerzas, al nivel estratégico es además necesario ubicar, con la mayor precisión, al principal enemigo y los intereses en que se apoya; y en el plano propiamente teórico es preciso descubrir las contradicciones fundamentales sobre las que se aspira a actuar, lo que a su vez reclama conocer a fondo, en la realidad misma, la etapa que recorre el sistema y, desde luego, la lucha revolucionaria;[10]

La izquierda debe calibrar con objetividad –sin hacer cuentas alegres ni menos, naturalmente, desalentarse y aun darse por vencida antes de librar la batalla– sus posibilidades reales de enfrentamiento al enemigo de clase. Esto aparte de lo ya dicho supone la capacidad para apreciar la realidad concreta, los cambios incluso de última hora que condicionan el marco en que se actúa y los factores de diversa naturaleza, internos y externos, favorables y desfavorables –lo que suele llamarse "reservas de la revolución"– con que la clase obrera puede contar y que a veces importan decisivamente en la lucha revolucionaria.

En la situación actual de México es fundamental determinar los posibles aliados internos así como los mejores medios para atraerlos, las perspectivas de apoyo y solidaridad de otros pueblos y lo que significan el sistema socialista en general y el hecho concreto de que el socialismo sea hoy en América Latina no sólo una aspiración, una teoría y una estrategia de lucha, sino, gracias a la revolución cubana, un nuevo modo de producción, un Estado proletario y un proceso en marcha cuyas enseñanzas, apoyo y solidaridad serán, seguramente, inapreciables.

[10] "La dialéctica exige que las etapas sucesivas de transición sean claramente definidas". V. Adoratsky. La dialéctica materialista. México, Ediciones Frente Cultural, (sin fecha) p. 23

En cuanto a otros factores favorables o "reservas indirectas", acaso lo principal en estos momentos sea seguir de cerca y estudiar con rigor las formas en que la crisis que afecta al capitalismo mundial y mexicano agrava las contradicciones ya señaladas, pues sólo así podrá adoptarse una táctica capaz de responder, aun a muy corto plazo, certera y eficazmente a ellas.

Para triunfar en la lucha revolucionaria no basta tener la razón; no basta conquistar ideológicamente a ciertos sectores de la clase obrera ni contar con una vanguardia resuelta y que se entregue generosamente a la causa de los trabajadores.[11]

Pues bien, para ganar a las mayores fuerzas posibles a la lucha revolucionaria es muy importante, entre otras cosas mantener una actitud de respeto a los principios, no negociar con ellos ni temer a los compromisos y las posiciones que, en un momento dado, sean necesarios para impulsar, fortalecer y evitar males mayores al proceso revolucionario.[12] La intransigencia en el respeto a los principios no es incompatible, antes bien se complementa con la mayor flexibilidad en la elección de los métodos concretos que exijan las condiciones, y, en particular, el

[11] "Con la vanguardia sola es imposible triunfar. Lanzar sola a la vanguardia a la batalla decisiva antes de que toda la clase, las más amplias masas, hayan adoptado una posición de apoyo directo a la vanguardia, o al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella y de negativa de todo apoyo al enemigo, sería no sólo estúpido, sino criminal. Para que toda la clase, las masas [...] adopten esa posición, no bastan la propaganda y la agitación, por sí solas. Para ello, las masas deben hacer su propia experiencia política. Tal es la ley fundamental de todas las grande revoluciones [...]" V. I. Lenin. "El «izquierdismo», enfermedad infantil..." *Obras completas,* tomo XXXIII. p. 200.

[12] "El deber de un partido auténticamente revolucionario no consiste en proclamar imposible la renuncia a todo compromiso, sino en saber cumplir fielmente a través de todos los compromisos –en la medida en que sean inevitables– con sus principios, su clase, su misión revolucionaria, su obra de preparar la revolución y de educar a las masas populares para triunfar en la revolución". V. I. Lenin. "Acerca de los compromisos", en *Cartas sobre táctica.* (Recopilación de artículos). Editorial Progreso, Moscú.

nivel de organización y de conciencia de las masas. Es importante, asimismo, tener claridad respecto a los objetivos de más largo alcance y en cuanto al enemigo concreto e inmediato; distinguir con precisión al principal de los adversarios menores y saber combinar la lucha propiamente revolucionaria por el socialismo con el apoyo y aun la exigencia de reformas parciales que permitan ganar nuevas fuerzas en la lucha por el poder. Renunciar a ésta a cambio de unas cuantas reivindicaciones inmediatas que incluso desmovilicen y confundan a las masas es caer en el reformismo y el oportunismo. El problema fundamental de toda revolución, se ha dicho muchas veces es, sin duda, el problema del poder. Pero como el camino al poder no es recto ni fácil, ni puede recorrerse con éxito sin las masas, para atraer a éstas, para estimularlas y aun para elevar su conciencia es preciso hacer de la lucha por ciertas reformas democráticas una parte integral de aquélla. La clave en la relación reforma-revolución está en cuál de los términos prevalezca sobre el otro y en qué medida, en consecuencia, sea la clase en el poder o los trabajadores quienes se fortalezcan o debiliten. En fin, se requiere de un programa que defina claramente los objetivos centrales de la lucha y que, no obstante las diferencias inevitables que sobre todo en un principio pueda haber en el seno de la izquierda y entre las fuerzas participantes, contribuya a la unidad y al fortalecimiento de la vanguardia, así como a promover la acción conjunta de todas aquellas fuerzas capaces de impulsar, de diversas maneras y en diferentes planos, la lucha revolucionaria. Mas para avanzar en la formulación de ese programa y hacer descansar su realización en un planteo estratégico y táctico correcto, es también imprescindible concentrar las mayores fuerzas, lo que sólo puede hacerse centrando la acción política en la agudización de las principales contradicciones de clase y actuando acertadamente, además sobre las contradicciones secundarias que el oportunismo y el sectariasmo suelen contribuir a agravar

y aun convertir en antagonismos que desvían y frenan la lucha revolucionaria.[13]

Importancia política de un programa antimonopolista

En la presente fase del capitalismo mexicano y, en particular, ante la coyuntura electoral que está por iniciarse, en nuestro concepto nada podría lograr tan amplia movilización de fuerzas populares como un vasto programa nacional antimonopolista. ¿Por qué creemos tal cosa? Porque el principal enemigo del pueblo mexicano es, precisamente, el capital monopolista, y por ello, la principal contradicción social –como ya vimos– es la existente entre esa fuerza económico-política y la clase obrera y, en general, los trabajadores manuales e intelectuales y aun muchos pequeños y medianos productores más o menos independientes; porque la oligarquía nacional y extranjera e incluso el Estado –no obstante las contradicciones internas ya señaladas– descansan y se apoyan mutuamente en el capitalismo monopolista de Estado, y porque si bien la burguesía es la clase que, en conjunto, detenta el poder, el capital monopolista, nacional e internacional, es la base en que descansa la oligarquía, o sea la fracción hegemónica de esa clase; la que concentra la mayor parte de la riqueza, la que más se beneficia del sistema y, por tanto, el principal escollo frente al intento de avanzar, en esta etapa y las subsiguientes, en la lucha por el poder.

No podríamos esta vez ni bosquejar siquiera lo que, en las condiciones de México, podría ser el programa antimonopolista y antioligárquico de que hablamos. La cuestión es tan importante que merece la consideración más responsa

13 "Si no se lleva hasta los últimos extremos la contradicción principal, en la mayor parte de los casos no se conseguirá sino una reestructuración secundaria, que implica una modificiación del aspecto principal de la contradicción principal, por ejemplo, un cambio de régimen, de status político. Pero no [...] un cambio en el modo de producción o, más precisamente, en la naturaleza de clase social del Estado." Charles Bettelheim. *La transición a la economía socialista.* Barcelona, 1974, p. 223.

ble y seria. Pero a reserva de avanzar en tal sentido en los próximos números de ESTRATEGIA, acaso convenga anticipar unas cuantas ideas centrales.

La primera duda a despejar es esta; como antes veíamos respecto al papel de las reformas, la lucha revolucionaria no puede limitarse, a estas horas, al antimperialismo retórico de ciertos voceros de la burguesía o incluso al aceptado por los componentes más débiles de una coalición antimonopolista; pero tampoco debiera prescindir de su concurso y menos aún del que puedan prestarle los sectores más radicalizados de las masas, que sin embargo carecen todavía de una conciencia socialista. La lucha antimonopolista, por su parte, si ha de ser consecuente y políticamente significativa, ni puede limitarse al enfrentamiento aislado a unos cuantos grandes consorcios trasnacionales o siquiera a todo el capital extranjero, ni puede detenerse y menos desenlazar y concluir en la estatización o aun la nacionalización de dos, tres o más actividades, bajo un capitalismo de estado *independiente* y no *monopolista,* o sea el capitalismo utópico que a menudo idealizan los funcionarios del PRI y aun de ciertos partidos de seudo-oposición.

Actualmente, es menester comprenderlo, no es tal o cual monopolio extranjero, como por ejemplo pudo ser el caso en las postrimerías del porfiriato o incluso en los años veinte o treinta, el enemigo a combatir. Este tampoco consiste, como algunos lo sugieren con frecuencia, tan sólo en una supuesta oligarquía nacional a la que, errónea y en cierto modo hasta apologéticamente, hacen algunos consistir en media docena de bancos privados o, en versiones aun más burdas y anacrónicas, en unos cuantos caciques ultrarreaccionarios. "[...] el golpe principal se dirige [...] contra todo el sistema del capitalismo monopolista de Estado, que salvaguarda los intereses de los monopolios".[14]

O en otras palabras, no se trata de forjar una alianza reformista, democratizante y laxa contra el imperialismo,

[14] "Declaración de los Partidos Comunistas de 1969". *El Movimiento comunista internacional,* p. 34.

dirigida y aun controlada por la burguesía «nacional» o ciertos sectores pequeñoburgueses, divorciada de la lucha por el socialismo y empeñada, demagógica y vanamente, en hacer creer en la posibilidad de un capitalismo sin monopolios, que cifre su amplitud y popularidad en el abandono de los principios y en la contemporización con el Estado burgués. Mientras mayor sea la amplitud de la lucha antimonopolista, mejor; pero siempre y cuando ello no redunde en una postura débil y oportunista que en vez de tomar al capital monopolista como un todo, como un compleja unidad contradictoria en cuyo seno siempre habrá conflictos de diversa naturaleza, lo desgaje caprichosamente para evitar el enfrentamiento con ciertas fuerzas frente a las que se carece de independencia.[15]

Lo que claramente sugiere que la potencialidad revolucionaria del antimperialismo depende de los principios en que se sustente, de la medida en que forme o no parte de una estrategia revolucionaria y de la naturaleza de las fuerzas participantes que tengan la mayor responsabilidad en su dirección. De todo ello, y también de la escala en que se comprenda que en las condiciones presentes en nuestro país y del capitalismo en general, la lucha antimonopolista no puede ser solamente una lucha económica y menos aún economicista, sino que debe ser una lucha política, que no caiga en la conciliación de clases ni en la subordinación frente a la clase en el poder; debe aspirar a que el eje de la misma sea cada vez más la clase obrera y expresarse en un programa que, lejos de limitarse a unas cuantas rígidas consignas y a medios de acción rutinarios e ineficientes, se renueve contínuamente, se enriquezca con el aporte de la lucha cotidiana, se vuelva un movimiento no sólo contra el imperialismo extranjero sino contra el propio capitalismo en que este descansa y se enlace estrechamente con el objetivo fundamental de llegar al socialismo.

15 "[...] el pensamiento está llamado a llegar a un callejón sin salida si no se emplean los métodos dialécticos y si no se entiende la unidad de los opositores." V. Adoratsky, *Ob. Cit.* p. 17.

De no ser así, un programa antimperialista tendrá una base frágil y una perspectiva angosta; se desplazará fácilmente hacia el nacionalismo y el internacionalismo burgués y, al carecer de verdadera proyección histórica, o bien desenlazará en la «utopía reaccionaria» de querer volver al pasado premonopolista, o bien sólo conducirá a reforzar a la burguesía y especialmente a la oligarquía nacional, a costa del debilitamiento de la clase obrera y de la lucha revolucionaria.

La izquierda y la coyuntura electoral

Hasta aquí nos hemos limitado a trazar de manera inicial algunos de los lineamientos de una posición política que ayude a enfrentarse a una coyuntura electoral como la que, en estos días, se inicia en México.

Desde hace mucho tiempo están resueltos en la teoría y en la práctica revolucionaria dos problemas que afloran al plantear una cuestión como ésta. El primero: la izquierda puede y debe emplear todos los medios de lucha que, en una situación determinada, sirvan para hacer avanzar el proceso revolucionario; el segundo: con la misma flexibilidad y amplitud de criterio puede y en principio debe participar en actividades e instituciones que, pese a estar controladas por la burguesía, sean susceptibles de utilizarse al menos como tribunas del proletariado, desde las cuales se defiendan con provecho posturas revolucionarias. Ni siquiera se discute ya, en general, si, como expresión concreta de la lucha de clases y el resultado de una elección, la izquierda debiera o no participar minoritariamente en un parlamento burgués.

En cuanto a las formas que, en su caso, pueda adoptar la lucha política, se acepta, repetimos, que las opciones suelen ser muy variadas, lo que esquivale a reconocer que la táctica más aconsejable es aquella que, respondiendo

naturalmente a ciertas condiciones y siendo parte de una estrategia se exprese en la mayor movilidad, en la utilización de los medios de acción más diversos y en la capacidad para, ante condiciones cambiantes, sustituir unos medios por otros.

Esto no significa que la elección de los métodos de lucha sea caprichosa o meramente pragmática.

> "[...] el marxismo exige incondicionalmente –escribe al respecto Lenin– que el problema de las formas de lucha se enfoque *históricamente*. Plantear este problema al margen de la situación histórica concreta es tanto como no comprender los rudimentos del materialismo dialéctico [...]" "Querer contestar simplemente que sí o que no a un determinado medio de lucha –añade– sin entrar a considerar en detalle la situación concreta del movimiento de que en una fase dada de su desarrollo, equivale a salirse totalmente del terreno del marxismo".[16]

No podríamos, a punto de concluir estas reflexiones cuyos temas centrales son otros –desde la perspectiva analítica señalada por Lenin y a partir de un examen medianamente riguroso de la situación concreta a que en estos momentos se enfrenta la izquierda mexicana–, opinar acerca de si debiera o no emplearse tal o cual medio específico de lucha. De hacerlo en forma ligera y sin tener a nuestro alcance siquiera los elementos esenciales para ponderar las alternativas presentes, acaso sólo contribuiríamos a aumentar la confusión.

Por ello nos limitaremos a plantear brevemente algunas dudas y a mencionar al menos ciertos criterios de los que en parte depende también la posibilidad de elegir una táctica correcta, que tenga una base estratégica y teórica sólida y que no resulte, como desafortunadamente suele ocurrir, en la elección arbitraria y espontánea de medios de acción

[16] C. Marx, F. Engels, V. I. Lenin, "La guerra de guerrillas", Marxismo y terrorismo. México 1970, p. 86.

ineficaces, que a la postre sólo lleven a tropiezos innecesarios.

Al pensar en participar en el proceso electoral, y concretamente en una elección presidencial en nuestro país es preciso recordar que, en un sentido estricto y realmente democrático, no hay elecciones. No las hay, en cuanto a que no son los ciudadanos quienes, a través de sus votos, deciden quién deba ser presidente, gobernador, senador o incluso diputado al Congreso de la Unión. Podría aducirse que el partido oficial triunfa siempre porque, como suelen decir los funcionarios, es el partido «mayoritario». Lo cierto es que tampoco en el seno del PRI hay democracia, que no son sus miembros quienes eligen a nadie y que, aun los dirigentes y cuadros más importantes ignoran, la víspera misma del «destapamiento», quién será el candidato al que deban apoyar.

Más que elecciones democráticas, en México hay designaciones burocráticas, imposición, control gubernamental del proceso electoral en todas sus fases, empleo discriminatorio y arbitrario del registro de nuevos partidos, disciplinadas y dóciles comparsas que en costosas seudoelecciones legitiman *a posteriori* nombramientos de dedo hechos por quienes realmente tienen capacidad de decisión. Y en el centro del sistema: el poderoso PRI, que de monopolio absoluto –de todas, todas– empeñosamente se ha ido convirtiendo en partido «mayoritario» y «democrático» que se conforma con el 95% o poco más de los puestos en juego. De lo que inevitablemente resulta que el Congreso, en particular, lejos de funcionar a la manera de los parlamentos clásicos de la etapa premonopolista del capitalismo, lo hace más bien como un aparato burocrático de apoyo al Ejecutivo y en general al Estado, que no es ya el órgano de decisión o siquiera la tribuna y el vistoso escaparate de la democracia burguesa de otros tiempos.

Tales hechos, más otros análogos que podrían recordarse, suscitan en muchos mexicanos, explicables dudas:

¿Conviene a la izquierda aceptar el juego electoral en condiciones tan desiguales y precarias, y sin contar con un mínimo de garantías democráticas?

¿Hay siquiera la posibilidad de que, al menos a los partidos más importantes de oposición, se conceda el registro para poder participar legalmente en las elecciones? ¿Debieran, aun sin registro, participar simbólicamente esos partidos?

¿Se está en condiciones de aprovechar al máximo la participación directa en la campaña y de evitar que sea la clase en el poder la que resulte beneficiada?

¿Es de esperarse que, siendo lo que es el régimen electoral, las fuerzas progresistas ganen a su causa a buena parte de los ciudadanos que en años recientes se han abstenido de votar, y que por su significación han sido a menudo designados por el gobierno como «el partido de la abstención»? O ¿será la burguesía la que lleve más agua a su molino?

¿Es la participación directa en el proceso electoral la condición para lograr en estos momentos la mayor unidad entre los partidos y organizaciones marxistas? ¿Lo es para atraer a amplios sectores del proletariado a la lucha contra la oligarquía monopolista e incluso a la causa revolucionaria?

¿Responde la idea de lanzar candidatos propios a una demanda real de los trabajadores, o más bien a un explicable interés de ciertos sectores de la pequeña burguesía liberal, principalmente urbana?

¿Existe o no el riesgo de que una coalición débil, demasiado laxa y de compromiso, incorpore incluso a fuerzas oportunistas dispuestas a hacer el juego a la clase en el poder?

¿Se cuenta con recursos suficientes para lanzarse a una campaña larga y costosa, que contrarreste en una medida digna de tomarse en cuenta el enorme despliegue de propaganda que, es de esperarse, hará la burguesía alrededor del candidato oficial?

¿Se cree, en fin, que el votar a favor de un candidato

independiente es la mejor manera de impugnar el sistema, no obstante que el propio partido oficial es el que con mayor empeño pide a la izquierda un voto en contra?

En nuestro país, como se sabe, las elecciones no son lo que hasta recientemente fueron en Chile, o lo que son en Inglaterra y, todavía más, en Francia o Italia. El creciente escepticismo del pueblo mexicano en torno a las elecciones no es casual. Pero el estado de ánimo de las masas es sólo uno de los elementos a considerar en una coyuntura electoral. Hay otros aspectos, incluso más objetivos e importantes que es preciso tomar en cuenta y que debieran examinarse con mayor responsabilidad.

Es igualmente obvio que el gobierno, el PRI y en general el aparato ideológico del Estado son los más impacientes e interesados en que todos los ciudadanos participen, así sea pasivamente y aun como víctimas inocentes, en la campaña presidencial. Y lo que no es menos obvio es que la selección de las mejores formas de acción debiera condicionarse a una estrategia que, a corto y largo plazo, antes y después de las elecciones, contribuya a fortalecer la lucha revolucionaria.[17]

La acción siempre es mejor que la pasividad y la inacción. En estos momentos, en particular, sería erróneo optar por éstas en vez de aquélla. Pero la izquierda no actúa por actuar. Lo hace racionalmente, sobre bases sólidas, con programas coherentes y propósitos claros, y en las condiciones que más convengan a los trabajadores, y a la causa de la revolución.

[17] "Aceptar el combate cuando es manifiestamente ventajoso al enemigo y no a nosotros constituye un crimen, y para nada sirven los políticos de la clase revolucionaria que no saben [...] rehuir un combate desfavorable a ciencia cierta". V. I. Lenin, El "Izquierdismo...", ob cit, tomo XXXIII.

VI

BOSQUEJO DE UN PROGRAMA ANTIMONOPOLISTA*

Algunos problemas y obstáculos

Existen ciertas consignas que usualmente son aceptadas sin mayores reservas por quienes mantienen posicion es políticas diferentes y aun encontradas. Tal es el caso de las que subrayan las ventajas de la unidad. En los más diversos niveles de organización y de conciencia la causa de la unidad encuentra adeptos y parece abrirse paso sin dificultad. Divisas como «la unión hace la fuerza», «unidos venceremos», «a cerrar filas), «únete pueblo» son sólo variantes de un mismo argumento que sugiere que a través de la unidad resolveremos nuestros más graves problemas. Desde los años cuarenta la burguesía y el partido oficial enarbolan en México la bandera de la «unidad nacional», cuya versión más reciente es la «alianza popular» proclamada por el gobierno del presidente Echeverría, y en cada ceremonia cívica exaltan las virtudes de la unidad y convocan a la unión de todos los mexicanos.

Mas si algo caracteriza a las fuerzas capaces de influir en la transformación profunda de la sociedad mexicana es la dispersión, el espontaneismo, la ausencia de claridad y de acuerdo en torno a causas por las que debiera lucharse en común. El problema de la unidad, ciertamente, es muy complejo, mucho más de lo que a primera vista parece, y su solución supone vencer múltiples obstáculos. Con frecuencia se llama a la unidad no para sumar fuerzas ni zanjar discrepancias sino, paradójicamente, para avivarlas, para llevar agua al molino propio y dejar sin ella al ajeno, para

* Publicado en la revista ESTRATEGIA No. 6, México, noviembre-diciembre 1975.

debilitar el esfuerzo conjunto y aun para obtener ventajas pasajeras y mezquinas a costa de otros.

A la unidad del proletariado se oponen numerosos y tenaces escollos: bajos niveles de organización, incapacidad para comprender su importancia, desacuerdos teóricos y prácticos, viejas rutinas, actitudes conformistas y reformistas, apatía, desconfianza, enajenación de las masas, temor a la represión y, como una constante, la acción abierta o emboscada de un enemigo siempre dispuesto a confundir, a desalentar y hacer perder la fe en todo aquello que pueda movilizar y fortalecer a las masas. Y lo que también vuelve difícil la unidad es que a nada lleva intentarla sin un propósito viable y claramente definido. La unidad por la unidad misma es un fetiche. La unidad a toda costa es inaconsejable y aun políticamente peligrosa. La unidad artificial, impuesta de arriba abajo como si se tratara de un decreto o una orden que los demás deban pasivamente acatar y obedecer, es no sólo efímera sino que concita con razón la antipatía de aquellos a los que, en su nombre, se intenta «unificar». Aun cuando se convoque a elementos afines a conjugar esfuerzos, a menudo surgen dudas e interrogantes: excelente, en principio, que nos unamos; pero ¿para qué? ¿con quién?, ¿cómo?, ¿por cuánto tiempo?, ¿sobre qué bases?, ¿ a partir de qué principios estratégicos?, ¿en qué tipo de acciones?, ¿frente a qué riesgos?, ¿con qué perspectiva?.

La sola necesidad de determinar contra quién hemos de unirnos descubre la complejidad del problema. Quienes piensan que el mayor obstáculo al desarrollo de nuestro país sigue siendo el de ciertas trabas semifeudales, acaso propondrían apoyar a la burguesía para que, a la manera clásica, el mero desarrollo capitalista se encargue de librarnos de lo que queda de la renta en especie, la usura, los viejos y más antieconómicos latifundios y ciertas formas de servidumbre. Algunos liberales más o menos jacobinos, quizás insistirían en que el enemigo principal a combatir sigue siendo el clero. Otros querrían unirse para luchar contra la guerra y el militarismo, o tal vez contra los

intermediarios, los monopolios extranjeros o los líderes «charros». Y seguramente no faltan quienes piensan que el enemigo es la corrupción, la represión, el monopolio político e incluso el tapadismo del PRI. Tan es difícil avanzar por la senda de la unidad que, aun en el más limitado y homogéneo marco de la izquierda, la idea, por ejemplo, de enfrentarse conjuntamente al candidato oficial a la presidencia de la República en las próximas elecciones suscita dudas y desacuerdos.

Mientras algunos consideran que no debiera votarse en ellas porque en la actual situación implica hacer el juego a la clase en el poder, otros piensan lo contrario; mientras unos sostienen que al menos habría que obtener el registrd legal correspondiente de los partidos de izquierda, otros parecen dispuestos incluso a renunciar a esa exigencia. En tanto unos postulan que no debieran lanzarse candidatos, otros creen que sí. En fin, mientras unos sugieren aceptar la contienda electoral en los casos en que la izquierda tenga posibilidades de triunfo o al menos de una vigorosa movilización popular, otros parecen pensar que habría que hacerlo en todas partes, y mientras unos proponen lanzar candidatos propios, otros preferirían apoyar a los de partidos afines y aun no faltan quienes ya han resuelto adherirse a los del PRI, al menos para los puestos más importantes.

Los obstáculos con que tropieza el esfuerzo unitario no debieran hacer bajar la guardia y menos aun producir desaliento y actitudes derrotistas. La agudización de la crisis del capitalismo y los graves desequilibrios que entraña, el creciente descontento popular ante la inflación y el desempleo, el desgaste del aperturismo oficial frente a realidades como el «tapadismo» y la imposición, el fortalecimiento del sindicalismo fidelvelazquista y la represión en el campo –que tan sólo en las últimas semanas cobró más de una veintena de vidas inocentes– son acicates que debieran estimular la lucha por la unidad de los trabajadores y con mayor razón, de las fuerzas propiamente socialistas. Y para acometer esta ingente tarea –como ESTRATEGIA lo ha

planteado en su último número– acaso nada podría movilizar al pueblo mexicano como un vasto programa nacional antimonopolista, un programa de acción concreto y militante, que en la práctica misma, en la lucha cotidiana contribuya a fortalecer a la izquierda y avanzar en la lucha por el poder.

¿Por qué luchar contra el capital monopolista?

¿Por qué, a estas horas, centrar nuestra acción contra el capital monopolista? ¿No se corre el riesgo, podría decírsenos, de que al proceder así pierda impulso el movimiento de masas y aun se desmovilice a quienes se enfrentan a enemigos más concretos e inmediatos? De ninguna manera, la lucha contra el capital monopolista no sólo no excluye numerosas y aun pequeñas batallas sino que las requiere y en parte se expresa a través de ellas. Y en cuanto a que el situar al enemigo en el plano estratégico en que lo hacemos inhiba o desmovilice a las masas creemos que, por el contrario, tal es la condición para incorporarlas a una lucha realmente revolucionaria y para encontrar el común denominador que conjugue las fuerzas capaces de enfrentársele y vencerlo. El capital monopolista es sin duda el principal enemigo, el más poderoso, el que en todas partes –como lo vimos en Cuba, Argelia, Vietnam, Camboya y Chile– se empeña tercamente en cerrar el paso al socialismo, el que se mueve en un frente internacional más vasto y también el más inmediato, el que en nuestro propio país actúa desde las minas más ricas, las grandes fábricas, los bancos, el Estado, el comercio interior y exterior, la prensa, las universidades y aun el propio movimiento obrero.

Es tal la influencia del capital monopolista y estamos tan sometidos a ella que resulta muy difícil apreciarla con objetividad. Y todo porque con su enorme poder y su eficaz aparato propagandístico ha logrado confundirnos, ditraer y desviar nuestra atención en la actitud del ladrón que grita a su víctima: ¡Al ladrón!. El capital monopolista es la causa

principal del subdesarrollo, del drenaje constante del excedente que producen los trabajadores, de la dilapidación y el agotamiento de nuestros más valiosos recursos; es la causa principal de la inflación y el desempleo, de la dependencia en sus más graves manifestaciones, de que tengamos que vender a bajos precios y comprar en condiciones prohibitivas; es la causa de la concentración de la riqueza y el ingreso nacionales en una pequeña minoría oligárquica y de la explotación y la miseria de millones de trabajadores.

Mientras no comprendamos cabalmente estas cuestiones será imposible trazar una estrategia capaz de hacerles frente con éxito; seguiremos perdidos entre los árboles sin poder ver el bosque y menos todavía salir de él, confundiremos las causas con sus síntomas y podremos ganar batallas aisladas pero no llevar la lucha revolucionaria hasta la victoria final.

Cuando hablamos del capital monopolista es preciso comprender bien su alcance. En nuestros días no es ya tan sólo un conjunto de poderosos monopolios sino algo mucho más complejo: es el centro mismo del sistema capitalista, el mecanismo a través del cual los monopolios y el Estado se entrelazan, apoyan y refuerzan mutuamente, la base económica de la oligarquía financiera y el más importante y bien defendido baluarte de toda la clase en el poder. El rasgo principal del capitalismo consiste hoy "en el incremento de su carácter monopolista de Estado", lo que comprueba la tesis leninista de que "el imperialismo es la época de la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado".[1]

[1] Véase: Afanásiev y otros, Economía Política del Capitalismo, pp. 211 y 215, y V. I. Lenin, Obras Escogidas, Moscú, 1970, Tomo II, p. 319. "La transformación del capitalismo monopolista de Estado produce ciertos cambios en los caracteres básicos del imperialismo [...] A la par con los monopolios privados asciende la importancia de los estatales. El grado de monopolización es cada vez mayor [...]

"El cambio fundamental consiste en que el monopolio, ensamblado con el Estado engendra ineludiblemente cambios del carácter del capital

Desde hace cerca de un siglo la economía mexicana es una economía capitalista subordinada al capital extranjero; desde hace seis decenios cobra impulso entre nosotros el capitalismo de Estado y desde hace por lo menos dos, éste empieza a convertirse en un capitalismo monopolista de Estado que si bien va a la zaga del de otros países, acusa a la vez rasgos propios que es necesario conocer y evaluar correctamente. En estos momentos parece indudable que las contradicciones más graves corresponden a una situación en la que, siendo ya dominante el capitalismo monopolista de Estado, éste es cada vez más incapaz de hacer posible un desarrollo independiente que rescate de la miseria y el atraso a millones de mexicanos.

Si tales son la ubicación, la naturaleza, la influencia y la responsabilidad histórica del capital monopolista en la determinación de la explotación y el subdesarrollo de un pueblo como el nuestro, es lógico pensar que a través de un programa antimonopolista y antioligárquico –no de una economía «mixta», de un «desarrollo compartido», de un nuevo desarrollismo o de un tercermundismo retórico y contradictorio que pretenda enfrentar a las naciones «pobres» a las «ricas», supuestamente divididas en «dos imperialismos»–, será posible unir a las mejores fuerzas del pueblo mexicano en la lucha por su propia liberación. En épocas de crisis como la actual millones de personas resienten la presión del capital monopolista; la sufren los obreros más concientes, a quienes explotan en forma directa la oligarquía y la alta burguesía, vastos sectores del proletariado urbano, los trabajadores del campo y los campesinos pobres, grandes porciones de estudiantes e

financiero [...]" Como preveía Lenin: "[...] el capital financiero adquiere un carácter monopolista de Estado [...], significa tanto la ensambladura de los monopolios industriales con los bancos como la de unos y otros con el Estado [...]"; "el capital financiero monopolista de Estado se erige en fuerza dominante en todos los eslabones decisivos de la actual reproducción capitalista, (lo que) [...] lo convierte en enemigo fundamental [...]" Economía Política [...], pp. 216-18.

intelectuales, y también empleados de empresas privadas y del Estado, profesionistas y técnicos, numerosos pequeños productores y aun ciertas fracciones de la burguesía no monopolista. A todos ellos, pese a su diversidad de intereses y a sus contradicciones, es posible atraer y ganar o al menos neutralizar a través del programa nacional de que hablamos, porque a todos afecta, en mayor o menor medida, el capital monopolista.

¿Se necesita realmente el programa común?

En un medio tan despolitizado como el nuestro, en el que sólo la clase en el poder y el partido oficial parecen estar en condiciones de programar –y aun ellos con gran laxitud e ineficiencia– su actividad, incluso entendiéndose la necesidad de apretar filas contra el capital monopolista, probablemente hay quienes piensan que sería mejor prescindir de un programa y dejar al curso mismo de las cosas decidir la viabilidad y, en su caso, la forma y el alcance de lo que haya de hacerse. Pero proceder así sería un lamentable y grave error; sería caer en el pragmatismo, el liberalismo y el espontaneismo más deleznables. De allí que quizás convenga recordar cuál es la función política esencial de un programa del tipo del que aquí proponemos.

Llamar a los trabajadores a la unidad entraña una grave responsabilidad. Obliga a definir claramente las metas y a enmarcar con precisión los términos del acuerdo. Para evitar, además, una unidad circunstancial y de conveniencia se requiere establecer con no menos claridad los principios en los cuales se sustenta el esfuerzo conjunto y los rasgos principales de la línea política que lo orienta. Y todo ello sólo puede hacerse con un programa.

El programa es necesario para situar la lucha a que se convoca y para definir y evaluar correctamente las contradicciones sobre las que se pretende actuar. La consideración

fragmentaria y parcial de tales contradicciones o el tomarlas aisladamente y fuera del contexto en que se producen puede llevar a graves errores, a la elección de tácticas ineficaces y aún a desviaciones como el reformismo y el sectarismo, que a menudo resultan de la incapacidad para apreciar en su conjunto las posibilidades objetivas de la lucha.

El programa se requiere para dar unidad y continuidad a la acción, para ordenar y jerarquizar las diferentes tareas, para integrarlas en las diversas instancias, para articularlas y darles una proyección global.

Sin un programa sería muy difícil y aun imposible eslabonar las demandas más concretas e inmediatas con las más generales y de mayor alcance –las reivindicaciones propiamente democráticas y aquellas relacionadas con la lucha por el socialismo–, viéndolas como partes de un todo y como expresión de un mismo proceso.

Sin un programa no podría aspirarse a encauzar a las masas, a elevar su conciencia y menos todavía a organizarlas y dirigirlas, sería imposible sumar y más aún organizar a las fuerzas que es preciso aglutinar para enfrentarse con éxito al capital monopolista. La lucha contra éste desborda las fronteras nacionales y es propiamente internacional, lo que hace del programa un instrumento necesario incluso para promover y dar vida a la solidaridad de –y hacia– otros pueblos que en condiciones análogas combaten al mismo enemigo o que, como ocurre con los países socialistas, habiéndolo ya vencido pueden aportar su invaluable experiencia y contribuir, decisivamente, a que esa lucha triunfe.

Sin tal programa, en fin, es muy difícil avanzar firmemente en la unificación de las fuerzas revolucionarias, o sea precisamente de aquellas llamadas a constituir la vanguardia en la lucha contra el capital monopolista, la que no sólo supone organizar las fuerzas que requiere la conquista del poder sino preservar éste y ser capaz, a partir de un nuevo tipo de Estado que realmente represente los intereses de los trabajadores, de crear las condiciones que hagan posible la

destrucción del viejo sistema y el advenimiento de una nueva sociedad.

Alcance y contenido del programa

Con frecuencia se formulan programas que incluso se antojan irrealizables porque no se definen sus principales fases y porque postulan como inmediatos objetivos que sólo serían viables en etapas superiores, aún lejanas, del proceso. Otras veces se divorcian las acciones más concretas y urgentes de las menos apremiantes, y por ello resulta muy difícil comprender su estructura y más aún su trabazón dialéctica.

Quizá lo esencial sea fijar correctamente los objetivos, es decir las contradicciones fundamentales a que el programa aspira a enfrentarse, distinguir las fases en que deba desenvolverse y centrar la atención en las tareas principales a acometer en el presente, cuidando de integrarlas en una acción y una concepción globales, cuyas partes se apoyen en forma recíproca y aseguren la mayor eficacia a la acción, tanto a corto como a largo plazo.

Objetivos y contradicciones principales

El objetivo político inmediato del programa es debilitar al capital monopolista, minarlo, agudizar sus contradicciones, hacerlo enfrentarse a problemas que no esté en condiciones de resolver, no por el morboso placer de ver postrado e inerme al enemigo sino porque tal es la condición indispensable para que los trabajadores se fortalezcan y adquieran conciencia de su responsabilidad histórica, para alterar profundamente la correlación de fuerzas políticas y preparar las condiciones de un cambio revolucionario.

Un programa como el que aquí intentamos bosquejar en un primer trazo esquemático y tosco no podría ocuparse en detalle de cuestiones tácticas. Los métodos concretos de lucha cambian en respuesta a una realidad que nunca es la misma y aun en relación a circunstancias imprevistas y a vicisitudes que sería especulativo, inútil y aun imposible tratar de anticipar en estas páginas. De lo que no podemos prescindir es de una posición clara sobre los objetivos estratégicos fundamentales.

Para enfrentarnos con éxito al capital monopolista no basta saber en qué consiste éste. Es preciso comprender a fondo, entre otras cosas porque no es un blanco fijo ni fácilmente alcanzable, cómo actúa y se desenvuelve. Pues bien, si el curso de todos los fenómenos está determinado en primer término por sus contradicciones internas y en segundo, por sus relaciones con otros, de no ubicar correctamente el escenario y la realidad concreta en que se mueve el enemigo, corremos el riesgo de descansar en generalizaciones superficiales, políticamente peligrosas.

Vivimos en la época de decadencia del capitalismo, de transición acelerada hacia el socialismo, de consolidación de éste como un nuevo sistema mundial que, desde fuera del régimen capitalista, abre la posibilidad de agudizar grandemente sus contradicciones.

El capitalismo, en particular, recorre en los países más industrializados una fase ya muy avanzada –generalmente se conviene en que es la tercera, aunque hay elementos para pensar que pudiera ser la cuarta– del capitalismo monopolista de Estado.

En México, lo que en parte se explica porque bajo el imperialismo se agudiza grandemente la ley del desarrollo desigual, a nuestro juicio recorremos una primera fase del capitalismo monopolista de Estado, en la que si bien la contradicción fundamental del sistema no se ha acentuado tanto como en otros países, sí corresponde a

una situación en la que el capital monopolista de Estado condiciona los rasgos básicos del proceso de acumulación.

En lo que hace, concretamente, a la lucha revolucionaria se observa un revelador desfase o falta de correspondencia entre las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para un cambio revolucionario, y un evidente rezago de éstas últimas lo que sin duda influye en las modalidades y perspectivas de la lucha por el poder.

No volveré aquí sobre lo ya dicho en otros ensayos.[2] Pero incluso a riesgo de incurrir en una simplificación excesiva, conviene tener presente lo que sigue:

El capitalismo monopolista de Estado, en un país subdesarrollado como el nuestro, impone a la contradicción fundamental del sistema ciertos caracteres que si bien no riñen con las leyes que rigen el proceso capitalista en su conjunto, sí descubren lo que es privativo del capitalismo mexicano, o en otras palabras, lo que hay de universal y de particular en tal contradicción y la forma en que se expresa en la estructura de clases y en que influye sobre otras de menor rango. En términos generales, el capital monopolista de Estado persigue en nuestro país los mismos fines que en otros: preservar y fortalecer el sistema, reproducir las relaciones de producción en que descansa e imponer, a partir de la explotación capitalista de quienes trabajan y producen, altas tasas de ganancia y un patrón de distribución de la riqueza y el ingreso que le permita concentrar una gran fuerza económica y ejercer el poder político. Para lograrlo requiere del Estado, que fundamentalmente representa los intereses comunes de las fracciones más poderosas de la burguesía, lo que, por cierto, convierte al capitalismo monopolista de Estado de hecho en la condición indispen-

[2] Véase, de Jorge Carrión y el autor, el libro *La Burguesía, la Oligarquía y el Estado*; así como los diversos estudios que componen este volumen.

sable para que se imponga la oligarquía, incluso en países en los que, como ocurre en el nuestro, el desarrollo del capitalismo en ciertas actividades es todavía incipiente y aún sobreviven relaciones precapitalistas.[3]

A partir de ciertas condiciones que son fruto de un largo proceso histórico, veamos cómo y por qué agudiza el capital monopolista la contradicción fundamental del sistema, o sea la existente entre el carácter social de la producción y el carácter privado del régimen de apropiación. Dicho capital promueve y diversifica la producción porque se expande la fuerza de trabajo y se eleva la productividad, en parte debido a que se acumula más capital y aumenta su composición, y porque mejoran las formas de organización y se multiplican las instalaciones que, a manera de una vasta y costosa infraestructura, requiere el capital para su desarrollo. La internacionalización de éste y del comercio de bienes y servicios, la multiplicación de las grandes empresas y los nuevos métodos de organización y división del trabajo, la estrecha relación entre los monopolios y el Estado y la creciente ingerencia de éste tanto en la esfera de la producción como de la circulación, intensifican el carácter social de ambas. Pero el hecho de que la extracción de plusvalía con fines de lucro sea el motor del proceso

[3] Como muy bien dice Eugenio Varga: "A pesar del dominio general de la oligarquía financiera en todo el mundo capitalista hasta hoy día no existe un modo de producción «puro», incluso en los países altamente desarrollados [...]" "Junto al modo de producción dominante existen residuos de antiguos modos de producción y gérmenes de nuevos modos de producción que tienden a sustituir al ya existente[...]" "Todo esto no modifica en nada la esencia de estos Estados, la esencia del dominio de la oligarquía financiera, aunque en un análisis histórico concreto estos aspectos nunca deben olvidarse [...]" Economía Política del Capitalismo. México, 1972, p. 40. "El tránsito del imperialismo a la nueva fase no significa que haya surgido un capitalismo monopolista de Estado «puro». Al igual que el imperialismo «puro», es imposible el capitalismo monopolista de Estado «puro»: a la par con lo monopolios privados, ensamblados con el aparato estatal, y los monopolios estatales, existen esferas de la producción no monopolizada y la pequeña producción mercantil.' Afanásiev y otros, *Ob. Cit.*, p. 219.

económico, y de que la propia competencia monopolística tienda a concentrar y centralizar el capital así sea a costa de los más profundos desequilibrios, genera por sí solo graves contradicciones que, en un sentido histórico frenan, desvían y deforman el desarrollo.

Del otro lado, la generalización e intensificación de las relaciones de producción capitalista que culminan en un alto grado de monopolio, implican que buena parte de la riqueza producida por millones de hombres y mujeres quede en poder de unos cuantos millares de familias que, en rigor, constituyen la oligarquía y la alta burguesía. Y ello no sólo tiende a agudizar la contradicción fundamental sino que alienta toda clase de desequilibrios: en efecto, distorsiona la estructura de la oferta y la demanda, acentúa los desajustes entre la producción y el consumo, obstruye la acumulación y abre una amplia brecha entre ella y la plusvalía, agrava el problema de su absorción y realización, genera profundos desequilibrios y desigualdades, estimula la inflación y el desempleo, determina un rezago cada vez mayor de los salarios respecto a los precios y los niveles de productividad, y vuelve más inestable y difícil el proceso de desarrollo.[4]

O sea que la dirección en que se desenvuelven y la forma en que se combinan los factores que más influyen sobre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, condicionan desfavorablemente el monto, el ritmo de crecimiento y las posibilidades de utilización del excedente. Y ello es así además, porque:

> El capital monopolista extranjero, a través del intercambio desigual, la dependencia tecnológica y financiera y el envío al exterior de utilidades de las empresas que controla, provoca por un lado una succión o drenaje

[4] Quienes se interesen en este tema pueden ver del autor de este ensayo "Algunas Contradicciones del Proceso de acumulación", publicado en el No. 4 de ESTRATEGIA, México, julio-agosto, 1975.

permanente de recursos que van desde dinero y ciertas materias primas escasas, hasta mano de obra calificada, y por el otro, es un elemento distorsionador que ejerce gran influencia en la proyección interna de nuestra economía;

La oligarquía y los altos estratos de la burguesía doméstica y el Estado y sus empresas contribuyen por su parte a una fuga de recursos aun mayor, a través de inversiones y cuentas bancarias en el extranjero, viajes costosos e innecesarios, importaciones de bienes de consumo suntuario o al menos no esenciales, pagos de servicios de muy diversa naturaleza; para no mencionar la influencia que ejercen en la orientación de una estrategia y una política favorables al capital monopolista;

La propia clase dominante y aun ciertas capas privilegiadas de la pequeña burguesía dilapidan una parte sustancial del excedente que queda dentro del país, destinándolo a residencias lujosas, automóviles y múltiples gastos improductivos, y

A consecuencia de todo ello –aunque vistas en otras perspectiva son también causa del subdesarrollo–, el bajo nivel de acumulación real y sobre todo de inversión productiva, la inadecuada distribución del capital y el desperdicio crónico de capacidad instalada impiden utilizar en forma mínimamente racional los recursos productivos, ahondan la dependencia y otros desajustes estructurales, fomentan el parasitismo y provocan graves deformaciones en toda la estructura socieconómica.

Aun esta rápida y breve enumeración permite apreciar cuán vasta y compleja es la influencia del capital monopolista sobre las condiciones en que trabajan y viven los mexicanos y por qué, en tal virtud, el enfrentamiento a dicho capital y a la oligarquía que en él se apoya no puede limitarse a unas cuantas reformas palaciegas o siquiera a un haz de reivindicaciones concretas, así sean las más legítimas y caras para los trabajadores.

La realización de un programa es un proceso esencialmente dinámico en el curso del cual las posiciones iniciales se modifican y enriquecen con los aportes y experiencias de la lucha misma. Pero sus perspectivas de éxito dependen en buena medida de que, desde un principio, se sepa de dónde se parte y en qué momento, y hacia dónde se va y por qué caminos. La lucha contra el capital monopolista de Estado es, en nuestro país, el centro de la lucha por el poder y, en una perspectiva histórica de más largo alcance, por el socialismo. Pero las tareas que esa lucha impone en cada etapa no son las mismas. A estas horas es obvio que la izquierda mexicana no está en condiciones de conquistar de inmediato el poder; ni siquiera se halla a la vista de una situación crítica que exhiba la incapacidad definitiva de la clase dominante para gobernar y la necesidad derivada de la capacidad de las masas, de una solución revolucionaria. Estamos en una etapa inicial de preparación, de estudio, de acumulación de fuerzas, de organización y formación de cuadros, de impulso a las luchas populares por reivindicaciones económicas y políticas modestas; de desenajenación, de lucha ideológica y deslinde teórico. Evaluar objetivamente los obstáculos y las posibilidades de la presente etapa y avanzar a través de un programa bien articulado que promueva y coordine la acción en los diversos planos o instancias en que se realice, es quizá, por ahora, lo fundamental. ¿Y en qué podría consistir esencialmente esa acción? Limitándonos a aquello que, en las presentes condiciones, pudiera contribuir en mayor medida a movilizar al pueblo alrededor de ciertas demandas concretas y en apoyo de medidas y posiciones políticas de mayor alcance, podría pensarse en lo siguiente:

La lucha económica

La primera exigencia que un programa antimonopolista debe satisfacer es la de incorporar ciertas medidas tendien-

tes a satisfacer necesidades básicas de los trabajadores. Esto no obedece a razones de conveniencia, a fines proselitistas y, menos aún, a una actitud demagógica. Su razón de ser es mucho más genuina y profunda. Si el capital monopolista es la fuerza económica y política más interesada en explotar a quienes trabajan, son éstos, por su parte, la principal fuerza capaz de oponérsele, entre otros medios a través de la lucha económica por el reparto del fruto mismo de su esfuerzo. Y si en países de alto nivel de vida tales reivindicaciones son necesarias, en el caso de un pueblo tan pobre como el nuestro resultan, en verdad, impostergables.

Entre aquellas demandas que más podrían contribuir a mejorar las condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores del campo y la ciudad, manuales e intelectuales, cabría pensar en las siguientes:

Implantación de una escala móvil de salarios, a fin de que éstos se ajusten a los aumentos de los precios y *dé la productividad* del trabajo;

Elevación de los salarios mínimos y creación de un mecanismo de acción y vigilancia que contribuya a extirpar la arraigada práctica de pagar salarios inferiores a los mínimos legales, así como salarios diferentes por trabajo igual, discriminación que afecta sobre todo a las mujeres y a los adolescentes;

Eliminación de las jornadas superiores a las máximas –incluso de 12 a 13 horas en el campo– y reducción de la jornada laboral en las ciudades a cuarenta horas y cinco días por semana;

Reducción de los ritmos y cargas de trabajo en aquellas actividades y tareas que entrañen un desgaste excesivo para los obreros;

Aumento de salarios a los trabajadores del Estado y las empresas oficiales más mal retribuidos y reducción sustancial de los sueldos y demás ingresos que reciben los altos funcionarios quienes, en parte por ello, se enriquecen tan rápidamente;

Revisión de las leyes laborales a fin de eliminar

subterfugios que las autoridades y los patrones aprovechan para lesionar los intereses de los trabajadores, y reivindicación del derecho a la huelga;

Eliminación de las diferencias regionales de los salarios, salvo cuando se justifiquen por razones especiales;

Impulso a la organización sindical de los millones de trabajadores, especialmente en el campo, la industria pequeña y mediana, la actividad comercial y los servicios;

Independencia y unidad de los sindicatos de trabajadores, lo que supone la no intervención directa ni indirecta del Estado y los empresarios privados en ellos;

Programas especiales, sin costo para los trabajadores, que les permitan adiestrarse en el manejo de nuevas técnicas y métodos de producción;

Defensa activa del derecho al trabajo y promoción de programas especiales tendientes a reducir el desempleo y el subempleo;

Implantación de un nuevo régimen laboral en las empresas estatales, que establezca condiciones de trabajo más favorables para los trabajadores que en las empresas privadas;

Extensión de los precios de garantía en favor de los campesinos y pequeños agricultores, y eliminación de sus beneficios a los neolatifundistas –actualmente son quienes más los disfrutan– cuyas explotaciones excedan las permitidas por la ley;

Aumento de las pensiones, sobre todo de aquellas cuyo monto no exceda al salario de un obrero medianamente calificado, y reducción de los años de trabajo requeridos para obtenerlas, tratándose de mujeres y de obreros que realicen tareas peligrosas o especialmente agotantes;

Ampliación del seguro social y establecimiento del seguro nacional de desempleo;

Exigencia de una mínima protección para los trabajadores migratorios (braceros), que periódica o eventualmente se desplazan, en forma temporal, de unas zonas a otras del país o de éste hacia los Estados Unidos;

Aumento de las prestaciones sociales básicas en favor de los trabajadores, y ajuste de las mismas conforme al número de dependientes del beneficiario;

Expansión inmediata y mejoramiento de los servicios de salud pública prestados por la Secretaría de Salubridad y Asistencia;

Aceleración y ampliación del programa federal de construcción de viviendas populares, siquiera para quintuplicar el volumen anual de las mismas, sin que ello entrañe costos excesivos y pingües ganancias para las empresas constructoras; y adquisición por el Estado de grandes extensiones de terrenos urbanos que se destinen a dicho programa;

Impulso a la prestación de servicios culturales y educativos al alcance de los trabajadores rurales y urbanos, y

Democratización de la enseñanza, a partir de amplios programas de becas que permitan a los trabajadores y a sus hijos erradicar el analfabetismo, elevar su preparación y tener fácil acceso al menos a las escuelas primarias e intermedias.

Las reivindicaciones anteriores no son demasiado ambiciosas; no pretenden acabar con la explotación ni se ofrecen como imagen o anticipo de lo que en una sociedad más racional que el capitalismo habrá, seguramente, de lograrse. Intentan sólo mejorar las condiciones de los trabajadores a partir del convencimiento de que nadie puede defender su propia causa como ellos mismos. Pero aun tales demandas no podrían, ni remotamente, ser satisfechas en una situación como la actual ni mediante el viejo ni el nuevo desarrollismo. Solamente serían viables bajo una política que, en vez de responder como la actual a los intereses de los ricos intentara, en alguna medida, mejorar realmente las condiciones de las grandes masas.

¿Cuáles serían la proyección y los objetivos principales de tal política? Entre los más importantes estarían, probablemente:

Aumentar en forma sustancial la tasa de crecimiento del producto interno;

Elevar también en una alta proporción la formación bruta y neta de capital;

Hacer descansar la mayor acumulación de capital fundamentalmente en el aumento absoluto y relativo de la inversión del Estado, la que debiera representar más del 50% del total;

Combinar el incremento de la inversión con una política de fuertes restricciones al gasto suntuario, a fin de hacer posible tanto una creciente acumulación como un aumento en el consumo de bienes y servicios necesarios para la mayoría de la población;

Modificar sustancialmente la estructura de la inversión con miras a: aumentar la importancia relativa de la que se destina a actividades productivas, servicios sociales básicos, obras de especial significación regional y empresas controladas por capital mexicano;

Evitar al máximo el desperdicio de la capacidad instalada de producción y, en general, de los recursos productivos disponibles;

Optar por los métodos y técnicas de producción que más contribuyan a acelerar y dar mayor solidez al proceso de desarrollo, y combinarlos con métodos sencillos y menos costosos cuando, por diversas razones, no sea posible o aconsejable usar otros más eficientes;

Limitar, a través de medidas de diversa naturaleza, la ruinosa fuga de recursos hacia el exterior, de que fundamentalmente son responsables el capital monopolista extranjero, la oligarquía y altos sectores de la burguesía mexicana, y el Estado; a fin de poder financiar el desarrollo, en mayor proporción que hasta ahora con recursos internos, y reducir el peligroso endeudamiento con las grandes potencias imperialistas.

Con la política en vigor sería imposible lograr lo anterior. Para conseguirlo tendrían que realizarse cambios de cierta importancia, que aun no afectando gravemente la estructu-

ra del capitalismo lesionarían a los capitalistas y, en particular, al capital monopolista. Y a los que, desde luego, éstos se opondrían sin vacilaciones.

Podrían listarse decenas de medidas a adoptar para encauzar el desarrollo nacional en la dirección señalada. Pero acaso sea más útil limitarnos a destacar algunas fundamentales;

La reforma agraria mexicana está, desde hace años, básicamente estancada. Buena parte de la tierra ha caído en manos no de quien la trabaja –como lo querían los zapatistas a principios del siglo–, sino de quien explota el trabajo ajeno. Aún están por destruirse muchos viejos latifundios, los nuevos han llegado a ser la principal forma de explotación en las zonas agrícolas más avanzadas, la agricultura depende grandemente del capital extranjero, la producción minifundaria está totalmente desorganizada y en la ejidal abundan las fallas y los vicios de todo orden. El funcionamiento del sistema de crédito al campo sigue siendo muy defectuoso, los especuladores, prestamistas y otros intermediarios siguen explotando a los campesinos más pobres, los jornaleros agrícolas lo son también brutalmente, y la organización social de los campesinos y asalariados descansa en mecanismos burocráticos ineficientes, controlados desde arriba, y en los que privan el paternalismo, la corrupción y la ausencia de la más elemental democracia.

Aunque la influencia que ejerce el Estado a través principalmente del presupuesto y los programas de las empresas oficiales es muy importante, la estructura del llamado «sector público» acusa lagunas y fallas que, para impulsar una política del tipo de la aquí esbozada, tendrían que superarse con rapidez.

En las condiciones actuales no sería posible, desde luego, poner en marcha una política de nacionalización tan vasta y profunda como la que llevaron a cabo las democracias populares europeas hacia fines de los años cuarenta, o

Cuba, a principios de los sesenta. Para ello se requeriría conquistar primero el poder.

Pero aun el más modesto plan tendría a nuestro juicio que considerar las nacionalizaciones, o más bien estatizaciones siguientes:

Empresas mineras de mayor importancia, controladas actualmente por capital privado nacional y extranjero, y en las que el Estado tiene ya una participación considerable;

Empresas siderúrgicas que aún están en poder del capital privado;

Fabricación de maquinaria e implementos agrícolas y de algunos equipos de transporte;

Principales sectores de la petroquímica secundaria, de la industria química básica y de la industria farmacéutica;

Empresas dedicadas a la construcción de obras y servicios públicos e industria del cemento;

Industrialización de algunos alimentos básicos;

Empresas de transportes al menos en las grandes ciudades;

Comercio exterior ligado al Estado y a empresas con las que éste mantiene estrechas relaciones, y desde luego, al menos los principales bancos de depósito, las grandes sociedades financieras e hipotecarias y las más importantes compañías de seguros.

A lo anterior habría que añadir una revisión profunda de la estrategia y la política económica, a fin de hacer posible:

Una nueva política fiscal tendiente a aumentar el gasto público con base en la restructuración del sistema impositivo, la nacionalización de la banca y la reorganización del mercado de valores. En materia de impuestos se lucharía por reducir los que afectan a los trabajadores y pequeños productores de menores ingresos y por aumentar los que gravan a los terratenientes –que en México viven en jauja– y sobre todo a las grandes

empresas nacionales y extranjeras, a las que habría que elevar las tasas vigentes, reducir y aun eliminar subsidios y formas de protección que entrañen privilegios injustificados y alargar los plazos de amortización y depreciación que les permiten obtener ganancias desmedidas. La política del Estado debiera reducir grandemente los gastos improductivos y ampliar aquellos que, o son necesarios para impulsar el desarrollo o para satisfacer necesidades básicas de la mayoría de la población;

Una nueva política monetaria y de crédito que rompa con la concepción y los mecanismos del Fondo Monetario Internacional y otras instituciones al servicio del capital monopolista, o sea con la idea errónea y reaccionaria de que son la estabilidad y la aceptación de la dependencia, la subordinación al capital extranjero, una política financiera ortodoxa, con creciente endeudamiento externo, la libertad de cambios, el acomodo dentro del actual patrón de división internacional del trabajo, un régimen de bajos salarios, un movimiento obrero dócil, etcétera, lo que hará posible el desarrollo de países atrasados como el nuestro;

Una activa y bien coordinada política antinflacionaria, que fundamentalmente proteja el poder adquisitivo de los salarios, fomente la estabilidad de precios, reduzca las ganancias de las grandes empresas, combata la especulación, promueva relaciones de intercambio menos desfavorables y, sobre todo, limite la influencia del capital monopolista en la formación de los precios, en la distribución del ingreso y en la generación y mantenimiento de una fuerte corriente de gastos improductivos, desperdicio de capacidad de producción, dilapidación y fugas de recursos, que por sí solos alimentan la inflación y agravan otros desequilibrios.

Una política de fomento y estímulo de la organización cooperativa de trabajadores y pequeños productores;

Una mínima reorganización del costoso e ineficiente aparato comercial interno;

Una política de comercio exterior y relaciones económicas internacionales que, con mínima eficacia, haga frente al enorme desequilibrio que se ha acumulado en los últimos años, sobre todo mediante el fomento de exportaciones no controladas por el capital extranjero, la drástica reducción de importaciones económica y socialmente innecesarias, la reducción de los envíos de fondos por parte de las grandes empresas extranjeras, una mayor diversificación comercial, el impulso a una integración regional realmente latinoamericana y la ampliación de relaciones con los países socialistas.

En fin, una seria reorganización y ampliación de la política en materia de investigación tecnológica y científica, destinada no sólo a reducir la dependencia del exterior sino a servir los intereses de las grandes masas mediante estudios sistemáticos de la realidad nacional, sobre la base en que una genuina ciencia social puede darles elementos para descubrir las principales fallas del capitalismo mexicano y contribuir a contrarrestarlas.

De llevar a cabo todas estas medidas México no sería, como probablemente los más reaccionarios dentro y fuera del aparato estatal se apresurarían a asegurarlo, un país «comunista»; en realidad ni siquiera sería socialista. Ni la reforma agraria, ni la nacionalización de unas cuantas empresas o actividades ni la restructuración de la política económica antes sugerida, alterarían el carácter de las relaciones de producción. Estas, al igual que el Estado, seguirán siendo capitalistas y descansando en la explotación de trabajo asalariado.

Pero sin tales cambios en la política económica sería imposible lograr un crecimiento más rápido y menos desigual, hacer mejor uso de los recursos disponibles, limitar su envío masivo al extranjero, reducir el desperdicio y los enormes gastos improductivos, combatir eficazmente la inflación y disminuir el desempleo, hacer frente con éxito a las represalias sobre todo del capital monopolista extranjero,

alterar la distribución del ingreso y mejorar sensiblemente las condiciones de vida de la mayoría de los mexicanos. Y aun de poder realizarlos en un plazo más o menos corto, habría que vencer previamente muy serios obstáculos, que en conjunto suponen una estrategia de desarrollo que sin ser radical, rebasa el estrecho marco del nuevo desarrollismo oficial y seguramente sería vista con abierta hostilidad por los defensores del desorden imperante.

Debiera quedarnos claro, por consiguiente, que el trazo anterior no intenta ser un programa de gobierno sino más bien la base económica a partir de la cual pudiera impulsarse el programa antimonopolista que defendemos. Considerarlo un programa de gobierno no tendría mayor sentido porque el PRI y la clase en el poder, como es obvio, lo rechazarían, y porque la izquierda, aun simpatizando con sus principales lineamientos, no estaría en condiciones de aspirar de inmediato al poder o siquiera al Gobierno. Lo que en otras palabras significa que, aun los más modestos avances en el desarrollo de la política económica necesaria para hacer frente a la actual crisis e impulsar el desarrollo nacional, sólo podría lograrse en el marco de una intensa lucha de clases.

La lucha política

Con frecuencia se cae en cierto mecanismo y se piensa que la contradicción fundamental del sistema se agudiza directamente en función de la medida en que se agravan ciertos factores económicos. Se olvida que estos "[...] ejercen influencia sobre el crecimiento del capitalismo monopolista de Estado no sólo, e incluso no tanto en forma directa, sino esencialmente a través del prisma de las contradicciones políticas y sociales".[5] Se olvida, además, que aun la defensa de las reinvindicaciones económicas más modestas reclama la lucha política, lucha que la burguesía mexicana trata por cierto de evitar a toda costa.

[5] Autores varios, *Socialismo y Capitalismo.* Moscú, 1971, p. 82.

¿En qué consiste esencialmente ésta? Aunque las formas que puede adoptar son muy variadas, acaso no sea por demás subrayar la importancia de algunas de ellas:

Libertad de asociación sindical y, desde luego política, de los trabajadores manuales e intelectuales;

Lucha contra el economismo e incorporación a los programas del movimiento obrero, no sólo de demandas económicas y propiamente laborales, sino de posiciones políticas que las refuercen;

Oposición al charrismo y a toda forma de control de las organizaciones de masas y del movimiento sindical;

Impulso a la creación de comités de producción o de fábrica, que permitan a los trabajadores participar en la decisión de aquellas cuestiones que más les afectan;

Amplia representación de los propios trabajadores en los Consejos Directivos de las empresas estatales;

Defensa de los intereses políticos de los trabajadores y en general del régimen de libertades propios de la democracia burguesa –de pensamiento, prensa, asociación, reunión y trabajo– que la Constitución Política reconoce formalmente;

Participación en luchas electorales dentro de las organizaciones de masas, en la medida en que ello sea políticamente útil para impulsar la lucha revolucionaria fuera de ellas;

Lucha en favor de una reforma política que acabe con el régimen del partido oficial privilegiado, de la desigualdad de los partidos, de la subordinación de las organizaciones de masas, de la ausencia de sufragio efectivo y del sistema de que sea el presidente de la República quien designe a su sucesor;

Impulso a la creación y fortalecimiento de partidos y otras organizaciones políticas al servicio de los trabajadores;

Denuncia y lucha contra todas las formas de represión, y porque el Estado respete al menos la legalidad burguesa;

Lucha contra el reformismo, pues en él se apoya

fundamentalmente el capitalismo monopolista de Estado;

Lucha contra el imperialismo en los más diversos frentes en que se mueve el capitalismo monopolista extranjero y sobre todo norteamericano;

Solidaridad activa y permanente con la Revolución Cubana, con el movimiento revolucionario en los demás países del continente, incluyendo los Estados Unidos, y con el socialismo, pues éste es él principal aliado en la lucha antimperialista.

Las consignas anteriores son importantes, mas no por que a través de ellas aspiremos a democratizar el capitalismo monopolista o siquiera el Estado burgués. Para que la acción política cumpla su cometido en un programa revolucionario, en una etapa como la actual, debe satisfacer por lo menos dos condiciones: capacitar al proletariado para intensificar la lucha de clases, y en vez de disgregarse en los más variadas direcciones conjugar todos los esfuerzos para avanzar en la lucha por el poder, como condición indispensable para acabar con la explotación y sentar las bases de un nuevo orden social.

El que no se esté a punto de tomar el poder no significa que no sea éste el objetivo fundamental. La lucha política puede y debe contribuir a fortalecer al proletariado, a prepararlo para tareas de mayor envergadura, a elevar su nivel de conciencia, ganar adeptos a la causa antimonopolista, hacer a las masas aprender en la lucha misma y distinguir los problemas menores que preocupan a la clase dominante, de las contradicciones fundamentales que sólo la lucha revolucionaria puede descubrir, evaluar y resolver.

La presencia de la clase obrera, concretamente en la arena política es esencial para alterar, en favor del pueblo, la correlación de fuerzas. Los intereses de los obreros y de los capitalistas son irreconciliables. Aquéllos, como los más explotados, poco pueden esperar del sistema y de los cambios que promueva el reformismo. Pero solamente ellos pueden liberarse y liberar al resto de los trabajadores de la

explotación. La lucha política, sin embargo, al igual que la económica, no tiene ninguna virtud intrínseca que la exima de posibles limitaciones y errores. Si bien cuando se combinan y apoyan mutuamente se amplían sus posibilidades, el enfrentamiento al capital monopolista exige ir más lejos y eslabonarlas con una lucha no menos intensa en los planos ideológico y teórico.

La lucha ideológica

Mientras la lucha de clases no se libre concientemente en el terreno ideológico se corre el riesgo de que aun las acciones más resueltas se desenvuelvan en un marco que convenga o al menos no lesione seriamente a la oligarquía. La lucha ideológica no es fácil. El capital monopolista dispone de un vasto arsenal de demagogia, frases hechas, consignas engañosas, verdades a medias, mentiras, mitos y desde las más burdas hasta las más sutiles tergiversaciones. Presentando hipócritamente sus posiciones como científicas, objetivas, neutras, basadas solamente en los hechos y desprovistas de toda parcialidad ideológica o «juicios de valor», ha logrado imponer su ideología y falsear totalmente la realidad.

La acción ideológica de la clase en el poder es realmente intensa. Desde las fábricas y los departamentos de publicidad de las grandes empresas, desde los centros de estudios económicos y sociales hasta la prensa y las universidades producen diariamente ideología burguesa. Comprender, por lo tanto, algunas de las formas que ésta adopta es esencial para llevar adelante con éxito un programa antimonopolista. Para la burguesía:

> El viejo capitalismo de otros tiempos, anárquico e injusto, ha desaparecido. En su lugar ha surgido el «mundo libre», una «economía mixta» a la que interesa

preservar la democracia y la justicia por medio de la libertad, y en la que el Estado defiende los intereses de la mayoría. Si bien la producción y el capital se concentran en pocas grandes empresas, las corporaciones de hoy son diferentes de las de antes y no se interesan ya tanto por obtener cuantiosas ganancias como por asegurar el bienestar de la comunidad;

El capitalismo es hoy un sistema abierto, flexible y cada vez más racional, que a través de la competencia y la libre empresa abre la posibilidad de vivir mejor. Todo proletario puede llegar a ser propietario y a disfrutar de los beneficios que le ofrece la «sociedad de consumo». Para ello sólo se requiere cooperar con la clase en el poder y tener fe en el sistema.

La propiedad privada, concretamente de los medios de producción, lejos de ser un instrumento de opresión, una causa de la desigualdad social y un obstáculo al rápido crecimiento de las fuerzas productivas es una condición del progreso y un derecho inviolable del hombre, necesario para estimular la capacidad creadora de los empresarios.

El socialismo es un régimen subversivo y totalitario basado en una vieja y ya anacrónica doctrina –el marxismo–, carente de base científica y que amenaza por igual a los patrones y a los trabajadores, a quienes sólo debe interesar defender los valores de la «civilización occidental».

La lucha de clases, por ende, es negativa e inconducente. Es una traba al progreso social. Lo que éste requiere es la unidad nacional, la cooperación entre las clases, la estabilidad, el orden y el crecimiento gradual. En nuestros días no es ya necesario un nuevo régimen. No lo es porque el capitalismo se ha renovado y convertido –en el caso de México al amparo de la Revolución de 1910 y de la Constitución de 1917–, en el mejor de los sistemas. El cambio social, por lo demás, no supone una lucha revolucionaria que reclame la presencia combativa de las masas, sino simplemente mejores técnicas y técnicos, máquinas computadoras, nuevos «modelos» que racio-

nalicen el proceso productivo, reformas graduales, empresarios patrióticos y nacionalistas y decisión de los países «ricos» de cooperar con los «pobres» en busca de un mayor desarrollo y de bienestar para todos.

En resumen, aunque menos imaginativa que la griega, la ideología burguesa es una nueva mitología, una mitología que empieza por negarse a sí misma y presentarse como el fruto de la razón y de la ciencia, y que en pleno capitalismo monopolista de Estado minimiza y aun ignora el papel del monopolio, idealiza el desperdicio de la «sociedad de consumo», impide a los trabajadores comprender que son ellos, no los capitalistas, quienes crean la riqueza, y presenta al Estado como el mejor defensor de sus intereses y no como el instrumento a través del cual ejerce el poder la clase dominante.

Tras los breves enunciados que anteceden se entenderá mejor por qué es preciso que los trabajadores forjen su propia ideología. Sin ella es muy difícil crear una conciencia proletaria, y sin ésta es aún más difícil llevar adelante la lucha revolucionaria.

La lucha teórica

Mientras la ideología de la clase dominante descansa y a la vez deriva habitualmente su mayor fuerza de la defensa de sus intereses, la estructura de poder y del sistema en su conjunto, la ideología proletaria puede y debe enriquecerse con una base teórica que haga de la dialéctica misma de la historia su principal soporte científico.

La ciencia social burguesa es más amiga de la clase a la que sirve que de la verdad. El que a menudo eche mano de sofisticados métodos matemáticos y de técnicas vistosas no basta para corregir sus más graves fallas ni para librarla de su carácter fundamentalmente ideológico e incluso apologético.

Ante la imposibilidad de negar, sobre todo en un momento de agudización de la crisis capitalista, los males que aquejan al sistema, muchos teóricos y políticos burgueses se convierten en tecnócratas expertos en la aplicación de toda clase de parches y paños calientes. Incapaces de desviar el cauce que las leyes rectoras de su desarrollo imponen al capitalismo, abandonan la vieja ilusión de racionalizarlo y se contentan con que las cosas no se agraven y se vuelvan políticamente peligrosas, lo que los hace postular demagógicamente la tesis del mal menor como el óptimo a lograr. Que hay explotación, ni modo, pero ésta no debiera ser excesiva, como no debieran serlo tampoco la inestabilidad, la anarquía, la inflación, el desempleo, el desperdicio, el atraso, el desarrollo desigual y las disparidades entre los «ricos» y los «pobres». La teoría burguesa se vuelve cada vez más modesta, ecléctica y convencional. Incapaz de entender las contradicciones propias de las relaciones de producción capitalista se queda en la superficie, en los fenómenos institucionales y aun en el formalismo academizante y estático, sin poder explicar propiamente ninguno de los problemas fundamentales de la sociedad en que vivimos y menos, todavía, contribuir a resolverlos.

La falta de una base teórica sólida lleva a la política burguesa a graves fallas y errores. Frente a los problemas estructurales que derivan de la existencia misma del capitalismo, sólo ofrece reformas más o menos intrascendentes. Frente a las graves deformaciones del subdesarrollo se limita a prometernos un futuro diferente, pues habiendo dejado atrás el momento crucial del «despegue», seguiremos supuestamente la ruta de las grandes potencias capitalistas, arribaremos al «Estado del bienestar», y sin necesidad del socialismo –sotienen por ejemplo los teóricos de la convergencia– a través de la «economía mixta» lograremos los más altos niveles de consumo, el desarrollo «con justicia», la casi total extinción de las diferencias de clase y la socialización no sólo de la producción sino también de la propiedad.

Mientras aceptemos tales explicaciones y no podamos

demostrar su invalidez ni elaborar otras mejores, la lucha contra el capital monopolista y en general la lucha revolucionaria será débil y carecerá de una base científica rigurosa. Para avanzar en este aspecto es menester ahondar en la crítica de la ciencia social y, especialmente, de la teoría burguesa del desarrollo, oponer a su concepción metafísica el materialismo dialéctico e histórico y comprobar, a partir del estudio riguroso del proceso capitalista mexicano y, sobre todo de la fase que éste recorre, que ni el viejo instrumental académico clásico, neoclásico y «neo-neoclásico», ni las nuevas y en verdad no menos frágiles teorías de la transformación y democratización del capitalismo, explican el por qué del atraso de países como el nuestro ni ofrecen perspectiva alguna de superarlo.

Para enfrentarnos con éxito al capital monopolista, dijimos más arriba, es preciso comprender cómo funciona y cuáles son sus principales contradicciones. Pues bien, para descubrir éstas y actuar acertadamente sobre ellas es necesario descansar en una teoría revolucionaria y científicamente válida. Sólo ésta puede hacernos comprender la fase actual del capitalismo mexicano, el papel decisivo que en ella juega el capital monopolista, la interacción y el acercamiento creciente de éste y el Estado, las contradicciones entre uno y el otro, el carácter y el grado de desarrollo de la oligarquía financiera, y las razones por las cuales ésta se ha vuelto más compleja y rebasa con mucho el marco clásico, o sea el que fue propio de la etapa histórica anterior al capitalismo monopolista de Estado. De no comprender la significación de tales hechos, aun reparando en el capital monopolista y la oligarquía podríamos fácilmente caer en el error de identificar a aquél con los monopolios extranjeros, de suponer a ésta equivalente a los grandes bancos y de no entender la relación de unos con la otra ni de ambos con el Estado.

Significación y perspectivas de la lucha antimonopolista

Un programa no es algo acabado ni definitivo. La lucha misma, la discusión, la crítica y la autocrítica lo modifican y lo enriquecen. Este, en particular, más que un programa máximo es un programa mínimo o sea un intento de aglutinar, a partir de ciertos principios fundamentales, a las fuerzas capaces de impulsar el proceso revolucionario en la presente etapa.

Su proyección antimonopolista no es arbitraria. No es la respuesta improvisada a circunstancias imprevistas ni tampoco el camino fácil. Lo que más interesa al capital monopolista es preservar el sistema y suavizar sus contradicciones. Lo que persigue, en cambio, nuestro programa es intensificar aquéllas, reforzar la lucha por el poder y acelerar la revolución.

La política de la oligarquía no es torpe ni rígida. A medida que más se explota a los trabajadores, más se les confunde, enajena y divide. Tal política mitiga –a menudo– ciertas contradicciones, impulsa desigualmente las fuerzas productivas, aunque a veces por vías totalmente irracionales, y aun en momentos difíciles, beneficia a ciertos obreros privilegiados, a empleados y funcionarios, técnicos e intelectuales a quienes gana a la defensa del sistema.

El enemigo siempre trata de aislar y dividir para después aplastar y vencer. Hace apenas dos años lo vimos recurrir en Chile a todos los medios: desde la intriga, la provocación y el «cacerolismo», hasta la ilegalidad y el crimen. Y la experiencia de otros pueblos hermanos –Guatemala, Brasil, Bolivia, Uruguay e incluso Ecuador y Argentina–, ha comprobado también lo anterior.

La clase obrera debe ser el centro de la lucha antimonopolista. Pero no debiera subestimarse a los posibles aliados. Pensar que pudiera atraerse actualmente a todas esas fuerzas mediante un solo partido no parece viable. La mayor parte de ellas no milita en ninguno y no pocos trabajadores del campo y la ciudad están incluso afiliados

al partido oficial y a otras organizaciones controladas por el Estado. Intentar revivir viejas fórmulas que ya han demostrado su ineficacia sería no sólo inaconsejable sino absurdo. El marxismo es una guía para la acción y no un recetario. Para impulsar al máximo la iniciativa creadora de las masas y aprovechar las posibilidades reales de acción debieran multiplicarse los medios de lucha y no imponerse ninguno, arbitraria o burocráticamente, desde arriba.

VII

NACIONALIZACION Y CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO.*

En países como el nuestro, en donde el nacionalismo tiene no sólo un carácter burgués bien definido sino también un profundo y por lo demás explicable arraigo popular, resulta especialmente difícil comprender la naturaleza y alcance de fenómenos como la nacionalización. Acaso porque nuestro pueblo ha sabido lo que son la conquista, el coloniaje, el despojo, las lesiones a la soberanía y aun el desgarramiento de su territorio, se tiende con frecuencia a atribuir a lo *nacional* una gran significación, incluso un valor moral superior, a partir del cual se explican erróneamente situaciones sociales y políticas que reclaman un tratamiento objetivo y propiamente científico. Y el problema se agrava en virtud de que, a la explicable carga emocional que suele advertirse en planteos que esencialmente expresan justas aspiraciones populares, la ciencia social burguesa, empeñada a su vez en oscurecer la realidad y en legitimar los intereses de la clase a la que sirve, añade una dosis de confusión que a menudo vuelve todo realmente incomprensible.

Algunas posiciones teóricas erróneas

La burguesía no tiene una teoría unitaria de la nacionalización. Antes al contrario, a medida que en su propio seno se abre la brecha entre las fracciones y estratos superiores, propiamente oligárquicos, y los inferiores; a medida, sobre todo, en que se agudiza la contradicción fundamental del sistema, se multiplican los enfoques, los matices y las divergencias así sean de grado, y no de fondo. Entre las

* Publicado en la revista ESTRATEGIA, No. 7, México enero-febrero 1976.

posiciones más difundidas tanto en México como en otros países capitalistas podrían recordarse las siguientes:

La nacionalización es innecesaria e injustificable; obstruye el desarrollo, acentúa la ineficiencia burocrática, atenta contra los derechos individuales y lleva al totalitarismo;

En principio sólo es deseable cuando suple, alienta y estimula, no cuando compite con la empresa privada;

En un régimen de economía «mixta», en que la propiedad estatal se desenvuelve armoniosamente con la privada, la nacionalización de ciertas actividades es necesaria para mantener el equilibrio social.

En capas pequeñoburguesas y desde posiciones revisionistas que incluso suelen usar el marxismo como disfraz, se advierten otras posiciones:

La nacionalización, sobre todo en los países atrasados, expresa un «nacionalismo revolucionario» de la clase «gobernante» o «dirigente», que choca con los intereses de la burguesía doméstica y el capital extranjero;

Sin ella no puede reivindicarse la riqueza nacional, protegerse los intereses generales del pueblo ni conseguirse un desarrollo realmente independiente;

Sólo mediante ella puede ampliarse el radio de acción del Estado y suplirse eficazmente a la empresa privada como agente principal del desarrollo;

El control estatal de ciertas actividades estratégicas no solamente puede sustituir a la empresa privada sino incluso abrir la vía de un «desarrollo no capitalista»;

La nacionalización puede corregir las fallas más graves del capitalismo, fortalecer la democracia y aun llevar al socialismo sin necesidad de una revolución.

Es obvio que tales posiciones no son idénticas. Incluso hay entre ellas diferencias significativas que exhiben desa-

cuerdos y contradicciones reales, aunque también rasgos comunes que, en última instancia, se explican por el peso que ejerce en conjunto la ideología burguesa. Algunos de estos rasgos son la tendencia a identificar al Estado con la Nación, a disociarlo y aún a situarlo por encima de las clases, y a ignorar las relaciones y luchas de éstas entre sí y con el poder político. En el fondo, la afinidad obedece a que el concepto de nacionalización se mueve en el marco de una teoría del Estado y del Derecho, que pese a todas sus variantes se asienta sobre una base común.

¿Qué es lo característico de esta teoría? A riesgo de incurrir en un esquematismo excesivo podríamos decir que es idealista, maneja los fenómenos como conceptos absolutos meramente formales y no como categorías históricas; vuelve permanente lo que es transitorio, y lineal lo que es complejo y dialéctico; divorcia los fenómenos políticos y jurídicos de los económicos, aisla a todos ellos de las clases sociales y los despoja de contenido real, confundiendo la autonomía relativa del Estado con una supuesta neutralidad; sustituye la lucha de clases por la conciliación entre ellas; supone al Estado burgués democrático por excelencia y representativo, por tanto, de la voluntad general y adopta una concepción gradualista o evolucionista del desarrollo de la sociedad, que «demuestra» que la transformación y el progreso social no requieren de la revolución.

La teoría burguesa no siempre fue lo que hoy es. Cuando la burguesía luchaba contra el feudalismo para conquistar el poder sus posiciones eran distintas. Y aunque ya entonces mezcló derechos realmente inalienables y universales del hombre con intereses y privilegios burgueses a los que atribuía el más alto rango –como por ejemplo convertir en sagrada e inviolable la propiedad privada–, el orden jurídico burgués entrañó históricamente un evidente progreso y aun llegó a reconocer el derecho de los pueblos a la revolución, así fuese ésta solamente burguesa.

En la época premonopolista del capitalismo la burguesía fue en general democrática y legalista pues el reforzamiento de la Ley que ella misma había puesto en vigor era

importante para impulsar el desarrollo económico y consolidar su poder. En la etapa imperialista y sobre todo a partir de la revolución rusa de 1917, la teoría burguesa se vuelve cada vez más inconsistente y apologética, y cuando con base en altos niveles de conciencia los trabajadores se valen de la propia legislación burguesa para defender sus intereses e impulsar la lucha revolucionaria, la clase dominante se torna subversiva y no oculta su temor a la legalidad, tira por la borda viejos principios y códigos que antes simulaba respetar, acaba con la democracia burguesa e incluso recurre abiertamente a la violencia y aún al fascismo –como en años recientes lo vemos en Guatemala, Bolivia, Uruguay, Argentina, Chile y otros países latinoamericanos– para preservar el poder de los monopolios.

Al igual que en la Economía y la Sociología, en el Derecho y la Teoría Política se deja sentir la influencia del desarrollo capitalista y el inicio del imperialismo. En su conocida obra *La lucha por el derecho,* Ihering, a la manera en que lo harían los ideólogos del nazismo medio siglo después, se convierte en vocero y defensor del militarismo alemán, adopta en apariencia una posición «realista» y aun crítica de lo viejo, pero ni la lucha de la que según él surge el derecho ni el reconocimiento del Estado como un "aparato de coerción" le sirve para entender el contenido de clase de ambos.

Bajo la influencia de Darwin y su teoría de la evolución de las especies, el positivismo aporta una explicación organicista de la sociedad y del Estado, que más que descubrir las leyes que rigen su desarrollo cae en un gradualismo y un mecanicismo que identifican a los fenómenos sociales con los naturales y los supone regidos por leyes inmutables que pertenecen al reino de la naturaleza. Lo que, por cierto, hace del capitalismo un sistema eterno.

Frente al avance del marxismo, que asigna a la lucha de clases un papel fundamental en el desarrollo de la sociedad, otros autores (principalmente Gierke y Gumplowieks) destacan la importancia de las luchas entre naciones y razas,

cayendo en una actitud reaccionaria que no sólo reconoce sino que, a partir de la propia historia alemana, justifica sin recato el empleo de la violencia por parte del Estado capitalista.

Stammler, a su vez, ganado también más por la idea de combatir el materialismo histórico que por el interés en comprender el origen del Derecho y del Estado, postula que tales fenómenos no están regidos por leyes, sin reparar en que desde la perspectiva neokantiana y estática en que él las busca es imposible encontrarlas.[1] Y al concebir el derecho como algo divorciado de la realidad histórica y reivindicar el viejo «derecho natural» abre paso, en el campo teórico a un normativismo puramente formalista y, en la práctica, a la defensa de un inocuo y oportunista reformismo. Toca a Hans Kelsen, empero, convertir años más tarde esa concepción en toda una «teoría pura» del Derecho, que al modo de la economía neoclásica construye un sistema jurídico abstracto y supuestamente «puro», basado en una serie de relaciones lógicas entre unas normas y otras, y que ni siquiera intenta reflejar de alguna manera la realidad. Para Kelsen no sólo es innecesario precisar el origen y las relaciones entre el Estado y el Derecho sino que éste sólo puede explicarse a través de sí mismo.[2] En otras palabras: desde un engañoso y falso «apoliticismo» que ignora las relaciones del Derecho con la realidad social y con las disciplinas que como la Historia, la Economía y la Sociolo-

[1] Véase: R. Stammler, *Doctrinas modernas sobre el derecho y el Estado*, México, 1941.

[2] Refiriéndose a la esencia de la teoría de Kelsen, Luis Recaséns Siches comenta: "La ciencia jurídica no versa sobre hechos. Las normas pertenecen a la categoría del «deber ser» [...]" "La teoría jurídica debe ser elaborada siguiendo un método rigurosamente fenomenológico, esto es, empleando tan sólo conceptos pertenecientes a la Lógica de las normas [...]" "La labor de la teoría pura del derecho puede ser comparada a la de la geometría [...], la teoría jurídica no puede ocuparse de los contenidos sociales [...], estudia exclusivamente las formas [...], pues es la forma lo que de jurídico tiene cualquier fenómeno inscrito en el ámbito del derecho" Prólogo a *Derecho y paz en las relaciones internacionales*, de Hans Kelsen. México, 1943, pp. 10, 11 y 12.

gía estudian esa realidad, se pretende que aquél sólo expresa normas de conducta formales, un «deber ser» abstracto, vacío y por ello desprovisto de todo valor científico. Pero no es casual que con base en tal andamiaje se concluya que la explotación de que son víctimas los trabajadores no tiene relación con el régimen de propiedad privada ni ésta con el sistema jurídico que la consagra y el Estado que tan celosamente la defiende.

Con enfoques diferentes, aunque respondiendo en realidad a fines análogos y desenlazando a la postre en conclusiones similares, los franceses Emilio Durkheim y Leon Burgeois, en el momento mismo en que la lucha de clases se agudiza, intentan convertir la solidaridad entre ellas en el vehículo más importante del cambio social. En verdad más que explicar ese cambio lo que tratan es de evitarlo a toda costa, de evitar, concretamente, la revolución, a través de una fórmula solidarista que en rigor no rebasa el reformismo burgués y la invocación demagógica a la justicia social. Dentro de la misma corriente, León Duguit llega aún más lejos: sin negar la explotación –que según él nada tiene que ver con el capitalismo–, la acepta como una necesidad que impone la división del trabajo, la que también determina relaciones de «interdependencia» entre los individuos, no entre clases, cuya regulación satisfactoria sólo es posible a partir de un régimen de derecho que a su vez descanse en el principio y la norma de la solidaridad social, solidaridad que entraña tanto un hecho como un deber. El derecho de propiedad resulta así una «función social» y los capitalistas, sujetos que no sólo ejercen derechos sino que cumplen deberes y se subordinan a las exigencias de la solidaridad, al amparo de un Estado –el Estado imperialista– que tiende a democratizarse y a «humanizarse».

El solidarismo, al postular que en la dirección del Estado burgués participan de hecho todas las clases sociales, da pie a un institucionalismo no menos demagógico, según el cual vivimos bajo un «Estado de derecho» que representa a la

nación entera y no a una clase dominante y que es necesario para salvaguardar el orden social, un orden en el que la desigualdad es inevitable y el móvil de lucro necesario para estimular la iniciativa del hombre. Conforme a esta doctrina que recuerda también el «pluralismo» de Harold Laski y otros, el Estado no es sino una de una serie de instituciones –familia, iglesia, sindicatos, empresas, asociaciones civiles, etcétera– a través de las cuales se ejerce el poder.

En una época en que la propia legalidad burguesa es a menudo un estorbo para la clase dominante no es extraño que el «Estado de derecho», en vez de basarse como antaño en la objetividad de la ley, descanse ahora en gran medida en la interpretación subjetiva y pragmática que de ella hagan los jueces, al amparo de un arbitrario instrumentalismo que de palabra presenta la salvaguarda del interés social como el fin principal del Estado y del orden jurídico y de hecho pone a ambos al servicio de la burguesía.

Junto a las posiciones anteriores, que por diversos caminos tratan de fortalecer el reformismo y demostrar que la revolución es innecesaria, en los últimos decenios cobra fuerza la teoría según la cual la revolución sí es importante, pero la ha hecho ya el capitalismo, razón por la que el socialismo resulta enteramente ocioso en nuestros días. Bajo la influencia de autores como Berle y Means *(La corporación moderna y la propiedad privada y La revolución capitalista del siglo XX)* Burnham *(The Managerial Revolution)* y Galbraith *(La sociedad de la abundancia y El nuevo estado industrial),* la vieja clase capitalista antes detentadora de la riqueza y el poder, ha sido desplazada por una nueva y pujante clase surgida no de una revolución social sino tecnológica: la «clase» de los gerentes y técnicos, una poderosa «tecnoestructura» que dirige las grandes corporaciones monopolistas que en realidad no son ya privadas sino «públicas», lo que se explica por qué la propiedad privada misma ha desaparecido y el capitalismo se ha transformado profundamente. Conforme a estas teorías y sus más sofisticadas derivaciones, así como la burguesía ha perdido en la esfera económica el

control de los negocios, en la órbita política ha tenido que ceder el comando del Estado, o sea el ejercicio del poder. Aquí también, supuestamente, se ha formado una poderosa «burocracia política» que en rigor no difiere de la «tecnoestructura» galbraithiana, una nueva capa «autónoma» de funcionarios, técnicos y administradores que, como los gerentes y directores de las corporaciones mercantiles, toma las decisiones más importantes al servicio del interés general y en beneficio propio.

Crítica a las teorías burguesas

Para evaluar en forma adecuada el fenómeno de la nacionalización es preciso comprender la naturaleza del Estado y del Derecho, lo que a su vez no puede hacerse sin una teoría verdaderamente científica.

Desde los años cuarenta del siglo XIX, Marx y Engels ponen en entredicho a la teoría política burguesa. A partir de sus críticas a la Filosofía del Derecho y a la concepción idealista del Estado de Hegel, Marx sienta las bases de la interpretación materialista de la Historia.[3] Engels, por su parte, al estudiar las duras condiciones de vida de la clase obrera en Inglaterra exhibe el carácter de clase del Estado y del Derecho burgueses. Después ambos trabajan conjuntamente y ya en el *Manifiesto* caracterizan al Estado como un cuerpo que administra los negocios comunes de la burgue-

[3] "Mis inquisiciones –diría refiriéndose a sus críticas a Hegel– me llevaron a la conclusión de que las relaciones jurídicas, al igual que las formas del Estado, cuyo conjunto, a la manera de los ingleses y franceses del siglo XVII, denomina Hegel sociedad civil, no pueden ser comprendidas por sí mismas ni por el llamado desarrollo general del espíritu humano, por cuanto descansan en las relaciones materiales de la vida, y porque, además, la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política". Cit. por V.S. Pokrovsky y otros autores, en *Historia de las ideas políticas*, México, 1966, p. 438.

sía; y el propósito de fundamentar el socialismo científico les permite advertir que la propiedad privada y el Estado no solamente no son eternos sino, por el contrario, históricamente transitorios y condicionados por el desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción capitalista. Muerto Marx, Engels prosigue y enriquece la teoría marxista del Estado, subrayando que éste "... es un producto de la sociedad en una etapa determinada de su desarrollo; es la confesión de que esa sociedad se ha enredado en una irremediable contradicción consigo misma, que se ha dividido por antagonismos inconciliables que es incapaz de conjurar".[4] Años más tarde, al resumir lo esencial de la teoría marxista, Lenin señala que "Según Marx, el Estado es un órgano de *dominación* de clase, un órgano de *opresión* de una clase por otra, es la creación del «orden» que legaliza y consolida esa opresión, apaciguando los conflictos entre las clases".[5]

Pero el Estado no es sólo un órgano político sino una categoría histórica cuyo desenvolvimiento expresa el del sistema en su conjunto. A medida que las fuerzas productivas se expanden y adquieren un carácter más definidamente social, las viejas y más simples formas de organización de la producción ceden ante otras más complejas. Los procesos de fabricación manual son sustituidos por los mecánicos; las sociedades de personas y las empresas pequeñas y medianas desplazan a los negocios propiamente individuales. Las sociedades por acciones y en particular la anónima se imponen más tarde junto con las grandes empresas, las que a través de la concentración y centralización del capital y la producción devienen poderosos monopolios primero nacionales y luego internacionales. Con gran penetración, Engels comprende la dinámica del proceso

[4] *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado,* C. Marx y F. Engels, Obras escogidas, Moscú 1952, Tomo II. p. 297

[5] V. L. Lenin, *El Estado y la revolución, Obras completas,* Buenos Aires, 1970. Vol. XXVII. p. 17.

capitalista y, anticipando la última fase, todavía relativamente lejana, de su desenvolvimiento, escribe:

> "Al llegar a una determinada fase de desarrollo, ya no basta tampoco la forma de la sociedad por acciones, y el representante oficial de la sociedad capitalista, el Estado, tiene que hacerse cargo de su dirección. La necesidad a que responde esta transformación de ciertas empresas en propiedad del Estado empieza manifestándose en las grandes empresas de transporte, tales como el correo, el telégrafo y los ferrocarriles".[6]

A diferencia de quienes años después verán en tales hechos una transformación radical del capitalismo e incluso una forma de «socialismo de Estado», Engels, en un pasaje clásico que reveladoramente siempre olvida el oportunismo, se apresura a agregar: "Mas no se crea que las fuerzas productivas pierden su condición de capital al convertirse en sociedades anónimas o en propiedad del Estado". "[...] el Estado moderno no es [...] más que una organización de que se rodea la sociedad burguesa para defender las condiciones materiales del régimen capitalista de producción contra los ataques tanto de los obreros como de los capitalistas aislados [...]; cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, es el Estado de los capitalistas, el capitalista colectivo ideal. Y cuantas más fuerzas productivas asuma como de su propiedad, más se convertirá de capitalista colectivo ideal en capitalista colectivo real [...] Los obreros, por su parte, siguen siendo lo

[6] Y en nota de pie, aclara: "Y digo que tiene que hacerse cargo, pues aunque el Estado actual decreta esta medida en otras circunstancias, la nacionalización sólo representa un progreso económico, un paso de avance hacia la conquista por la sociedad de todas las fuerzas productivas, cuando los medios de producción o de transporte se desborden ya realmente de los cauces directivos de una sociedad anónima, cuando por tanto la nacionalización sea *económicamente* inevitable." F. Engels; *Anti-Duhring*. México, Ediciones Fuente Cultural, p. 283.

que son: obreros asalariados, proletarios. El capitalismo, lejos de abolirse con esas medidas, se agudiza y exalta [...]"[7]

En su teoría del imperialismo, concretamente al definir el capitalismo monopolista de Estado como la última etapa de la fase monopolista, Lenin actualiza la teoría marxista del Estado, y a la luz de la experiencia confirma las previsiones de Marx y Engels. "El imperialismo –la época del capital bancario [...] de los gigantescos monopolios, de la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado– revela claramente un extraordinario fortalecimiento del «aparato estatal» y un crecimiento inaudito de su aparato burocrático y militar, en relación con la intensificación de las medidas represivas contra el proletariado, tanto en los países monárquicos como en los países republicanos más libres".[8] "El problema del Estado adquiere, en la actualidad, –dice en otro pasaje–, particular importancia tanto en lo referente a la teoría como a la política práctica. La guerra imperialista ha acelerado e intensificado enormemente el proceso de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado. La [...] opresión de las masas trabajadoras por el Estado, que se funde cada vez más con las todopoderosas asociaciones de capitalistas, adquiere proporciones cada vez más monstruosas [...]"[9]

En resumen, el Estado es necesario en una sociedad de clases. Pero así como no existió en las sociedades preclasistas tampoco tendrá razón de ser en una sociedad sin clases.

¿Por qué es necesario en una sociedad de clases? Porque como lo demuestra el análisis leninista, sin la dominación política o sea el ejercicio real del poder a través del Estado, ni la burguesía puede mantener el sistema de explotación ni los trabajadores librarse de él. Lo que naturalmente no

[7] *Ibid*, p. 284.
[8] V. I. Lenin, *El Estado y la revolución*... p. 44.
[9] *Ibid*, p. 13.

quiere decir, como lo pensaron los teóricos de la II Internacional, que el objetivo fundamental deba ser controlar y reorganizar el Estado burgués. Si bien la toma del poder por el pueblo es indispensable, su misión no es "[...] perfeccionar el aparato del Estado, sino [...] destrozarlo y destruirlo".[10] En las palabras de Engels: "El proletariado toma el poder y empieza convirtiendo en propiedad del Estado los medios de producción. Mas con ello se destruye y supera asimismo como proletariado, destruye y supera todas las diferencias y antagonismos de clases y con ellas al Estado como tal [...]"[11]

Lo que tampoco significa que el Estado desaparezca «de la noche a la mañana». La dictadura de la burguesía se convierte, después de la toma del poder, en dictadura del proletariado, es decir en un Estado de transición que no sólo se requiere al triunfar la revolución, sino durante "[...] todo *el periodo histórico* que separa el capitalismo de la «sociedad sin clases», del comunismo".[12]

Pese a que muchas de las teorías burguesas posteriores intentan cuestionar –casi siempre tergiversándolo– el marxismo-leninismo, aun un breve resumen como éste permite comprobar la falta de fundamento de aquellas. Con todo, acaso convenga abundar brevemente en algunos puntos.

La historia demuestra que el Estado no es una entidad superior o ajena a la sociedad; no es permanente ni encarna principios de cooperación, armonía, solidaridad o justicia; no es siquiera un árbitro imparcial que actúe por encima de las clases ni tampoco la expresión política de la Nación o un órgano que, al mismo tiempo que crea el Derecho positivo, responda a un orden jurídico constituido por normas de valor universal.

El Estado es fruto del desarrollo histórico, y, en las

[10] V. I. Lenin, *Ibid,* p. 42.
[11] F. Engels, *Anti-Dühring...*, p. 285.
[12] V. I. Lenin, *El Estado...*, p. 46.

versiones que hoy conocemos en nuestros países, concretamente del desarrollo del capitalismo en la fase imperialista. Su creciente intervención en la vida económica no es casual ni arbitraria; refleja profundas contradicciones del sistema. El capitalismo, que en sus orígenes y en general en la fase premonopolista estimula y extiende la propiedad individual de los medios de producción, en la fase monopolista concentra y corporativiza la riqueza como nunca antes. El Estado no se limita a cumplir sus funciones en planos superestructurales; actúa directamente en la esfera económica y en el proceso de acumulación, el que a diferencia de otras épocas no puede ya desenvolverse en forma mínimamente racional bajo la acción espontánea del mercado y el sistema de precios, sin una creciente intervención estatal.

Pero esta intervención y aun la propiedad del Estado "[...] por sí sola no cambia el carácter esencial del sistema". Con el desarrollo capitalista crece la influencia económica y política de los monopolios, y "el Estado expresa, no solamente los intereses del capitalismo sino los intereses de los grupos monopolistas dominantes [...],[13] lo que no excluye la defensa del sistema en su conjunto y aun de ciertos sectores populares cuando, en momentos difíciles, ello contribuye a evitar problemas mayores y alejar el peligro de una ruptura revolucionaria.

El capitalismo monopolista de Estado, en consecuencia, no trae consigo la profunda transformación de que hablan sus defensores ni implica una revolución pacífica que cambie radicalmente las relaciones de producción, el régimen de propiedad y la estructura de clases. Si bien bajo la revolución técnico-científica la socialización de la producción entra en conflicto y aun rompe ciertos marcos organizativos tradicionales, modificando los sistemas de administración, control y supervisión, la propiedad del Estado no entraña socializar la producción, lo que únicamente puede hacerse bajo el socialismo, que a su vez supone

[13] M. Dobb, *Capitalism Yesterday and Today*, Londres, 1961, pp. 11 y 36.

la conquista del poder por los trabajadores y la dictadura de éstos.

El hecho de que a medida que la división del trabajo se extiende y la organización económica y política de la sociedad se vuelve más compleja, se disocien crecientemente la propiedad de los medios de producción y el manejo directo de los mismos, no significa que la propiedad se democratice ni que una tecnoburocracia tome el poder en las empresas y en el Estado. Lo que ocurre es que en las grandes corporaciones de hoy, cuyo funcionamiento supone múltiples unidades con frecuencia alejadas unas de otras y cuyo manejo, financiamiento y supervisión contable requieren conocimientos especializados, el capitalista no puede intentar siquiera participar en la dirección de sus propios negocios y menos aún en la de las empresas estatales, a la manera en que lo hizo en otras épocas. En rigor –como lo señalaran los clásicos marxistas–, como propietario y explotador de la fuerza de trabajo va quedando al margen del proceso convertido cada vez más en un rentista parasitario, y su lugar es tomado por formas de organización nuevas, dirigidas por decenas de capitalistas menores y por centenares de administradores y empleados a sueldo, que de hecho constituyen un «capitalista colectivo». "Pero las relaciones de explotación no se modifican, lo que cambia es la forma de apropiación de la plusvalía [. .]", que a la postre, sin embargo, queda principalmente en poder del capital monopolista.[14]

Esto es lo fundamental, y lo que deliberadamente dejan de lado los apologistas del sistema. "La ley de la explotación de la clase obrera por el capital sigue invariablemente siendo la base del modo capitalista de producción de nuestros días [...]". "Lo que hay de nuevo en la acción de [dicha] ley consiste en que la clase obrera es explotada

[14] S. Menshikov, *Millionaires and Managers.* Moscú, 1969, p. 12. En cuanto a la crítica de tales posiciones, véase asimismo; Yuri Krasin, *Sociology of Revolution,* Moscú, 1972, y Ralph Miliband, *El Estado en la sociedad capitalista,* México, 1970.

ahora por el capital monopolista con la participación directa del Estado".[15]

El lector convendrá en que tal situación está muy lejos de las ilusiones reformistas de los defensores de la economía «mixta» y más todavía de una genuina revolución.

La nacionalización en la práctica

La nacionalizaciones no son un hecho nuevo. Se producen y aun adquieren cierta significación desde fines del siglo pasado, en países como Alemania y Japón. Ya en la fase monopolista cobran impulso, principalmente en Francia, durante la primera guerra mundial. Se refuerzan grandemente bajo el nazi-fascismo, en Alemania e Italia, y se multiplican –incluso en Inglaterra y los Estados Unidos–, en la depresión de los años treinta y la segunda guerra, y sobre todo a partir de ella. En el «Tercer Mundo»cobran también importancia en ciertos procesos de reforma agraria o al reivindicarse recursos naturales o actividades de especial significación económica. México, por ejemplo, nacionaliza la industria petrolera a fines de los años treinta, lo que años más tarde hará también Irán, aunque a la postre teniendo que ceder ante el capital monopolista extranjero, y en estos días, Venezuela. Bolivia nacionaliza sus minas de estaño, y Chile, bajo el gobierno del presidente Allende, el cobre. Egipto rescata el canal de Suez y la India impone el control estatal de ciertas industrias básicas y de los grandes bancos.

No existe un patrón rígido al que se amolden las nacionalizaciones. Difieren de un país y de un momento a otro. Pero a juzgar por la experiencia del último medio siglo

[15] V.A. Cheprakov, *El capitalismo monopolista de Estado,* Moscú, pp. 225 y 226.

en los principales países capitalistas, entre sus características podrían señalarse las siguientes:

La propiedad estatal absorbe hasta el 30%-35% del capital fijo, casi nunca una mayor proporción;
La participación de la inversión del Estado oscila con frecuencia entre un tercio y la mitad de la inversión total;
Las empresas estatales operan principalmente en la industria militar y en actividades que proveen de servicios al capital privado –telecomunicaciones, caminos, puertos, ferrocarriles, transporte aéreo, abastecimiento de agua, electricidad, gas y otros energéticos. Aunque en años recientes tales empresas han crecido en la producción de materias primas y en ramas de la industria antes reservadas a la empresa privada, así como en la banca y los seguros;
En general, el Estado prefiere tomar a su cargo negocios y aun ramas de actividad que, por su baja rentabilidad o los altos riesgos que entrañan, no son atractivos para los monopolios privados.[16] En ciertos casos las nacionalizaciones tienden incluso a sanear empresas privadas en malas condiciones financieras y aun a evitar la quiebra de negocios en bancarrota;
Aun en casos en que el Estado participa en campos dominados por el capital privado, su interés no es competir con él sino más bien estimularlo y apoyarlo de múltiples maneras;[17]

[16] Al respecto podría decirse que, si bien con graves fallas y ante obstáculos cada vez mayores derivados del alto grado de monopolio, el mercado tiende a desplazar recursos hacia las áreas y procesos de más alta rentabilidad; sólo el Estado, y además tan fiel al capital como es el Estado burgués puede cumplir la misión inversa, o sea la de canalizar recursos hacia donde menos producen.

[17] Como dice un autor: "Los monopolios del Estado jamás actúan en ningún país capitalista en detrimento de los intereses del capital monopolista considerado en conjunto". V.A. Cheprakov, *El capitalismo monopolista...*, p. 137.

Las formas de organización de las empresas estatales verían desde aquellas directa y exclusivamente controladas por el Estado, hasta las que funcionan como empresas mercantiles regidas por el Derecho Privado; y en cuya dirección participan prominentes burgueses. En cambio casi nunca hay una representación obrera, y cuando la hay es virtual pues más que de obreros se trata de dirigentes sindicales de probada sumisión a la clase en el poder;

Las nacionalizaciones no son confiscatorias; implican casi siempre una cuantiosa indemnización que suele ser una fuente más de ganacias para los capitalistas. Usualmente, sin embargo, los traspasos en favor del Estado se hacen a través de compra-ventas a precios que favorecen a las empresas vendedoras;

Incluso en aquellos países en los que la banca privada tiene una gran importancia en el sistema de crédito, el Estado controla el Banco Central de emisión y casi siempre otras instituciones que operan en campos especializados;

Si bien la nacionalización parece responder al propósito de fortalecer al capital nacional, con frecuencia, sobre todo en los países menos industrializados, suele coincidir con situaciones de creciente subordinación al capital monopolista internacional en otras ramas. Ello ha sido característico, por ejemplo, del proceso industrial conocido como de "sustitución de importaciones". De lo que resulta que muy a menudo la nacionalización, lejos de debilitar a los grandes consorcios extranjeros, los fortalece;

Y lo mismo podría decirse de su impacto sobre la oligarquía doméstica y sobre el sistema en su conjunto. Es decir, que la nacionalización burguesa no atenta contra ellos. Antes bien los refuerza y contribuye a reproducir las relaciones sociales en que ambos descansan. En efecto, independientemente de las formas que adopte, la intervención del Estado y concretamente la

nacionalización se vuelven indispensables para contrarrestar la tendencia descendente de la tasa de ganancia, bien a través de la desvalorización del capital estatal en beneficio del gran capital privado, o bien mediante medidas que hagan posible intensificar la explotación del trabajo asalariado y elevar la tasa de plusvalía.

La nacionalización y el Estado en México

¿Corresponden tales características a lo que han sido las nacionalizaciones y a lo que es el Estado en México? Para responder objetivamente a esta cuestión es necesario recordar, así sea en unas cuantas líneas, algunos hechos.

En pleno movimiento de Reforma, en el curso de la llamada guerra de tres años –12 de julio de 1859– se nacionalizan en nuestro país los bienes del clero.[18] De entonces a 1867, como se sabe, México vive uno de los más duros periodos de su historia que incluso culmina con una invasión extranjera. Bajo el porfiriato, aunque el Estado empieza a intervenir tímidamente en diversos campos, la empresa privada nacional y sobre todo extranjera es el motor del incipiente desarrollo capitalista. A principios del presente siglo, sin embargo, cuando ya construidos los ferrocarriles por el capital extranjero éste empieza a dejar de interesarse en su control directo, el gobierno adquiere una proporción considerable del capital de aquéllos; nacionalización que por cierto se completa muchos años después –en 1937– bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas.

La ley agraria del 6 de enero de 1915 anula todas las transacciones de tierras hechas en perjuicio de los pueblos a partir de la ley de desamortización de 1856 y prevé la expropiación para regularizar la condición legal de los

[18] Véase *Leyes de reforma,* en la colección El liberalismo mexicano en pensamiento y acción. México, 1955, p. 101.

predios. Pero es el artículo 27 de la Constitución el que establece en definitiva las bases del nuevo régimen agrario, disponiendo que para llevar a cabo las dotaciones y restituciones se recurriría a la expropiación por causa de utilidad pública y *mediante* indemnización a los propietarios afectados. El mismo precepto constitucional reivindica en favor de la Nación la propiedad originaria de tierras y aguas y el dominio directo del subsuelo y los hidrocarburos que en él se encuentren. Por lo que atañe a la minería, que tradicionalmente ha estado en poder de extranjeros, en 1961 se expide la ley de «mexicanización» que reserva al capital nacional –que en la práctica no deja de depender de los grandes consorcios extranjeros, que acaso por ello son entusiastas defensores de tal medida– la mayor parte del capital de las explotaciones.

Las disposiciones constitucionales en materia de petróleo concitan la inmediata hostilidad del capital extranjero. La expedición de la Ley Reglamentaria del artículo 27, en diciembre de 1925, agrava las relaciones entre el gobierno mexicano y las empresas anglosajonas, y dos años después, bajo la presión imperialista y la hábil negociación del embajador Morrow, el gobierno acepta la irretroactividad del nuevo régimen legal y "[...] la no limitación a cincuenta años de las concesiones confirmatorias, la seguridad de que serían entregadas también en las «zonas prohibidas», una definición conveniente de «acto positivo», la no obligatoriedad de la «Cláusula Calvo» y el esclarecimiento sobre la validez de los títulos de propiedad anteriores a 1917" [19] los que al año siguiente son nacionalizados. Y en 1958, en respuesta a los cambios que ha sufrido la estructura de la industria petrolera, se incorpora al dominio de la Nación la petroquímica básica, quedando la secundaria como una rama susceptible de explotarse por el capital privado

[19] Ricardo J. Zevada, *Calles. El presidente.* México, 1971, p. 44. En 1938, en un acto que no sólo rescata una riqueza básica sino la propia soberanía nacional, se expropian los bienes de las compañías petroleras extranjeras.

nacional y extranjero. En 1960 se nacionaliza, a partir de la compra a dos grandes empresas extranjeras, la generación de energía eléctrica de servicio público, y desde 1963 el gobierno federal adquiere el control del servicio telefónico.

A partir de tales hechos y con base en otras informaciones sobre la propiedad estatal podemos intentar apreciar la significación de ésta. Lo primero que se observa es que las nacionalizaciones en México, sobre todo la de la tierra durante la Revolución y la del petróleo bajo el cardenismo, tienen un claro sentido nacionalista, antiextranjero y, en tratándose de la expropiación y nacionalización petroleras, antimperialista. Aún años después de expedirse la Constitución de 1917, alrededor de la quinta parte de todas las tierras cultivables de México pertenece a extranjeros, proporción por cierto incluso ligeramente mayor que la que por entonces se atribuía al Estado.[20] Y en cuanto a la expropiación del petróleo, es obra que lesiona gravemente al capital monopolista anglo-norteamericano.

El caso de otras actividades es diferente, pues aun aceptando que en las decisiones estatales haya estado presente una dosis innegable de nacionalismo, sobre todo burgués, no es menos cierto que en cada una de las demás nacionalizaciones, y desde luego, en la de la electricidad y el servicio telefónico medió el acuerdo y aún el pleno consentimiento de los intereses monopolistas extranjeros supuestamente afectados. Lo que quiere decir que el alcance de la política mexicana de nacionalización no fue el mismo, digamos en las postrimerías del gobierno porfirista, bajo el régimen de Cárdenas y en las últimas administraciones. De ahí que sería infundado y simplista ver en todas ellas la expresión de un capitalismo de Estado antimonopolista así como, en el otro extremo, pensar que sólo han servido para beneficiar a los monopolios extranjeros.

[20] Véase la cita que al respecto hace Leopoldo González Aguayo, de una estimación de Frank Tannenbaum, en *La nacionalización de bienes extranjeros en América Latina*. México, 1969, p. 142.

Contra lo que a primera vista pudiera suponerse, la propiedad estatal en nuestro país se asemeja notablemente, en sus principales características, a la de las naciones capitalistas más industrializadas. El capital acumulado del Estado absorbe cerca de la tercera parte y la inversión corriente fluctúa en los últimos años entre un tercio y más del 40% del total respectivo. El Estado controla la industria militar y la mayor parte de las comunicaciones, el abastecimiento de agua y buena parte de la producción de energéticos. Opera además los ferrocarriles así como centenares de empresas en campos productivos e improductivos muy variados y tiene una importante injerencia en el sistema de crédito.

Como en otros países capitalistas su intervención suele consistir en tomar empresas más o menos incosteables o que, pudiendo operar en mejores condiciones, mantienen una política de precios muy favorables para el capital privado. Un clásico ejemplo es el de los Ferrocarriles, que por años han sufrido cuantiosas pérdidas debido a las bajas tarifas con que operan; otro es el de los bancos agrícolas oficiales y otro más el de compras como la del Ingenio San Cristóbal. Incluso Petróleos Mexicanos y la CFE operaron durante años en condiciones desventajosas por apoyar a la empresa privada nacional y extranjera, bajo la divisa reaccionaria de que el Estado no debe nunca competir con ella sino servirla y protegerla.

Como en otros países también, en la dirección de las empresas estatales es común encontrar empresarios e inversionistas privados que mantienen una íntima relación con el Estado, a veces acompañados de unos cuantos líderes «charros» siempre dispuestos a obedecer.

Aquí tampoco son confiscatorias las nacionalizaciones, se paga por ellas altas indemnizaciones o magníficos precios, según el caso. El convenido con los consorcios eléctricos fue tan ventajoso para ellos, que su interés en vender no era menor que el de gobierno de López Mateos en comprar. Incluso en el caso del petróleo, los arreglos del régimen de

Alemán favorecieron, como es del dominio público, a las empresas expropiadas; lo que incluso ha ocurrido en compras recientes de tierras a latifundistas de Sinaloa y Sonora.

Al igual, en fin, que en otras naciones, las empresas estatales contribuyen a que los capitalistas privados obtengan jugosos beneficios, estimulan la concentración y centralización del capital, refuerzan por tanto a la alta burguesía y a la oligarquía, y al desenvolverse en el marco de una industrialización subordinada a los intereses del capital monopolista privado tanto nacional como en ciertos campos sobre todo trasnacional, demuestran que el Estado es incapaz de forjar una estrategia económica independiente. A decir verdad incluso en casos como el del petróleo, cuyo rescate se originó en una expropiación sin precedentes y como la que no hubo otra después de 1938, el capital monopolista privado y concretamente el extranjero no sólo se ha beneficiado durante años con la política de bajos precios sino que ha acabado por apoderarse de ramas muy importantes de la industria petroquímica, aparte de muchas otras.

Todo ello se explica porque si bien abundan todavía en México quienes creen que el Estado representa o al menos debiera servir a los intereses del pueblo, lo cierto es que se trata de un Estado burgués que, a riesgo de no decir más que una perogullada, fundamentalmente defiende los intereses de la burguesía y de la oligarquía. En efecto, trátase de un Estado en el que la mayor parte de sus más altos funcionarios pertenecen a la clase dominante o mantienen estrechas relaciones con los más prominentes empresarios, cuya política en los más diversos campos tiende a beneficiar a esa clase, cuya vinculación con los monopolios descubre en más de un sentido una relación de dependencia y apoyos mutuos, cuya preocupación central es preservar el orden de cosas imperantes y cuya intervención en la economía responde esencialmente al propósito de suavizar ciertas contradicciones a fin de asegurar mayor estabilidad y

mejores perspectivas al sistema de relaciones sociales y al régimen de propiedad y de explotación del trabajo en que descansa el capitalismo.

La autonomía relativa del Estado, que sin duda está presente en México y en todos los países capitalistas no demuestra que el Estado sea un árbitro imparcial: confirma más bien su carácter de clase. Casi no hay un aspecto de la política estatal en que ese carácter no aflore, a veces dramáticamente. El Estado moviliza a través del presupuesto una parte sustancial del ingreso de la Nación en beneficio de la burguesía; la apoya mediante exenciones fiscales, subsidios y créditos, la deja en libertad para que especule y dilapide la riqueza, y no es ella sino los trabajadores manuales e intelectuales quienes pagan el grueso de los impuestos, quienes sufren el desempleo y el subempleo y a quienes más afecta la inflación y la miseria; y son ellos también –no los capitalistas– las víctimas de la represión y la violencia a los que el sistema recurre a menudo para impedir la lucha de clases y mantener la «paz» social.

Nacionalización y lucha revolucionaria

Podría pensarse que, siendo la nacionalización burguesa lo que es, en el seno de la clase dominante hay un amplio consenso en su favor. Pero la verdad es otra. Bajo el capitalismo monopolista de Estado la burguesía reclama de éste todo aquello que la beneficie, se opone a lo que entrañe un perjuicio y teme siempre que, bajo la presión de las masas o de una grave crisis del sistema el Estado lleve su intervención demasiado lejos. Lo mismo ocurre con la nacionalización que en rigor ha sido y es bandera de unos y otros, y cuya significación política varía de acuerdo con las condiciones y el momento en que se produce.

A menudo se tiende, en nuestro concepto erróneamente, a asociar de manera simplista la nacionalización al capitalis-

mo de Estado y aun a suponer a éste la condición imprescindible de un desarrollo independiente en los países atrasados. Lo cierto es que la propiedad estatal recorre un largo proceso histórico a través del cual cambian su naturaleza y alcance.

Se la encuentra en los inicios del capitalismo, mucho antes de que surja el capitalismo de Estado; cobra en ciertos casos importancia bajo éste, cuando se vive todavía la fase premonopolista e incluso ya bajo el imperialismo; reaparece en lo que suele llamarse el capitalismo monopolista privado o simple; se multiplica y refuerza bajo el capitalismo monopolista de Estado y especialmente cuando al triunfar la revolución –antes o después de instaurarse la dictadura del proletariado, pero siempre como condición para impulsar la lucha de clases, conquistar o retener el poder y avanzar hacia el socialismo– se recurre a ella para echar las bases económicas del nuevo Estado.

En vísperas de la revolución de octubre, Lenin pugna por nacionalizar la banca y los grandes consorcios en la industria y el comercio. Lo que entonces resulta imposible se realiza en enero de 1918, cuando al proclamarse la República Soviética es abolida la propiedad privada de la tierra y convertidos en "propiedad del Estado obrero y campesino" los bancos, las fábricas, minas, ferrocarriles y demás medios de producción y de transporte.

En el curso de ese mismo año diversos partidos laboristas y socialdemócratas europeos incorporan la nacionalización a sus programas, aunque pronto dejarán ver que no es por el socialismo por lo que realmente luchan sino por reforzar el capitalismo de Estado. Tras algunas nacionalizaciones en Inglaterra, Francia y otros países, que en lo fundamental responden al interés de los propios capitalistas, aquéllos abandonan sus débiles posiciones nacionalizadoras y caen en un vulgar reformismo que deja la suerte de la causa obrera al regateo economicista, la política en el marco del

sistema y la esperanza de una transformación gradual de ésta.

Y mientras, por temor y falta de independencia unos se niegan a utilizar la nacionalización contra el capital monopolista, otros, desde posiciones mecanicistas y dogmáticas reproducen a medias lo dicho por los clásicos marxistas y so pretexto de que la nacionalización bajo el capitalismo no altera en su esencia las relaciones de producción, le niegan importancia incluso como arma en la lucha política.

La nacionalización y en particular la estatización burguesa no son, como hemos visto, ninguna panacea. Pretender que el Estado puede resolver a fondo problemas en que se expresan contradicciones profundas y aun insalvables implica pensar que el principal obstáculo al desarrollo y al empleo racional de los recursos consiste en ciertas formas jurídicas de propiedad y no en las relaciones de producción y explotación capitalistas, incluida la propiedad estatal. El capitalismo monopolista de Estado puede mitigar desajustes menores pero es incapaz de liberar las fuerzas productivas, a la manera en que la socialización de los medios de producción y la planificación socialista pueden hacerlo. Creer otra cosa es como pensar que todo lo que se requiere es ampliar el radio de acción del Estado; es quedarse en un reformismo palaciego que a la postre sólo lleva al conformismo, a la contemporización y a ceder ante la clase dominante. Es como abrigar la ilusión pequeñoburguesa de que a medida que el Estado intervenga más en la economía habrá mayor justicia, democracia e independencia.

El capitalismo nacional independiente es ya inviable para los países atrasados. Aun en aquellos en donde el capital monopolista nacional es poderoso, el crecimiento de las empresas estatales, más que ser en la práctica la condición de la independencia, significa a menudo más dependencia y más íntima trabazón con los monopolios internacionales, impulso a un capitalismo deforme y subordinado y agravamiento, no tanto de la contradicción de la

burguesía nacional con el imperialismo sino, principalmente, con el proletariado.

Mientras el capital monopolista decida la estrategia del desarrollo no habrá un mejor reparto de la riqueza y el ingreso ni patrones de consumo equitativos. La estructura del consumo y de la distribución dependen de las relaciones de producción, y no a la inversa. Como Marx lo señalara: "[...] mientras las clases ricas se hallen en el poder, toda esa cotización no significará la supresión de la explotación sino únicamente un cambio de su forma [...]"[21]

¿Quiere esto decir que ni la nacionalización ni la lucha por llevarla adelante tienen mayor importancia? De ninguna manera. La nacionalización, como todas las cosas, se desenvuelve dialécticamente y no escapa ella misma a profundas contradicciones. Exhibe tanto el desarrollo y consolidación del capitalismo monopolista de Estado como la preparación de las condiciones en que habrá de fincarse el socialismo; tanto la creciente socialización de la producción como la cada vez mayor concentración de la propiedad y la riqueza. Por ella lucha en ciertos momentos la burguesía y lo hace y debe hacerlo también el proletariado.

La propiedad estatal no entraña, hemos dicho, un cambio de fondo bajo el capitalismo; pero comparada con la propiedad privada tradicional supone un avance que sería un error menospreciar. La lucha por la nacionalización, por consiguiente, es una demanda democrática que si bien por sí sola no lleva al poder ni menos al socialismo, es parte importante de ambos.

Los trabajadores no tienen por qué defender pasiva y acríticamente las nacionalizaciones que el capital monopolista promueve y realiza en su beneficio, las nacionalizaciones palaciegas que se decretan para fortalecer a los monopolios e intensificar la explotación del trabajo; las que favorecen más a los supuestos afectados que a la Nación, las que en última instancia refuerzan el poder capitalista y en

[21] C. Marx. Cit. por Cheprakov en *El capitalismo monopolista...*, p. 101.

torno a las cuales se enriquecen unos cuantos centenares de altos funcionarios.

La nacionalización por la que los trabajadores deben luchar es otra: una que no se limite al rescate parcial y sumamente oneroso de recursos y actividades aislados; que se centre en campos básicos y no secundarios o improductivos; que translade al Estado empresas sanas y no negocios en bancarrota, que reporte utilidades y no pérdidas que el pueblo deba absorber; que responda a necesidades reales y a demandas populares; que debilite a los monopolios privados, sobre todo extranjeros y refuerce a los trabajadores, empezando por mejorar sus condiciones de vida; que demuestre la inutilidad de la burguesía para conducir el proceso económico, que tenga, en suma, una clara proyección antimperialista y que impulse la lucha de clases, intensificando, en vez de suavizar la contradicción fundamental del sistema y coadyuvando a crear una situación revolucionaria, a partir de la cual sea viable tomar el poder y abrir la vía mexicana al socialismo.

Que esa lucha entraña riesgos, sin duda. Que puede llevar a la frustración y al reformismo, cierto. Y, a la vez, apenas la nacionalización rebase el marco y comprometa el precario pero políticamente importante equilibrio que interesa mantener al capital monopolista, concitará la mayor hostilidad y acaso la violencia y el fascismo.

Desafortunadamente no existe la posibilidad de librar al pueblo de la explotación, de una plumada. Para lograrlo es menester una lucha larga y difícil. Y para que ésta cobre fuerza es preciso que los trabajadores tengan conciencia de que su lucha diaria por vivir mejor y la lucha por el socialismo son una y la misma causa. Si rehuimos hoy trabajar por ciertas reformas que mejoren las condiciones del pueblo, rehuiremos también la posibilidad de avanzar en la lucha por el poder y, por ende, hacia el socialismo. Las masas no entregan lo mejor de su energía ante metas abstractas y lejanas. Lo hacen tras reivindicaciones concretas y casi siempre inmediatas. Un programa de nacionalizaciones antimonopolistas y por la democratización de las

empresas estatales puede, sin duda, incorporar a los más valiosos contingentes obreros y a sus mejores posibles aliados, avivar la lucha ideológica y política y acortar el camino al socialismo. Pugnar por tales nacionalizaciones significa seguir el cauce de la historia, en vez de apartarse de él, o, peor aún, tratar de remontarlo.

Pero una cosa debe quedar bien clara: el reformismo no sólo no lleva a la revolución sino ni siquiera a ciertas reformas significativas. Como solía decir Lenin: "puede parecer paradójico, pero [...] la táctica de los reformistas es la menos *apta* para lograr reformas reales. El medio más efectivo para alcanzarlas es la táctica de la lucha revolucionaria [...]"[22] La lucha militante, resuelta y tenaz de los trabajadores por acabar con la explotación.

[22] Cit. por V. I. Usenin, *¿Coparticipación social o lucha de clases?* Moscú, 1974, pp. 295-96.

VIII

EL PROBLEMA DE LAS FASES EN LA LUCHA POR EL PODER.*

"Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario".

Con frecuencia se señala en la izquierda que si queremos transformar radicalmente la estructura socioeconómica del país debemos conocerla a fondo. Se recuerda, asimismo, que para examinar con rigor y no en forma fragmentaria y meramente empírica cualquier problema necesitamos una teoría y un herramental analítico adecuados. Y como si quisiéramos resumir en una sola frase toda una filosofía del cambio social, cuando pensamos en las cuestiones políticas más importantes recordamos la divisa leninista: "sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario". Pese a esta firme convicción, al examinar las condiciones y las perspectivas de nuestra lucha nos ocurre a menudo que incluso dejamos de lado ciertas exigencias fundamentales, así sea al precio de no saber en dónde estamos ni hacia dónde vamos.

A veces, la falla intenta excusarse con explicaciones elementales que incluso crean situaciones más graves que las que, de ese modo, pretenden corregirse. "Sabemos, dirá alguien, que tal o cual formulación carece de base teórica sólida; pero lo que nos interesa es la práctica, la realidad, no la teoría que por lo demás conocemos". ¡Cómo si la realidad social pudiera comprenderse sin una teoría realmente científica y ésta nutrirse de algo que no sean los hechos mismos!

En otras ocasiones, aunque en principio se admite que la revolución es un proceso y no un acto aislado, y que como tal se desenvuelve en fases sucesivas que es preciso conocer y eslabonar, de hecho ni siquiera se intenta descubrir las leyes

* Publicado en la revista ESTRATEGIA No. 8, marzo-abril 1976.

que rigen su desarrollo ni establecer con precisión la etapa que esa lucha recorre. En vez de ello se repiten juicios absolutos, se alude al socialismo como una cuestión retórica e incluso se apela al marxismo como si se tratara de escrituras sagradas, con lo que de paso se abandona su esencia dialéctica y se le convierte, como Lenin solía decir, de guía para la acción en letra muerta. ¿De qué sirve saber que la revolución es un proceso si no comprendemos su dinámica interna y las más graves contradicciones en que se expresa? ¿Para qué hablar de la importancia de las etapas en que ese proceso se desenvuelve si no sabemos en cuál nos encontramos y por qué? Incluso hay posiciones en las que, reiterándose a menudo la necesidad de llevar adelante la lucha revolucionaria, ni siquiera se deja claro que el centro de esta lucha es la cuestión y la conquista del poder.

Materialismo dialéctico e histórico y lucha revolucionaria

Contra lo que supone la concepción metafísica de la naturaleza y la sociedad, el materialismo postula que todas las cosas, y en particular los fenómenos sociales se desenvuelven en un continuo proceso de cambio, de movimiento, de interacción y contradicciones internas y externas. Nada es inmutable: todo se modifica y se desarrolla no arbitrariamente sino conforme a ciertas leyes. Tal es la base filosófica del materialismo histórico, sin el cual sería imposible comprender el desenvolvimiento de la sociedad y, concretamente, las leyes que condicionan la lucha revolucionaria. Tales leyes no son creadas por el hombre sino descubiertas con ayuda de la ciencia, en la realidad objetiva. Pues bien, gracias a ellas podemos penetrar en el conocimiento de lo que es característico al desarrollo de todos los fenómenos y de la forma en que éstos se desenvuelven, concatenan y entran en relación unos con otros. El eje de la dialéctica es la contradicción, y como los procesos en que surgen y cuyo

desarrollo condicionan, las contradicciones mismas son cambiantes y recorren fases sucesivas.[1]

"Cada etapa del desarrollo de la sociedad tiene como principal una contradicción que determina la esencia de dicha etapa."[2] Por eso es tan importante en la práctica, incluso en la práctica revolucionaria, poder determinar con precisión la fase en que se halla la lucha.

Todas estas cuestiones son, en verdad, fundamentales. Y aunque a primera vista pudieran parecer una disgresión teórica innecesaria, sin ellas no es posible entender y menos influir decisivamente en el curso de la lucha revolucionaria. Cuando decimos que ésta y en particular la revolución socialista son procesos regidos por leyes y condiciones objetivas, ello significa que se trata de hechos –lo que no riñe con la tesis de que el hombre hace su propia historia– que se producen en cierto modo al margen de la voluntad de los individuos como resultado de la agudización de contradicciones en que se expresa el desarrollo de la sociedad y el tránsito de unas formaciones a otras superiores. Siendo procesos históricos que a veces se extienden a lo largo de muchos años, su desarrollo se produce en fases o etapas que es preciso delimitar no sólo para conocer la forma en que operan ciertas leyes, así como el fenómeno del cambio en su integridad,[3] sino, en el plano estrictamente político, para enfrentarse adecuadamente a las contradicciones propias de cada fase.

[1] Las contradicciones no son algo inmóvil, inmutable. Una vez surgidas [...] se desarrollan, pasan por fases y y grados determinados. Ningún fenómeno desaparece y cede su lugar a otros antes de que se revelen sus contradicciones y se desplieguen en plena medida [...]" "En este proceso hay [...] dos etapas fundamentales: 1) la etapa de desarrollo, de despliegue de las contradicciones propias del objeto, y 2) la etapa de solución de estas contradicciones". Autores varios. *Fundamentos de filosofía marxista-leninista.* Moscú, 1975, Tomo I, p. 147.

[2] *Ibid.* p. 151.

[3] "El conocimiento de estas leyes es sólo posible bajo ciertas condiciones históricas [...]" G. Glezerman. *The laws of social development.* Moscú (sin fecha de publicación), p. 60.

En otras palabras, la realidad no puede sustituirse o siquiera evadirse con generalidades ni abstracciones sin contenido. "Uno de los principios básicos de la dialéctica es que no existen verdades abstractas; la verdad es siempre concreta [...]",[4] y lo es, especialmente, en la lucha política, como lo es también la realidad en que se desenvuelve. Los hechos son insustituibles, el idealizarlos e ignorarlos puede traer consigo graves tropiezos. Mas para conocerlos no basta tener en cuenta algunos de sus rasgos y características. Es menester penetrar profundamente en su dinámica interna,[5] y en la interconexión con otros fenómenos.[6]

Para hacerlo es preciso comprender que los procesos sociales se desarrollan dialécticamente, no en la forma gradual y suave en que lo sugieren, en la ciencia el evolucionismo y en la política el reformismo.[7]

Y otra cuestión fundamental: el desarrollo no se produce uniformemente sino en forma desigual. La desigualdad es

[4] V. I. Lenin, *Obras Completas,* Tomo VII, p. 440.

[5] "La dialéctica exige que un fenómeno social dado (ni qué decir de la revolución) se estudie exhastivamente en su desarrollo y lo que parece exterior se reduzca a las fuerzas motrices fundamentales, al desarrollo de las fuerzas productivas y a la lucha de clases" V. I. Lenin. *Ob. Cit.* Tomo XXII, p. 314.

[6] "[...] el economista vulgar –escribe Marx– cree haber hecho un gran descubrimiento cuando proclama con orgullo, en lugar de revelar la interconexión, que en apariencia las cosas parecen diferentes. En realidad alardea de que se atiende a la apariencia y la toma por la última palabra. Siendo así ¿por qué debe haber ciencia? Pero la cuestión tiene también otro fundamento. Cuando se aprehende la interconexión, toda creencia teórica en la necesidad permanente de las condiciones existentes se derrumba antes de su colapso práctico". Marx-Engels, *Correspondencia.* Buenos Aires, 1957. p. 170.

Y criticando, a su vez, a los filósofos burgueses, Engels comenta: "Lo que falta a esos señores es dialéctica. Nunca ven otra cosa que causa por aquí y efectos allá [...] y el que todo es relativo y nada absoluto: esto nunca terminan de verlo. Para ellos Hegel nunca existió". *Ibid.*, p. 314.

[7] "Es un desarrollo que, al parecer, repite etapas ya recorridas, pero las repite [...] sobre una base superior de (la «negación de la negación»), un desarrollo, por decirlo así, en espiral y uno en línea recta; un desarrollo a saltos, catastrófico, revolucionario; «rupturas en la continuidad», transfor-

una de las principales leyes del capitalismo. Por esto, también es necesario precisar las etapas de la lucha revolucionaria, pues lo que en un momento dado es imposible en un país, en otro –como lo han demostrado las revoluciones socialistas habidas hasta ahora– puede ser viable. Precisamente por todo ello la teoría marxista-leninista de la revolución incluye elementos fundamentales como éstos:

La revolución nunca cae del cielo ya hecha ni estalla tampoco como una explosión accidental o incomprensible. No se la provoca en forma artificial. No se hace por encargo, no se decreta ni inventa por los revolucionarios. No se saca habilidosamente de la manga o de un sombrero. "Para un marxista es indiscutible que una revolución es imposible sin una situación revolucionaria, aunque no toda situación revolucionaria conduce a la revolución [...]" "Sin estos cambios objetivos, que son independientes de la voluntad no sólo de determinados grupos o partidos sino también de la voluntad de determinadas clases, una revolución es, por regla general, imposible [...]"[8] Y a tales cambios hay que añadir los factores subjetivos que esencialmente se resumen en la existencia de una vanguardia, de un partido revolucionario capaz de dirigir consecuentemente al proletariado.[9] La revolución no es una batalla única sino un proceso, podría también decirse una guerra que supone múltiples batallas y muy diversas luchas. No se desenvuelve gradual ni rítmicamente. Su desarrollo varía de un país a

mación de la cantidad en calidad, impulsos internos hacia el desarrollo originados en la contradicción, el conflicto de las diversas fuerzas y tendencias que actúan sobre determinado cuerpo [...]" V.I. Lenin. *Ob. Cit.* Tomo XXII, p. 147.

[8] V. I. Lenin. *Ob. Cit.* Tomo XXII, p. 310.

[9] "Las condiciones objetivas para la revolución maduran independientemente de la voluntad y la conciencia de las clases y los partidos, pero cuando tales condiciones están presentes, el éxito de una revolución lo determina el factor subjetivo, el que a su vez depende grandemente de una labor educacional y organizativa de las masas." V. Kelle y M. Kovalson. *Historical materialism*. Moscú, 1973, p. 195.

otro y de una etapa a la siguiente. "La revolución mundial no es tan pareja –escribía Lenin– como para que avance del mismo modo en todas partes, en todos los países; si así fuera, hace mucho que habríamos triunfado. Cada país debe pasar por determinadas etapas políticas [...]"[10]

La esencia del leninismo es saber caracterizar y comprender lo propio de cada fase de la revolución. Pero la comprensión profunda del curso del proceso no significa, debiera quedarnos claro, que gracias a ella podamos anticipar con exactitud el momento y las condiciones en que haya de producirse la revolución.[11] Su importancia radica en que nos permite conocer la realidad concreta en la que actuamos y enmarcarla en una justa perspectiva histórica.[12] Toda la concepción materialista y en rigor toda teoría de la historia supone, por tal razón, el desarrollo concatenado, es decir, por etapas. "En una etapa dada de su desarrollo –escribe Marx en una de sus páginas más famosas– las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en conflicto con las relaciones de producción existentes [...] De formas de desarrollo de la fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas de ellas. Comienza

[10] V. I. Lenin. *Ob. Cit.* Tomo XXIX, p. 440.

[11] "En nuestro país –decía Lenin– que ha vivido dos revoluciones, sabemos y comprendemos que es imposible predecir la marcha de la revolución, que es imposible provocarla. Sólo es posible trabajar en favor de la revolución. Si trabajamos en forma consecuente, si este trabajo está ligado a los intereses de las masas oprimidas [...] la revolución llegará; pero dónde, cuándo, en qué momento, por qué motivo inmediato, es imposible decirlo [...]", a menos, podría agregarse, que se quisiera engañar a las masas.

[12] En palabras de Lenin: "No basta ser revolucionario y partidario del socialismo o comunista en general. Es necesario saber encontrar en cada momento particular el eslabón preciso de la cadena al cual hay que aferrarse con todas las fuerzas para retener toda la cadena y preparar sólidamente el tránsito al eslabón siguiente. El orden de los eslabones, su forma, la manera en que están encadenados, la diferencia entre unos y otros, en la cadena histórica de los acontecimientos, no son tan simples ni sin sentido como los de una cadena corriente forjada por un herrero". V. I. Lenin. *Ob. Cit.* Tomo XXVIII, p. 82.

así una época de revolución social [...]"[13] Y comienza la revolución por que sólo ella al acabar con la propiedad privada de los medios de producción, puede superar tal antagonismo. El propio Marx y Engels agregan en otro ensayo: "La táctica del proletariado debe tener presente en cada etapa del desarrollo, en cada situación, esta dialéctica objetivamente inevitable de la historia humana [...]"[14]

O sea que la necesidad histórica de la revolución socialista la determina el propio desarrollo del capitalismo y sus contradicciones insalvables en la época del imperialismo. El crecimiento del proletariado a medida que la producción se socializa como nunca antes y la acentuación del desarrollo desigual y de la crisis general del sistema, así como el reforzamiento y la expansión del socialismo, amplían las posibilidades de una lucha revolucionaria victoriosa contra el capital monopolista, o sea el poder económico y la constelación de fuerzas políticas que, en nuestros días, constituyen el principal obstáculo al desarrollo de la sociedad.

Resumiendo: hablar de que la revolución es un proceso y no saber cómo se desarrolla, cómo y por qué se eslabonan de determinada manera sus diversas fases, es renunciar a la teoría leninista y quedarse en el mundo de las abstracciones vacías. Determinar en qué etapa se halla la lucha es necesario para entender la dialéctica real del proceso revolucionario, para saber de dónde se parte y hacía dónde se va.[15] Y lejos de que ello interrumpa, fragmente o vuelva el proceso revolucionario más lento, contribuye a acelerarlo y no riñe con la necesidad de comprender su dinámica global y de tener siempre claro el objetivo último.[16]

[13] C. Marx. *Contribución a la crítica de la economía política.*

[14] V. I. Lenin, *Ob. Cit.* Tomo XXII, p. 168.

[15] Mao Tse-Tung nos recuerda que "Cuando no se presta atención a las etapas del desarrollo de una cosa, no se pueden descubrir correctamente sus contradicciones". Y menos aún enfrentarse políticamente a ellas en forma adecuada. "La Contradicción Dialéctica", en *Estudios filosóficos.* México, 1968, p. 64.

[16] "La diferenciación rigurosa entre las etapas que son distintas por su

Hay una cuestión más que, por su importancia, debemos subrayar. Conocer la etapa que se vive del proceso revolucionario no sólo implica todo lo ya dicho sino la posibilidad de ponderar acertadamente la correlación de fuerzas en pugna, el nivel y la intensidad de la lucha de clases, las condiciones del momento, los obstáculos, los problemas concretos y las tareas a acometer. Para adoptar una táctica adecuada y suficientemente flexible se requiere que forme parte de una estrategia, y ambas suponen a la vez que se conozca el marco histórico en que se actúa. Sin el conocimiento de la realidad concreta y de los cambios que ésta sufre habría sido imposible a Marx y Engels proceder con la agilidad con que lo hicieran, entre 1870 y 1871, frente a la Comuna de París, y a Lenin ajustar los métodos de lucha a los bruscos cambios que se producen en Rusia en los meses inmediatos anteriores a la revolución de octubre. Para saber cómo actuar, en un momento dado, es necesario saber qué pasa precisamente en ese momento. "El marxismo exige de nosotros un análisis estrictamente exacto y objetivamente verificable de las relaciones de clase y de los rasgos concretos propios de cada momento histórico [...]"[17]

Sin tal análisis la política carece de base científica y la táctica queda al garete y expuesta a las presiones de la lucha diaria, generalmente a la zaga de los hechos y respondiendo mas a factores circunstanciales que a principios y objetivos fundamentales. ¡Ni qué decir que una táctica así forjada lleva casi siempre a la derrota!

naturaleza, la investigación sobria de las condiciones en que esas etapas se cumplen, no significa en modo alguno postergar la meta final ni retardar de antemano el ritmo propio. Por el contrario, precisamente para acelerarlo [...] es indispensable comprender la relación que existe entre las diversas clases de la sociedad moderna [...]" V. I. Lenin. *Ob. Cit.*, Tomo VIII, p. 14.

[17] V. I. Lenin, *Ob. Cit.*, Tomo XXIV, p. 458. Marx y Engels, decía Lenin, "apreciaron correctamente el momento [...]", "También nosotros debemos comprender los rasgos específicos y las tareas de la nueva época. No imitemos a aquellos despreciables marxistas de quienes decía Marx «sembró dientes de dragón y cosechó pulgas». *Ibid*, p. 505.

La Revolución Mexicana y la etapa actual de la lucha

El problema de determinar la fase de la lucha revolucionaria en que nos encontramos es, especialmente en México, muy complejo. Lo es porque la burguesía y sus ideólogos principalmente pequeñoburgueses se han empeñado, hasta ahora con bastante éxito, en generalizar la confusión, y porque la izquierda poco se ha preocupado tanto por evaluar críticamente tales posiciones como por forjar las propias. Según los planteos oficiales más socorridos, desde 1910 vivimos en el marco y al amparo de una revolución que al margen de sus avances y tropiezos, sigue y seguirá vigente por muchos años, quizá por tantos como sean necesarios para convertir su ideario en realidad.

No pretendemos examinar aquí lo que parece más característico de esas y otras explicaciones análogas. Por lo que hace a lo acontecido en el presente siglo, la mayor parte de ellas sugiere que la revolución es la línea divisoria entre una sociedad feudal o semifeudal y una economía «mixta» en la que junto a una clase «empresarial» privada, y –aunque esto nunca queda bien claro– capitalista, se ha desenvuelto un Estado no capitalista, representativo de la nación y en particular de las más amplias capas populares, en una etapa histórica en que los países «pobres» encuentran múltiples dificultades en su relación con los «ricos» –los dos «imperialismos»– independientemente de su organización social y económica. Conforme a esta peculiar concepción, los distintos periodos en que pudiera dividirse la historia mexicana posterior a 1910 son sólo diversos momentos de un proceso que se desenvuelve contínua y linealmente desde entonces.

Es fácil comprender que el corolario de esa postura es que en México no puede ni debe hablarse de socialismo y menos todavía de una nueva revolución. Y el argumento no deja de tener su lógica, al menos formal y aparente: si la revolución ya se hizo incluso con grandes sacrificios de las masas; si cristalizó en un régimen constitucional que otorga a los

mexicanos las más amplias e inviolables libertades, que sustituye el anárquico e injusto capitalismo por una armoniosa economía «mixta», que concilia los intereses individuales y sociales más encontrados, y si el triunfo de esa revolución significó la creación de un nuevo Estado que fundamentalmente expresa y defiende los intereses del pueblo, es lógico que carezca de sentido pensar en otra revolución. Basta impulsar nuevas reformas dentro del marco social y legal establecido.

Una variante de la posición que examinamos admite que estando en vigor la revolución, en años recientes perdió impulso, por lo que se impone una política que sustituya a aquellos elementos que, desde el punto de vista de los intereses de la clase en el poder y del sistema en su conjunto, han dejado de operar con eficacia. Otra más, característica de ciertos estratos pequeñoburgueses supone que la revolución se ha desviado de su curso y aún apartádose de su ideario original, a los que debe volver. Y desde posiciones que a veces difieren entre sí sensiblemente, suele coincidirse en considerar que la revolución mexicana se ha «interrumpido» para unos –los liberales– como revolución democrática, y para otros, que expresamente reconocen una influencia trotskista, como proceso hacia el socialismo.[18]

Es indudable que las realizaciones de la revolución mexicana –cuya dimensión no intentamos discutir aquí– están muy lejos de haber resuelto los problemas más graves y alcanzado las metas más ambiciosas. A 65 años de iniciada sigue habiendo en México millones de analfabetos y de niños sin escuela, campesinos sin tierra, obreros sin

[18] "[...] la revolución mexicana –piensa por ejemplo A. Gilly–, es una revolución interrumpida en su curso hacia su conclusión socialista [...]" "Esta concepción –añade– ha sido formulada y desarrollada por J. Posadas en sus textos y artículos sobre México. Su base teórica está en la revolución permanente. Su antecedente lejano, en los escritos de Trotsky sobre el periodo cardenista [...]". *La revolución interrumpida.* México, 1971, p. 392. Según Posadas, la revolución mexicana ha "entrado en su tercer ascenso". *Ibid.* p. 388.

empleo, trabajadores que no reciben siquiera el salario mínimo legal y a quienes se obliga a trabajar más allá de la jornada máxima; sigue habiendo viejos y sobre todo nuevos latifundistas, consorcios extranjeros que explotan al pueblo y capitalistas mexicanos que, asociados con ellos, dilapidan la riqueza nacional y ahondan la dependencia y el atraso. A tantos años del inicio del movimiento democrático de principios de siglo seguimos sin sufragio efectivo, sin elecciones reales –ni siquiera en los sindicatos– y sin verdadera democracia. Todo eso es cierto. Pero lo que entraña un sofisma bajo el cual aflora buena dosis de demagogia burguesa e ilusiones pequeñoburguesas, es postular que si los viejos ideales del pueblo y del movimiento de 1910 están aún lejos de realizarse ello significa y aun comprueba que la revolución está, también, no menos lejos de haber concluído. Se confunde así, amañanadamente, una revolución concreta, específica, que expresa contradicciones propias del desarrollo social en una etapa determinada, con la revolución en abstracto; se supone en actitud demagógica que el fin de esa revolución era lograr la independencia económica de nuestro país y la justicia para nuestro pueblo; se hace caso omiso de la realidad y de la misión histórica de una revolución democrático-burguesa como la mexicana; se pretende que el desarrollo gradual de tal revolución –el reformismo– permitirá alcanzar los más caros ideales, y a partir de todo ello se concluye que el tipo de fuerzas, de clases, de Estado, de impulsos surgidos de la Revolución, o sea la sociedad capitalista en que vivimos, son y serán necesarios para lograr los objetivos antes señalados. ¡Habilidosa maniobra para justificar, en el nombre de la revolución, la contrarrevolución, o sea el mantenimiento y la preservación del orden social imperante!

Pretender, por otra parte, que si la revolución sigue viva en la conciencia de las masas ello comprueba su vigencia, así como el hecho de que sólo se ha «interrumpido» en sus conquistas o realizaciones, conduce a nuestro juicio a no

entender el papel histórico de la revolución mexicana y menos todavía la fase actual de la lucha por el poder.

La revolución mexicana fue una revolución democrático-burguesa. Decimos *fue,* porque si bien el proceso social es uno sólo y aun las rupturas revolucionarias no interrumpen lo que en un sentido profundo es su continuidad histórica, pertenece sin duda al pasado. La calificamos de democrático-burguesa porque si bien las masas populares tuvieron en ella una presencia decisiva, ni llegaron propiamente a dirigirla ni menos aún pudieron impedir que a partir del triunfo del movimiento se consolidaran en el poder ciertas nuevas capas de la burguesía y la pequeña burguesía que habían entrado en conflicto con la dictadura porfiriana, es decir, una nueva minoría que, como la recién desplazada del poder se impondría a la mayoría. En otras palabras, si bien antes de la revolución el capitalismo era ya en México el modo de producción dominante, su desarrollo se veía estorbado, entre otros obstáculos, por una vieja e ineficiente estructura agraria que retenía y restaba movilidad al grueso de la fuerza de trabajo y condicionaba desfavorablemente el proceso de acumulación y el desarrollo del mercado interior, un poder oligárquico que frenaba las fuerzas productivas y estaba cada vez más subordinado al capital extranjero, y un régimen político, verdaderamente tiránico, que impedía violentamente no sólo la lucha democrática sino incluso toda manifestación de descontento y aun la pequeña dosis de libertad que el propio capitalismo reclamaba para su desarrollo.

Para comprender cuándo *se consuma* la revolución mexicana, lo que cuenta no es saber si se realizan o no ciertos avances; lo importante es precisar cuándo y cómo se organiza la nueva estructura de poder, es decir, a partir de qué momento la revolución lleva al poder a las fuerzas triunfantes, a una nueva constelación de fuerzas empeñadas en derrocar, no a la burguesía ni al capitalismo, sino primero al gobierno dictatorial de Díaz y después al régimen de *facto,* de Huerta. A diferencia de lo acontecido

en otras revoluciones, la mexicana no se propuso modificar esencialmente el sistema político. Nuestro país era una república desde un siglo atrás, por lo que la Constitución de 1917 no introdujo al respecto cambios fundamentales. En el plano social y económico auspició ciertas reformas y en el político, más que iniciar grandes cambios en el sistema legal, lo que trajo consigo fue la incorporación de nuevas fuerzas sociales a la dirección del Estado, la creciente injerencia de éste y la creación del partido oficial y de nuevos métodos de control de las organizaciones de masas.

Sólo así, en nuestro concepto, puede abordarse objetivamente el problema de la vigencia o invigencia de la revolución de 1910. De lo contrario, o bien se cae en la versión ahistórica, apologética y aun metafísica de que mientras no se realicen sus ideales la revolución mexicana tendrá vida –lo que equivaldría, digamos a sostener que sigue en vigor la revolución francesa de 1789 porque aún no se logra asegurar la libertad, la igualdad y la fraternidad prometidas al pueblo francés desde entonces– o bien se cae en la frágil posición de suponer «interrumpido» un proceso históricamente terminado desde hace largo tiempo, y que, a diferencia de lo que por ejemplo ocurrió en la revolución rusa, por múltiples razones, pero sobre todo por la ausencia de una vanguardia socialista capaz de dirigir la lucha revolucionaria en sus diversas fases, no pudo lograr que la consumación de la revolución democrático-burguesa se eslabonara, de hecho sin solución de continuidad, con la revolución socialista. En efecto, en tanto que ésta se produce en Rusia unos meses después de que aquella se consuma con la llamada revolución de febrero, en México transcurre alrededor de medio siglo entre el momento en que el nuevo poder burgués se consolida y la situación en que hoy nos encontramos, lo que por sí solo comprueba que estamos en otra etapa histórica.

Aun si hubiese alguna duda acerca de que la Revolución Mexicana culmina con la aprobación del nuevo orden legal, al expedirse la Constitución Política de 1917, creo que

ni los más conservadores dudarían en aceptar que, tras la muerte de Carranza y la instalación del gobierno de Obregón, el movimiento delahuertista, el reconocimiento oficial de los Estados Unidos, la rebelión de los cristeros, el conflicto con los consorcios petroleros y los conatos de guerra civil entre 1927 y 1929, el poder burgués se refuerza y consolida definitivamente en este último año, cuando el movimiento obrero y campesino está ya totalmente subordinado a la clase dominante e inserto en el nuevo sistema del partido oficial, que por entonces se denominaría Partido Nacional Revolucionario.[19]

Al postular lo anterior somos concientes, repetimos, de que en el México de 1976 falta mucho por hacer aun de aquello que se prometió al pueblo hace más de medio siglo. Pero desprender de ahí la conclusión de que, lo que se ofreció a las masas en el marco de la revolución democrática

[19] El problema de cuándo y cómo se consuma la revolución democrático-burguesa ha sido objeto de discusión en muchos países. En Rusia, verbigracia, tal cuestión se debate sobre todo entre 1908 y 1917. Y cuando Lenin concluye que el hecho se produce precisamente después de la revolución de febrero-marzo, su tesis no es solamente rechazada por los mencheviques, sino puesta en duda por algunos de sus propios compañeros, dirigentes de alto nivel en el Partido.

Analizando rigurosamente los hechos, en vez de aplicar mecánicamente las viejas teorías, Lenin razona como sigue: "El problema fundamental de toda revolución es el del poder. Si no se comprende este problema, no puede haber participación conciente en la revolución y ni qué hablar de la conducta de la 'revolución'." Pues bien, ¿quién tiene el poder desde marzo de 1917? "El poder en Rusia –dice– ha pasado a manos de una nueva clase: la burguesía y los terratenientes que se han convertido en burgueses. *En ese sentido,* la Revolución democráticoburguesa en Rusia, ha culminado [...]" Y en otro pasaje en que explica el alcance de las dos principales etapas de la revolución rusa señala que la primera desenlaza precisamente de esa manera y que, "por consiguiente, la revolución burguesa o democráticoburguesa en Rusia se *ha consumado*". Es por ello que entonces se inicia la segunda, cuya misión sería preparar el derrocamiento de la burguesía con base en el incipiente poder obrero constituido por los soviets de diputados, obreros, campesinos y soldados. V. I. Lenin, *Ob. Cit.,* Tomo XXIV, pp. 453, 475 y 459.

constituye una promesa que la clase en el poder debe cumplir, entraña otro sofisma que, ahora en el nombre de la fidelidad a los compromisos empeñados y de la necesidad de llevar la revolución hasta el fin, lo que hace en rigor, al suponer a la burguesía capaz de realizar lo que nunca estuvo o al menos no está ya en condiciones siquiera de intentar con seriedad, es pretender que dicha clase *es y seguirá siendo necesaria* para llevar adelante el progreso. Lo que sin duda constituye la mejor defensa de su legitimidad.

Es decir, en vez de advertirse que la burguesía y en particular la oligarquía no son ya históricamente el motor de ese progreso sino su freno, y de comprender que aun las reformas meramente democráticas sólo serán realizables *más allá* de la revolución burguesa, por los trabajadores y no por los capitalistas, en la lucha por el socialismo y sobre todo a partir de que el proletariado tome el poder, lo que se hace es legitimar a la clase dominante, excusar su manifiesta incapacidad para asegurar a la nación un desarrollo autónomo y renovar las ilusiones en torno a una fracción supuestamente nacionalista, patriótica y no comprometida de la burguesía, que ahora sí, al amparo del nuevo desarrollismo o de alguna otra fórmula similar, logrará al fin consolidar la independencia económica, realizar las reformas hasta aquí postergadas, elevar el nivel de vida de todos los mexicanos y alcanzar la justicia social.

Lo que ello demuestra no es, obviamente, que la vieja revolución mexicana no haya cumplido su misión histórica de consolidar en el poder a la burguesía y de acelerar el desarrollo de un capitalismo deforme y estructuralmente dependiente. Demuestra más bien que, como en pocos países, pese a que desde hace mucho tiempo hay condiciones objetivas para fincar la lucha por el poder y por el socialismo, la burguesía, con un hábil reformismo –éste sí ininterrumpido– y una ideología seudorrevolucionaria verbalista y engañosa ha logrado confundir a las masas, mantenerlas bajo su influencia ideológica y mediatizar, cuando no francamente impedir su acción política y su

organización independiente. Por eso vale la pena recordar, así sea en forma muy breve, las condiciones de los trabajadores –en particular de la clase obrera– en lo que hace a su relación actual con las posiciones burguesas dominantes, de un lado, y con el marxismo, del otro. Sin hacer tal cosa sería muy difícil determinar las contradicciones más graves, el nivel de la lucha de clases y, por tanto, los principales rasgos de la fase actual, así como las tareas a acometer y los métodos a emplear.

¿Reformismo o estrategia revolucionaria?

La crisis económica de 1929, que dramáticamente expresa la agudización de las contradicciones del capitalismo monopolista, afecta a México y en general a Latinoamérica en forma severa. El esfuerzo por reorganizar económicamente al país tras casi una década de guerra civil, tropieza con obstáculos infranqueables. La baja catastrófica de la demanda y los precios repercuten en un brusco descenso de la producción, las exportaciones, el ingreso y el nivel de empleo. Y cuando la situación parece empezar a normalizarse, surgen de nuevo los desequilibrios monetarios, fiscales y de balanza de pagos.

Las primeras respuestas de la burguesía mexicana a la crisis son, en general, ortodoxas y reaccionarias. Se caracterizan esencialmente por una política económica deflacionista que en realidad agrava, más que aliviar, los efectos de la depresión; por medidas estabilizadoras y anticíclicas superficiales y de corto alcance; un débil impulso a la reforma agraria y un creciente control del movimiento obrero y de las organizaciones de masas, propio de una férrea dictadura –como es el callismo sobre todo bajo el «maximato»– que primero cede ante la presión imperialista y después no vacila en desatar una violenta represión.

La incapacidad de tal política para enfrentarse a los más

graves problemas y sortear los efectos de una crisis sin precedente explica, en buena medida, la razón de ser del cardenismo. Cárdenas expresa no sólo los intereses de una naciente burguesía industrial cuyos horizontes se angostan grandemente debido al atraso del país y al impacto de la depresión, sino, acaso sobre todo, las aspiraciones de mejoramiento de millares de campesinos que reclaman la tierra que la Revolución les prometió años atrás, de jóvenes que repudian la dictadura callista y luchan por una vida pública democrática y una mayor independencia económica, y aun de importantes contingentes obreros, que ahora más empobrecidos y explotados que nunca exigen una organización sindical que sirva a sus intereses y una política que a través de diversas reformas sociales y una más amplia y resuelta acción del Estado contrarreste la depresión y corrija en alguna medida la desigualdad existente. Sería imposible examinar aquí lo que fue el cardenismo. Baste recordar que el país sufrió cambios profundos que sería erróneo menospreciar, y que la clase obrera y en general el proletariado, al carecer de una vanguardia suficientemente vigorosa y no comprender a fondo el alcance de las contradicciones de los años treinta ni el papel de la política cardenista –como condición para impulsarla y para superar sus más graves limitaciones–, pese a indudables progresos y aunque llegaron a adoptar posiciones avanzadas, a la postre quedaron presos en un sindicalismo laborista inserto en la estructura de poder de la clase dominante, sin una organización política propia y a la zaga de posiciones pequeñoburguesas que, con una buena dosis de ilusiones en torno al capitalismo mexicano, la burguesía «nacionalista» y sus posibilidades de desarrollo independiente, pronto fueron arrolladas por la nueva estrategia que, ante las presiones de la segunda guerra mundial, pondría en marcha la burguesía.

Los años cuarenta fueron especialmente duros para los trabajadores. El avilacamachismo no sólo buscó la reconciliación con las viejas fuerzas que, como el clero político, había sido derrotadas desde los veintes, sino incluso con los

capitalistas nacionales y extranjeros a los que el gobierno de Cárdenas se había enfrentado. Bajo la influencia de la política de «unidad nacional», de las alianzas circunstanciales impuestas por el conflicto, de las posiciones conciliadoras y oportunistas del browderismo y el lombardismo, la izquierda fue incapaz de ofrecer una alternativa, lo que contribuyó a que la industrialización se fincara en el control y aun la congelación de los salarios, bajos impuestos, protección arancelaria desmedida, presupuestos crónicamente deficitarios, facilidades a la inversión extranjera, inflación y altas tasas de explotación del trabajo, todo lo cual elevó la acumulación de capital, y con ella la concentración y centralización de la riqueza en poder de unos cuantos centenares de multimillonarios, de los que la corrupción alemanista llegó a ser un símbolo elocuente.

Terminada la guerra, temerosa de que el deterioro de los salarios y la política antiobrera generalizaran el descontento y conciente de las ventajas que la «unidad nacional» le ofrecía, la burguesía seudonacionalista –representada esta vez por la *Canacintra*– suscribiría un pacto obrero-industrial con la CTM, en el que demagógicamente se declaraba:

> Los industriales y los obreros de México hemos acordado unirnos en esta hora decisiva con el objeto de pugnar juntos por el logro de la plena economía autónoma de la Nación; por el desarrollo económico del país y por la elevación de las condiciones materiales y culturales en que viven las grandes masas de nuestro pueblo [...]

Una vez más las palabras se imponían a los hechos. Y aunque estos comprobaban que la burguesía era incapaz de dirigir un desarrollo autónomo; aunque la realidad exhibía la cada vez mayor dependencia del imperialismo, el enriquecimiento escandaloso de la oligarquía y la explotación creciente de los trabajadores, en el momento mismo en que éstos se aliaban a la burguesía para «defender la soberanía nacional», el Estado abría las puertas al capital monopolista extranjero, frenaba en seco la reforma agraria

y restituía el derecho de amparo a los latifundistas, iniciaba la política del charrismo y aprobaba el Pacto de Río de Janeiro y poco después la creación de la OEA, como si el dejarse arrastrar por la estrategia anticomunista de la «guerra fría» fuese el camino para salvaguardar la independencia y la soberanía nacionales.

En los años cincuenta la lucha de clases se intensifica y el sistema oficial de control del movimiento obrero se ve seriamente amenazado. A las demandas de maestros y telegrafistas sigue una lucha de los ferrocarrileros que culmina con el despido masivo de huelguistas y el encarcelamiento de sus principales dirigentes. En más de una ocasión, a partir de entonces, los trabajadores petroleros y de la industria eléctrica, los obreros textiles, mineros y telefonistas; los de la industria automotriz, los campesinos, maestros y estudiantes libran luchas significativas. En años recientes se fortalece el anticharrismo y se multiplican los sindicatos independientes en los que se rompe con las direcciones oficiales. Tan sólo en el último bienio estallan decenas de huelgas y otros conflictos laborales en empresas importantes como Volkswagen, Chrysler, Nissan, Diesel Nacional, Laminadora Kreimerman, *Cinsa y Cifunsa*, Spicer, Kelvinator, General Electric, Cordemex, Rivetex, Luxor y muchas otras. Pero sin menospreciar tales conflictos y menos todavía las luchas del último cuarto de siglo, el reforzamiento de la política de «unidad nacional», ahora convertida en «Alianza Popular» y la creación de la Comisión Nacional Tripartita, que según los funcionarios del gobierno es el mecanismo ideal para que los patrones y sus trabajadores puedan "concertar intereses y atacar conjuntamente los graves problemas de México [...]"[20] revelan que, pese a todas esas luchas y aun a ciertos avances que no debieran subestimarse, el proletariado mexicano no ha podido liberarse de la ideología burguesa, y en vez de

[20] Porfirio Muñoz Ledo. Revista Mexicana del Trabajo. México, octubre-diciembre de 1972.

confiar en sus propias fuerzas sigue alentando la ilusión de que la burguesía «nacionalista», en el marco institucional del capitalismo, lleve adelante una transformación social en beneficio de las grandes masas.

Abundan los signos que dan cuenta de esa dependencia, incluso concretamente del movimiento obrero, respecto a la ideología y la política de la clase en el poder. En documentos del más alto nivel, presentados en asambleas recientes de la CTM, se reiteran expresiones como éstas:

> La CTM "[...] participa como militante de la Revolución Mexicana, en la materialización de sus postulados, el fortalecimiento de sus filas, la conservación en sus manos del poder público y en la realización de sus programas.
>
> "Somos una organización [...] que siempre ha estado dispuesta a cooperar en el sostenimiento de las instituciones públicas [...]
>
> La CTM pugna por "la consolidación de la alianza popular, el perfeccionamiento del sistema democrático y de las instituciones revolucionarias [...]
>
> "[...] se identifica con el gobierno de la República y con su jefe el señor licenciado Luis Echeverría Alvarez; apoya entusiastamente su política nacional e internacional, reconoce su recia contextura revolucionaria, se suma concientemente a sus propósitos de cambio y transformación [y] coincide en absoluto con el esfuerzo que realiza para crear una nueva sociedad [...]
>
> "Por las razones que anteceden [...] reiteramos y así lo pedimos a nuestra máxima autoridad sindical, la más firme adhesión y activa militancia en las filas del Partido Revolucionario Institucional [...]".[21]

Posiciones similares, ante las que huelga todo comentario, se advierten entre los trabajadores del Estado y los campesi-

CETEME, Números 1184, 1191, 1194 y 1168, en su mayor parte de

nos. En el momento mismo en que se cierra el cerco contra Lucio Cabañas, en las sierras de Guerrero, las organizaciones campesinas agrupadas en el Congreso Permanente Agrario, reiteran su «apoyo irrestricto» al gobierno, acusan a Lucio de «aventurero», «vulgar asesino» y defienden sin reservas al «revolucionario» senador Rubén Figueroa y aun se declaran en pie de lucha para apoyar sin regateos el régimen de derecho que prevalece en nuestro país y para defender aun a costa de nuestras vidas, la dignidad, la respetabilidad y la integridad de las instituciones nacionales que son producto de la Revolución Mexicana [...]".[22]

El peso de la ideología burguesa se deja sentir incluso en las organizaciones que discrepan de las centrales más comprometidas con el gobierno. Aun ellas se ostentan en favor de los «régimenes de la Revolución», el PRI y la «Alianza Popular», pese al carácter burgués del Estado y a que los propios funcionarios repiten a menudo que "grandes núcleos del capital rural, del capital industrial y del capital de distribución tienen un lugar en las filas de la Alianza Popular",[23] lo que sin duda comprueba que se trata de una «alianza» con la burguesía.

De hecho no hay cuestión en la que las ideas de la clase dominante no aparezcan, también, como las dominantes, si acaso matizadas por un tinte pequeñoburgués que incluso las vuelve más engañosas. Según ellas el socialismo es un régimen totalitario. La sociedad mexicana no es ni capitalista ni socialista, sino una economía «mixta» en la que es posible un desarrollo con justicia social.[24] La Constitución de 1917 garantiza el desarrollo «compartido» en bien de todos los mexicanos. El Estado representa los intereses populares y se identifica con la nación en su conjunto.[25]

[22] *El Universal*, 28 de junio de 1974.

[23] Jesús Reyes Heroles. *Excelsior*, 5 de mayo de 1974.

[24] "La Revolución Mexicana no es [...] ni capitalista ni socialis Pertenece al tercer tipo histórico que nació precisamente con la Re ción Mexicana[...]" Luis E. Bracamontes. *El Universal*, 6 de abril de 19

[25] "El Estado –afirma el señor Mario Moya Palencia– no es ur

El trabajador tiene derecho a un salario justo como lo tiene el empresario a una ganancia razonable. Para ganar más sólo es preciso producir más.[26] Considerar a la fuerza de trabajo una mercancía es contrario a los principios humanistas de la Revolución Mexicana. La concentración de la riqueza no obedece al régimen de la propiedad privada y a las relaciones sociales de producción en que descansa sino a fallas en la esfera de la circulación que pueden y deben corregirse. El marxismo-leninismo es una ideología anacrónica y extraña a la idiosincracia de los mexicanos. Frente a la lucha de clases, el PRI, los empresarios y la CTM postulan la estrategia del «esfuerzo concertado» y de la colaboración en la Comisión Tripartita. Los problemas de los trabajadores pueden resolverse y el equilibrio social lograrse a través de un movimiento sindical que exija el respeto de la ley, ya que ésta tutula y protege los intereses de quienes trabajan.

El Derecho laboral expresa los principios de justicia de la Revolución. En la práctica, claro está, suele haber injusticias e inmoralidades. Pero cuando, recientemente, se denunciaban fallas en las Juntas de Conciliación, Fidel Velázquez salta en su defensa y declara que "sabe de la existencia de la inmoralidad, pero no tenemos conocimiento de ningún caso concreto [...]".[27] ¡He aquí al surrealismo mexicano en su apogeo! Fidel Velázquez no conoce ningún caso concreto de inmoralidad que afecte los intereses de los trabajadores. Por qué habría de conocerlo y, menos aún, de denunciarlo. Su actitud recuerda la del asesor patronal

patrón que persiga intereses distintos a los de sus trabajadores, sino que coincide con ellos en ideales y afanes, en perspectivas y empeños, y eso se llama solidaridad nacional [...]", "[...] la alianza del gobierno y el pueblo no es producto del momento sino que es histórica [...]" *El Heraldo*, 30 de marzo de 1974.

[26] Si los obreros desean aumentar su capacidad económica –sostiene del Velázquez en un «comercial» digno de las Academias Vázquez– no mejor camino que la capacitación profesional. *El Universal*, 10 de julio 975.

El Día, 9 de julio de 1975.

Baltazar Cavazos, quien con el derecho a pontificar que suelen arrogarse los doctores universitarios, afirma: En México "No hay desempleo. Lo que sí hay es un montón de obreros incapacitados a los que ningún patrón está dispuesto a dar trabajo".[28] Parecería que la divisa principal de los ideólogos burgueses –incluidos naturalmente los líderes «*charros*»– es: ¡Muera la realidad! ¡Vivan la demagogía y el mito!

Podríamos multiplicar las referencias que comprueban que el reformismo burgués y pequeñoburgués es la posición que mayor influencia ejerce en el movimiento obrero mexicano. Pero acaso sea más útil destacar las diferencias inzanjables entre tal posición y una genuinamente revolucionaria. Antes, sin embargo, quisiera aclarar que el subrayar la influencia ideológica y política de la clase en el poder no significa que menospreciemos las luchas populares y sus avances. Aun aquellas que hasta ahora han sido más espontáneas y modestas, contribuyen a crear conciencia y a preparar a los trabajadores para luchas de mayor envergadura. El mítin, la manifestación, el paro de solidaridad, la protesta han asumido recientemente formas nuevas que abren nuevas y mejores perspectivas. En múltiples lugares empiezan, además, a surgir grupos que, desde posiciones marxistas o al menos desde tal perspectiva y con inquietudes cada vez más definidas en ese sentido, se acercan a los trabajadores, y a menudo surgen en el seno mismo del movimiento obrero, en busca de nuevos y más anchos horizontes, a partir de una línea revolucionaria. Esos y otros esfuerzos están en marcha y probablemente cobrarán mayor impulso en un futuro cercano. Pero lo que no es menos cierto es que el nivel de la lucha de clases, el grado de organización sindical y sobre todo político, la independencia real del movimiento de masas, la presencia del marxismo en su estrategia y en sus concepciones programáticas, son todavía muy insuficientes y acusan un fuerte rezago c

[28] *Excelsior*, 20 de marzo de 1974.

los trabajadores mexicanos, no sólo respecto a los niveles logrados en años recientes digamos por el proletariado chileno, sino incluso uruguayo, argentino, boliviano y aun venezolano, tan sólo por lo que hace a la América Latina.

En una breve, esquemática y tosca comparación podría decirse que lo que esencialmente ditingue al reformismo imperante en las filas del proletariado mexicano y lo que serían algunas de las bases de una estrategia revolucionaria son cuestiones como las siguientes:

Reformismo	*Estrategia revolucionaria*
La sociedad mexicana no es capitalista sino «mixta», pues aparte del sector privado cuenta con uno estatal y uno social cada vez más importante.	El capitalismo ha sido por mucho tiempo y es hoy el modo de producir dominante. Tanto el sector estatal como el llamado social descansan y expresan relaciones capitalistas de producción.
La Revolución Mexicana, hoy tan vigente como siempre, creó un nuevo tipo histórico de sistema social.	Fue una revolución democrático-burguesa que cumplió su misión de consolidar el desarrollo capitalista y el poder burgués y que por tanto no justifica ningún excepcionalismo mexicano.
El Estado nacido de la Revolución Mexicana representa al pueblo y a la Nación.	Es un Estado capitalista, de contenido esencialmente burgués y cuya creciente intervención obedece al propio desarrollo y a las contradicciones del sistema.
El principal obstáculo al progreso es el precapitalismo aún presente sobre todo	El principal obstáculo a un desarrollo independiente son el capitalismo y el impe-

Reformismo	*Estrategia revolucionaria*
en el campo y las «viejas» fuerzas: latifundistas, prestamistas, caciques, etcétera, que la representan.	rialismo, que incluso impiden liquidar las relaciones precapitalistas donde éstas subsisten.
El Estado debe suplir a la empresa privada cuando ésta es incapaz; sólo así podrá superarse el subdesarrollo.	Mientras haya capitalismo habrá subdesarrollo, y ni la empresa privada ni el Estado –menos bajo el capitalismo monopolista de Estado–, podrán resolver las contradicciones más graves del sistema.
El nacionalismo «revolucionario» hará de México un país avanzado e independiente.	Tal nacionalismo, que en otras condiciones históricas fue esencialmente antifeudal y progresista, hoy es en gran parte burgués, reaccionario y anticomunista, y sólo puede aspirar a lograr ciertos cambios en el régimen de dependencia.
La clase económicamente dominante es la burguesía, pero ésta no ejerce el poder político, que está más bien en manos de una «burocracia política».	Si la burguesía no ejerciera el poder político –lo que no quiere decir que cada funcionario público debe ser un conspicuo burgués– no sería la clase dominante, pues la condición y el principal instrumento de su dominio es el poder del Estado.

Reformismo	*Estrategia revolucionaria*
La vía mexicana hacia el progreso es la «alianza popular», alrededor del Estado, el PRI y la burguesía nacionalista.	Sólo la unidad indestructible de los trabajadores, bajo la dirección de la clase obrera y de un partido realmente revolucionario, harán posible la emancipación de nuestro pueblo.
Las reivindicaciones económicas y sindicales son el eje en torno al cual debe girar la política obrera.	La clase obrera debe rebasar tales demandas y llevar su lucha a planos políticos, ideológicos y aun teóricos.
Si el movimiento obrero logra vencer al charrismo será independiente.	Aun venciendo al *charrismo*, sólo podrá ser independiente en tanto no se libre del reformismo y el oportunismo y cuente con una teoría, una estrategia y una táctica revolucionaria.
Para librar a México del atraso y a su pueblo de la pobreza se requieren múltiples reformas en el marco de la ley y de los principios de la Revolución Mexicana.	Ciertas reformas son necesarias pero no suficientes. Ello sólo podrá hacerse mediante una nueva revolución que lleve al pueblo al poder y abra la vía mexicana al socialismo.
La revolución socialista en México es utópica e innecesaria.	Lo utópico es pensar que, sin tal revolución, México puede llegar a ser independiente y su pueblo a librarse de la explotación y la miseria

Reformismo	*Estrategia revolucionario*
Otra revolución, después de la de 1910, sería imposible.	La revolución socialista vendrá cuando, a las condiciones objetivas ya existentes se sumen las condiciones subjetivas aún por lograr.
El imperialismo, que fundamentalmente es una política opresiva se da por igual bajo el capitalismo y el socialismo. Sólo las naciones «pobres», unidas, pueden combatirlo a través de una estrategia nacionalista.	El imperialismo es mucho más que una política: es una fase del desarrollo capitalista, a la que, como lo ha demostrado la experiencia, sólo la lucha revolucionaria y el socialismo pueden vencer.
La lucha social debe tender a mejorar el actual sistema.	Su objeto debe ser sustituir el sistema actual de explotación por una sociedad socialista en que sean los trabajadores, no los patrones quienes en forma planificada decidan y aprovechen al máximo el fruto de su esfuerzo.

Algunos problemas y tareas de la etapa actual de la lucha por el poder.

Si el reformismo y en general la ideología burguesa, no el marxismo ni una ideología proletaria dominan todavía en gran parte a los trabajadores mexicanos; si estamos lejos aun de enfrentarnos a una situación revolucionaria susceptible de convertirse en una revolución triunfante; si las condiciones de la clase obrera y sus más cercanos aliados

exhiben fallas y limitaciones que es menester superar, y si la Revolución Mexicana, la clase dominante y el Estado surgido de ella son ya incapaces incluso de realizar las reformas democráticas que no pudieron llevar adelante ni en los momentos más propicios, todo ello indica que estamos sin duda en una nueva fase de la lucha revolucionaria, en la fase de la lucha por el poder y por el socialismo. Quienes hablan de que ésto es utópico no logran siquiera ocultar que el móvil de su pretendido *realismo* es defender a la burguesía. Pero la lucha por el socialismo recorre a su vez diversas etapas. No es igual antes que después de la toma del poder. Incluso es distinta en la etapa preparatoria, anterior al momento en que surge una situación revolucionaria, y cuando, planteada ya ésta, es preciso asegurar sin demora y resueltamente la conquista del poder. O sea que aun reconociendo que el período que hoy recorremos es apenas el inicio de una larga lucha, ello no invalida la tesis de que las tareas diarias más modestas e inmediatas pueden y deben eslabonarse con una estrategia revolucionaria que lleve al poder y al socialismo.

Si hemos de aprender de la experiencia de otros procesos y en particular de aquellos que triunfaron hasta ahora tenemos que destacar, acaso como el objetivo fundamental de la presente etapa, librar una batalla a fondo contra el reformismo.[29] Podríamos, dejándonos llevar por el entusiasmo, a partir de situaciones aisladas y de las posibilidades

[29] Refiriéndose a las condiciones del movimiento obrero en Italia, escribía Lenin: "El camarada Lazzari dijo: 'Estamos en el periodo preparatorio'. Es la pura verdad. Ustedes están en el periodo preparatorio. La primera etapa de este periodo es la ruptura con los mencheviques, semejante a la que nosotros realizamos con nuestros mencheviques en 1903 [...]" "la primera etapa es la ruptura seria, definitiva, inequívoca y decisiva con el reformismo. Cuando esto se lleve a cabo, las masas se pondrán definitivamente del lado del comunismo. La segunda etapa no es de ningún modo una repetición de las consignas revolucionarias [...] los principios revolucionarios fundamentales deben ser adaptados a las condiciones específicas de los distintos países [...]" *Op. cit.*, Tomo XXXV, p. 368.

que abren para el futuro, dejar de lado los hechos antes apuntados y pensar en tareas más ambiciosas. Pero "[...] al valorar una situación dada, el marxista debe partir *no* de lo posible sino de lo real."[30] Y lo real son, precisamente, esos hechos.

Mientras en el movimiento obrero no se rompa con el reformismo y el oportunismo, con la idea de que el Estado defiende a los trabajadores e incluso con la fe en la supuesta burguesía patriótica y nacionalista en la que tanto tiempo se ha confiado vanamente, será difícil avanzar con firmeza en la lucha revolucionaria: habrá siempre confusión, eclecticismo, compromisos, ilusiones y dominio ideológico burgués y pequeñoburgués, y se reparará más en ciertas contradicciones secundarias que no son las que más afectan a las masas, que en los desajustes más profundos que sí las lesionan gravemente. Mientras el fin principal de la lucha sean ciertas reformas y éstas se conciban como algo que debe convenirse o negociarse con la clase en el poder; mientras se preste más atención a las exigencias del momento y a las tareas circunstanciales que a las necesidades más permanentes de la lucha, a los principios rectores y los objetivos fundamentales, ni podrá aspirarse a la victoria ni será posible adoptar una estrategia revolucionaria o siquiera una táctica eficaz.[31] Mientras el proletariado no comprenda que no sólo por razones políticas de conveniencia sino por consideraciones de rango propiamente histórico, es él y no la burguesía ni el Estado quien debe dirigir, la lucha por el poder carecerá de solidez y de perspectivas reales de triunfo.

[30] V. I. Lenin, *Ob. cit.*, Tomo XXIV, p. 462.

[31] "Al «hacer nuestras» las consignas del reformismo burgués [...] en la práctica en lugar de reforzar debilitamos la posibilidad [...] de tales reformas. Pues la verdadera fuerza que da origen a las reformas es la fuerza del proletariado revolucionario, su grado de conciencia, su unidad y su inquebrantable decisión de luchar [...]" V. I. Lenin. *Ob. cit.* Tomo XII, p. 227.

"El proletariado es revolucionario sólo cuando tiene conciencia de esta idea de la hegemonía y la realiza. El proletariado que tiene conciencia de esta tarea es un esclavo que se rebela contra la esclavitud. El proletariado que no ha adquirido conciencia de la idea de la hegemonía de su clase o que reniega de esta idea, es un esclavo que no comprende su condición de esclavo; en el mejor de los casos es un esclavo que lucha por moderar su condición de esclavo, pero no por el derrocamiento de la esclavitud."[32]

El reformismo es incapaz de crear esa conciencia en los trabajadores. En realidad más bien los hace depender de sus enemigos de clase y al divorciar las reformas de la lucha por el poder y aun al subordinar ésta a aquellas, divorcia la teoría de la práctica, renuncia al socialismo y cae en el pragmatismo y el liberalismo. Mientras las masas no tengan conciencia de la revolución y de su necesidad histórica no podrán entregarse a ella y menos hacerla triunfar. El reformismo se detiene en donde cualquier cambio, por modesto que sea, empieza a afectar a la clase en el poder, a ser un factor de inestabilidad y a estimular la lucha de clases en vez de la conciliación entre ellas.

Al pensar que estamos en una etapa inicial en la lucha por el poder debemos tratar de ser objetivos y tener presente que los caracteres de la realidad y la forma en que se suceden ciertos fenómenos no dependen de nuestras preferencias personales. Pues bien, si las condiciones de que partimos son, a grandes rasgos, las ya señaladas, ¿cuáles podrían ser algunas de las tareas más importantes de la etapa actual? Si hubiera algo que englobara muchas otras actividades y aun permitiera definir los caracteres de este periodo preparatorio, diría que lo esencial es la organización, la organización concebida no como algo formal, como un mero instrumento y menos aún como un mecanismo administrativo o burocrático, sino como la condición para

[32] V.I. Lenin. *Ob. cit.*, Tomo XVIII, pp. 238-39.

darle a las luchas espontáneas y más o menos dispersas continuidad, mayor alcance, formas adecuadas, objetivos precisos y aun bases teóricas que permitan romper en la práctica con el reformismo y el oportunismo y abrir una perspectiva propiamente revolucionaria a los trabajadores. Sin una seria labor organizativa; sin un esfuerzo tenaz, metódico, profundo, del que resulten formas nuevas de lucha y niveles cada vez más altos de actividad, de iniciativa, de disciplina, responsabilidad y conciencia, será muy difícil ganar a las masas al marxismo y empezar a preparar seriamente una transformación revolucionaria.

Sabemos que elevar los niveles de organización a planos muy superiores a los actuales supone un esfuerzo enorme, probablemente de años, que implica múltiples riesgos y que, por su importancia, habrá de tropezar con obstáculos no fáciles de vencer. Sabemos incluso que el sólo hecho de poner énfasis en tareas que si bien son fundamentales no son de las más atractivas y vistosas, dará lugar a que no falten quienes, con ligereza, y hasta dolosamente, menosprecien el reclamo y aun lo presenten como la demostración de que se rehuyen acciones inmediatas que supuestamente podrían llevarnos muy lejos.[33]

Pero ni se trata de volver la organización un fetiche ni de dejar de hacer lo que las condiciones de la lucha misma reclamen y aun vuelvan impostergable, ni se está tampoco, por fortuna, en una situación en la que se parta de cero y todo esté por hacerse. La vanguardia revolucionaria no surgirá de una fórmula ni podrá prefabricarse. Irá cobrando cuerpo y conquistando autoridad en la lucha misma. Surgirá del deslinde teórico e ideológico en torno a cuestiones fundamentales y, al mismo tiempo, será el fruto del reacomodo de fuerzas y de los avances unitarios que se logren en la izquierda, es decir, entre las diversas organiza-

[33] A propósito de tales reacciones cabría aquí, a riesgo de abusar de ello, recordar de nuevo a Lenin: "¡Fortalecer la organización! Nuestros heroes del chillido revolucionario arrugarán con desprecio la nariz ante tarea tan modesta e inocente que no permite «ahora». en el acto, mañana mismo, ningún ruido, ningún estruendo [...]" *Ob. cit.*, Tomo XV, p. 154.

ciones marxistas, o sea socialistas y comunistas cuyas concepciones, programas, compromisos con las masas, capacidad de iniciativa y espíritu de lucha respondan a las exigencias y posibilidades de la acción revolucionaria.

Para avanzar en tal dirección se requiere, en primer término, saber dónde se está. Y el punto de partida en las condiciones actuales de México es todo menos fácil. La burguesía mexicana no es débil ni está en una crisis insalvable. Es una burguesía hábil, que incluso ha sabido capitalizar en su provecho la herencia de la Revolución Mexicana y confundir a las masas con ella. Es una burguesía estrecha, indisolublemente ligada al imperialismo –lo que no quiere decir que no tenga contradicciones con él– pero que pese a su creciente e insuperable dependencia habla de nacionalismo, de independencia y aun de un antimperialismo, que en la práctica se usa esencialmente como arma de negociación y regateo, a la vez que como instrumento de política anticomunista que asimila el socialismo al totalitarismo y aun al propio imperialismo. La ideología burguesa y pequeñoburguesa, como hemos visto, no sólo está presente sino que es la dominante entre el proletariado. Y esto es lo que hace de la organización la tarea central de la lucha revolucionaria en esta etapa, pues sin una organización adecuada, sin cierta capacidad de acción y aun de replanteo ideológico y teórico de cuestiones fundamentales será imposible elevar la conciencia de los trabajadores y ganar la batalla al reformismo. Sin esa organización, nos atreveríamos a añadir sin pesimismo, será incluso imposible advertir los cambios que se produzcan en la realidad y responder a ellos con métodos de acción certeros y flexibles.[34]

Y ¿cómo podría acometerse e impulsarse esa tarea de organización en las actuales condiciones? Acaso el punto de

[34] "[...] sólo los optimistas más cándidos –escribe Lenin– pueden olvidar cuán poco conocen aún las masas obreras los objetivos del socialismo y los métodos para lograrlos [...]; la emancipación de los obreros

partida debiera ser avanzar en el trazo de un programa, que, a partir de la interpretación del desarrollo histórico del capitalismo mexicano y sobre todo de una apreciación rigurosa de su fase actual y de sus más graves contradicciones, aporte los elementos fundamentales para ir forjando la vía mexicana al socialismo. Probablemente aquí también, no faltarán los partidarios del espontaneísmo, de la acción por la acción misma, que ahora aleguen que el programa es secundario, que ya surgirá más adelante y se irá configurando, poco a poco, en la lucha misma. A nuestro juicio esta no es sólo una posición errónea sino reformista. Es el equivalente de la vieja divisa bernsteiniana: "el movimiento es todo, el objetivo nada". El programa, desde luego, no se puede divorciar de la lucha, no es un documento libresco ni academizante. Es la síntesis viva de una concepción teórica que, en vez de presentarse en abstracto se refiere y resulta del examen riguroso de la realidad concreta que aspira a transformarse. Eso es convertir en la práctica al marxismo en una guía para la acción. Sin ello no puede haber una organización revolucionaria digna del nombre, ni un partido que aspire a conquistar un puesto de vanguardia entre los trabajadores.[35] El programa es el puente indispensable entre la teoría y la práctica; sin él es imposible la unidad de una y la otra.

sólo puede ser obra de los obreros mismos; sin la conciencia y organización de las masas, sin su preparación y educación por medio de la franca lucha de clases contra toda la burguesía, no puede haber revolución socialista". *Ob cit.*, Tomo IX, p. 24

[35] "Sin un programa, es imposible que el Partido sea un organismo político más o menos integral, capaz de mantener siempre una línea ante cada uno y todos los virajes de los acontecimientos [...]" "Para construir el Partido, no basta saber gritar «unidad», es necesario tener alguna especie de programa político [...]" V.I. Lenin, en *El Partido Revolucionario del Proletariado,* Editorial ETA, Medellín, Colombia, 1972, pp. 23 y 24.

"[...] antes de emprender cualquier acción, debemos explicar a los militantes del Partido y a las masas la política que hemos formulado a la luz de las circunstancias dadas. De otro modo [...] se apartarán de la dirección de nuestra política, actuarán a ciegas y aplicarán una política errónea". *Ibid.* p. 32.

A partir del programa, que debe contener los elementos tanto de un programa mínimo como de uno máximo, es decir, de una estrategia que permita integrar en una sola lucha las demandas y reformas concretas más inmediatas con los objetivos de mayor alcance ligados a la lucha por el poder y por el socialismo, se está en condiciones de trabajar en el seno de la clase obrera y en general del proletariado sobre bases más firmes y perspectivas más claras.[36] En una situación como la nuestra, con una clase obrera en gran parte mediatizada y aun enajenada, es difícil exagerar la importancia del trabajo teórico e ideológico. A partir de él la lucha no sólo puede intensificarse sino incluso cambiarde calidad. Sin él, en cambio, el reformismo puede fácilmente lograr que la satisfacción de unas cuantas demandas económicas y aun ciertas formas de acción política aparten a los trabajadores del socialismo y los conviertan por largo tiempo en peones al servicio de la clase en el poder. Sin una labor teórica e ideológica intensa es imposible romper con el reformismo y las ilusiones pequeñoburguesas en torno a las doctrinas liberales y solidaristas de la Revolución Mexicana. Lo que quiere decir que en una etapa como la presente tiene gran importancia la labor de esclarecimiento, de discusión, de propaganda, de proselitismo y agitación; pero ello, de nuevo, requiere cierto nivel de organización que permita contar con una prensa revolucionaria medianamente integrada, que abarque des-

[36] "Pero ¿qué significa la «unidad de acción»? ¿Qué significa decir que el objetivo último, esto es, la conquista del poder a fin de crear una sociedad socialista debe perseguirse incluso en la lucha diaria? Que el criterio rector de cada acción del movimiento obrero, tanto sindical como política debe ser siempre avanzar hacia esa meta [...] Si [...] adoptamos el punto de vista burgués que atomiza la sociedad, que ve cosas en vez de procesos y trata de evitar las contradicciones aislando los fenómenos; si aceptamos que todo existe por si mismo al margen de la realidad como un todo e ignoramos sus nexos con el proceso histórico, entonces cualquier regateo es posible para el movimiento obrero, pero al precio inevitable de abandonar su carácter socialista [...]" Lelio Basso. *Rosa Luxemburg, a reappraisal.* Londres, 1975, p. 26.

de publicaciones teóricas y materiales de análisis serios que se editen puntualmente, hasta revistas y diarios de orientación y estímulo a la acción política inmediata. Y ello es comprensible porque, sin un caudal de ideas, de respuestas concretas y esclarecedoras, de explicaciones rigurosas y oportunas a situaciones complejas y cambiantes, de experiencias derivadas de la lucha misma, de elementos, en fin, que enriquezcan y refuercen las posiciones de los trabajadores y amplíen sus posibilidades de enfrentamiento a los problemas cotidianos, es muy difícil elevar la conciencia revolucionaria.

La labor sistemática, a menudo modesta y callada de organización, proselitismo y propaganda principalmente entre los trabajadores es, sin menoscabo de otras tareas, insustituible. Es la diferencia entre cruzarse de brazos en espera de que surja una situación revolucionaria y prepararse día a día para contribuir a hacerla posible y, llegado el caso, saber aprovecharla. De ella suelen depender las posibilidades de una organización independiente y apoyada sólidamente en las masas, en la creciente comprensión de éstas de los problemas que las aquejan y de las causas más profundas que los determinan. Lo que nunca debe hacerse es divorciar las grandes metas, propiamente históricas, de la lucha revolucionaria, de las formas concretas que adopta la explotación del trabajo y de las justas protestas y exigencias de los trabajadores, y menos todavía en un periodo de crisis como el actual, en que el descenso de la actividad, la inflación, el desempleo y la decisión de la burguesía de contrarrestar la tendencia descendente de la tasa de ganancia se traduce a menudo en una más intensa explotación del trabajo,[37] y algo similar podría decirse de la necesidad de conocer las formas específicamente más importantes que

[37] "Abandonar los programas económicos significa abandonar las causas económicas que empujan a las masas del pueblo aplastado, atemorizado, ignorante, a una lucha ingente, abnegada y sin paralelo. Significa abandonar a las masas, dejando en pie solamente una pandilla

adopta la lucha de clases. Si ante las dificultades para determinar rigurosamente tales formas de acción las sustituimos por burdos esquemas, por generalizaciones endebles y apresuradas e incluso por estereotipos, verdades a medias y lugares comunes, pronto tendremos que pagar el precio de tal error. En particular, es preciso conocer a fondo el contenido y alcance de las luchas y las reivindicaciones obreras y populares, distinguir lo que en ellas hay de fundamental y de secundario, de permanente y circunstancial, de genuino y de artificial, y aun reexaminar a fondo los problemas y situaciones que han dado origen a esas demandas como condición para que los trabajadores rebasen las posiciones burguesas y pequeñoburguesas y abracen la causa del socialismo.[38]

La vanguardia proletaria sólo podrá crearse y cobrar fuerza en la lucha contra el oportunismo, contra las posiciones verbalistas que se disfrazan de marxistas y que, con el mayor desembozo, ceden en cuestiones de principio y confunden la unidad de las fuerzas revolucionarias con la subordinación a la burguesía al amparo de la «unidad nacional», la «alianza popular» u otras similares.[39] Por eso es importante hacer comprender a los trabajadores que el actuar, no digamos el organizarse políticamente, no consiste en afiliarse al PRI o a un partido pequeñoburgués y someterse a una dirección sin perspectivas y extraña a sus intereses de clase. La verdadera accción política consiste en prepararse, en tomar conciencia, en aprender de la lucha diaria y de las grandes movilizaciones populares y en saber actuar frente a las contradicciones más graves en cada

de declamadores intelectuales, suplantar la política socialista por la declamación liberal". V.I. Lenin. *Ob. cit.*, Tomo XI, p. 464.

[38] "[...] si al evaluar los periodos revolucionarios nos limitamos a determinar la línea de acción de las distintas clases sin analizar sus formas de lucha, nuestro juicio será incompleto, desde el punto de vista científico no será dialéctico, y desde el punto de vista político práctico degenerará en razonamientos muertos [...]" V.I. Lenin. *Ob. cit.*, Tomo XV, p. 50.

[39] "La lucha contra el imperialismo que no está indisolublemente

etapa. O sea que no se trata de adiestrarse para una batalla trascendental pero remota e incierta. Los trabajadores aprenden sobre la marcha, se educan en la lucha misma, sobre todo cuando es realmente revolucionaria. Allí es donde conocen al enemigo, miden sus propias fuerzas, descubren sus debilidades y adquieren la disciplina, la voluntad y la iniciativa para superarlas. Y el organizarse consiste también en conocer profundamente la realidad en que se actúa, en comprender que esa realidad siempre es cambiante y en ajustar oportunamente los métodos de lucha a esos cambios, en no dejarse engañar por las apariencias, en estimular la iniciativa de las masas, en librarse de los métodos de trabajo artesanales e ineficientes, en llevar los programas a la práctica, en saber aprovechar la legalidad y la lucha democrática, por precarias que sean, y en comprender, a la vez, que en un momento dado la burguesía no tiene empacho en tirarlas por la borda; en aumentar, en fin, la capacidad de acción propia y de solidaridad y de apoyo mediante posiciones genuinamente críticas y autocríticas que permitan superar la rutina, la inercia y las más graves fallas. Que todo ello es difícil y que, en tal perspectiva, el logro de altos niveles de organización es sin duda una meta ambiciosa, ciertamente. Pero si se parte de una correcta evaluación de la capacidad de las masas y se comprende que esta no es un parámetro ni un tope inflexible sino una variable que aumenta con la lucha misma, se entenderá que el alcanzar los objetivos antes señalados es perfectamente viable. Tan viable como avanzar hacia la revolución.

El que el triunfo final esté todavía lejos no debiera ser causa de desánimo, de desaliento ni menos de desesperación. En un país como el nuestro, con fuertes contingentes pequeñoburgueses a los que sería erróneo menospreciar y una todavía precaria y débil base obrera en el movimiento

ligada a la lucha contra el oportunismo es una frase hueca o un engaño [...]" V. I. Lenin. *Op cit.* Tomo XXIV, p. 88.

revolucionario la lucha es aún más difícil, oscilante e inestable, y más difícil también crear la práctica de un trabajo disciplinado y sistemático. Seguramente nadie comprende mejor tales cosas que los propios trabajadores, a quienes por esa y muchas otras razones no se les debe engañar, ofreciéndoles como realidad un espejismo.

Donde no hay una organización revolucionaria o ésta es muy débil el curso de la revolución tiene que ser lento y difícil y aun puede no llegar a realizarse. El revolucionario debe saber ponderar la correlación de fuerzas y actuar en consecuencia, sin sustituir la realidad por los buenos deseos. Que aun así se cometerán errores y fallas: naturalmente. Y tras ellos vendrán los críticos de salón, los jueces implacables y pontificiales de la izquierda que la acusan a menudo de ser torpe, de estar dividida, de no tener sentido práctico, de ser sectaria y no aceptar tal o cual reforma palaciega así se trate de meras limosnas. Desde luego ellos nunca se equivocan; como no actúan, no piensan, no escriben, no viven los problemas que la lucha, por modesta que sea, plantea; sólo intrigan y despostrican.

La lucha siempre entraña riesgos y supone enfrentarse a situaciones difíciles y aun imprevisibles que suelen causar serios tropiezos y aun llevar a la derrota. Como Marx solía decir: "La historia universal sería muy fácil de hacer si la lucha sólo se aceptase con la condición de que hubiese perspectivas infaliblemente favorables". Pero la historia no es así. Y sin embargo sólo el hombre, a través de su acción, o la acción revolucionaria, puede hacerla.

IX

UNIDAD, ALIANZAS Y LUCHA DE CLASES*

La doctrina oficial de la unidad

Los tiempos que corren son, al menos para el capitalismo, tiempos de crisis; de crisis general y cíclica, económica y social; de graves desajustes internos e internacionales; de inestabilidad política y debate ideológico; de resquebrajamiento de una endeble y mezquina moral que si bien expresa esencialmente los intereses de una clase y un sistema en decadencia, con empeño ejemplar pretende imponer la burguesía como el único código compatible con la dignidad del hombre y la salud de la sociedad.

A medida que la clase en el poder comprueba su incapacidad creciente para resolver las más graves contradicciones capitalistas, refuerza y dramatiza sus llamados a la unidad, a la solidaridad y la cooperación, a cerrar filas para encarar problemas que de agudizarse podrían volverse focos de inquietudes, descontento y aun explosiones incontrolables. En todas partes se reitera que la unidad es la consigna de esta hora. Unidos, se asegura, podremos vencer los mayores obstáculos.

La burguesía mexicana nunca ha menospreciado la significación de la unidad. En los últimos decenios concretamente, ha estado siempre en el centro de su arsenal ideológico y de su estrategia política. Avila Camacho gobernó, en la primera mitad de los años cuarenta, con la divisa de que sólo la "unidad nacional" permitiría sortear los problemas creados por la segunda guerra mundial. Miguel Alemán, temeroso de que el restablecimiento de la paz se

* Publicado en la revista ESTRATEGIA, No. 13, México, enero-febrero 1977.

tradujera en una presión de los trabajadores para rezacirse en alguna medida de los sacrificios que la burguesía les había impuesto durante el conflicto bélico, hizo suyo sin reservas el anticomunismo de la política de "guerra fría" y promovió un pacto obrero-patronal que supuestamente llevaría a una industrialización capaz de unir las fuerzas y armonizar los intereses de capitalistas y trabajadores. Ruiz Cortínes defendió una y otra vez la conciliación de clases, y al concluir su gestión, en 1958, llamó a "obreros y campesinos, industriales, comerciantes y banqueros" a fortalecer la solidaridad y la "unidad nacional" ante "las agitaciones antipatrióticas y perturbadoras". López Mateos no quedó atrás. Aun en los momentos en que la represión oficial fue más violenta caracterizaba su política como de "extrema izquierda dentro de la Constitución", sugiriendo que, quienes como Vallejo, Campa y otros dirigentes obreros estaban a la izquierda del gobierno, demostraban así que su lucha era ilegal y subversiva. Incluso Gustavo Díaz Ordaz, que con la masacre estudiantil de Tlatelolco liquidó toda posibilidad de cualquier política unitaria, abandonó el poder sin dejar de defenderla verbalmente y aun logró que los políticos del PRI, con increíble capacidad de adulación, la exaltaran como indispensable para vigorizar el "frente nacional".[1]

El presidente Echeverría habló continuamente del "desarrollo compartido" y la "alianza popular", señalando que las "dos vertientes fundamentales" que unen a los mexicanos, el pacto que expresa su unidad, son la justicia y la libertad. Estamos, resumió al final de su gestión, "unidos en lo

[1] Al glosar el VI y último Informe de Díaz Ordaz al Congreso de la Unión, Rodolfo Echeverría Ruiz, por ejemplo, diría emocionado: "Es la restauración de nuestros valores nacionales... Con Gustavo Díaz Ordaz, México ha conocido otras dimensiones y ha ejercido nuevos derechos..." "...el gobierno de Díaz Ordaz ocupa ya un sitio de honor en la historia de nuestra Revolución". "Su vuelo histórico, iluminado por las miradas de sus conciudadanos, lo conduce ya hacia ese lugar privilegiado donde para siempre viven los patricios de la República. *El Día*, septiembre 9 de 1970.

esencial", y la preservación de esa unidad depende del ejercicio de los derechos y deberes consagrados en las leyes.[2]

El ideario de José López Portillo no difiere esencialmente del anterior. "La solución somos todos", más que una frase aislada o una mera divisa electoral es la síntesis de una concepción política que, desde hace mucho tiempo, se inscribe en la plataforma ideológica de la burguesía mexicana, aunque, en rigor, no es fácil precisar su alcance.

"La solución somos todos –nos dice un dirigente del PRI– es el compromiso histórico donde cada mexicano acepta reflejarse en los demás [...]"; "la Revolución Mexicana se dirige al hombre concreto y en él concentra toda su solidaridad [...]" "La solución somos todos: autoridad y libertad no son más que dos ideales en cuyo punto de equilibrio debe situarse al hombre real [...]" "Se trata, en suma, de mirar hacia un [...] destino que nos permita creer en cada mexicano como *solución* integral y sólo en aquellas soluciones que tengan en cuenta el valor esencial de cada mexicano".[3]

¿Qué significa todo esto? Probablemente algunos de nuestros lectores, más familiarizados que el que esto escribe con ese retórico lenguaje, lo sepan; pero de mi parte sería pedante decir que yo lo entiendo.

López Portillo no repite mecánicamente lo dicho por otros presidentes o por sus colaboradores más cercanos. Sus posiciones frente al problema de la unidad exhiben matices y rasgos propios que corresponden a una nueva, y podría añadirse más grave situación, y a otro nivel de la lucha de clases. Su doctrina no niega la existencia de ciertas contradicciones.

"Como sociedad compleja –afirma en el discurso de cierre de su campaña electoral– nos encontramos llenos

[2] Véase: "Unidos en lo esencial". *Cuadernos de documentación política del PRI*, No. 5, 1976.

[3] "La campaña y el modelo del país a que aspiramos", *La República*, No. 382, Junio de 1976.

de contradicciones y luchas. Como pueblo, vivimos un pacto de unidad en las conciencias [...]" Y hablando de las luchas e insuficiencias, añade: "Nunca las negamos y menos la lucha de clases. Sería infantilismo democrático o nacionalismo aberrante. No sacrificamos por la unidad nacional el derecho a liberarse de la explotación [...]".[4]

Parecería incluso que el actual presidente reconoce que la lucha de clases es el motor de la historia y que la explotación exhibe una contradicción antagónica que rebasa el marco del democratismo y el nacionalismo burgueses. Pero no es así; y sus palabras no dejan lugar a dudas.

"Por vocación mestiza –señala el entonces candidato López Portillo– no queremos destruir, sino fundir los opuestos." Todas las controversisas, todas las luchas, incluída desde luego la de clases, pueden y deben resolverse en el marco de la ley y mediante la solidaridad. "La solidaridad nacional es el ámbito en el que la lucha se puede resolver como derecho, en el esfuerzo del equilibrio dinámico de los factores de la producción, puestos en el ajuste permanente de la circunstancia regida por la ley...".

El capitalismo mexicano garantiza supuestamente la libertad. "...pero también y además podemos aspirar a la justicia de un Estado de servicio que, como el nuestro, viva el esfuerzo de la democracia social. Nuestro Estado, hay que precisarlo, es nacional y no burgués".[5]

En su mensaje inaugural, el ya presidente López Portillo no habla expresamente de la lucha de clases, pero redondea y precisa su posición sobre la unidad y el alcance de esa lucha:

"Comprender que toda realidad está hecha de contradic-

[4] José López Portillo, "Hemos captado el sentir de la nación". México, 27 de junio de 1976. *Publicaciones oficiales del PRI.*

[5] *Ibid.* pp. 5, 7 y 8.

ciones –nos dice–; entenderlas como problema es nuestro imperativo". "[...] mi responsabilidad es cuidar la unión de los mexicanos, que sin ella no habría más México [...]" "No estamos unidos –aclara– para que unos pisen y se encaramen sobre otros; ni para facilitar explotación y abusos; ni para que pocos se salven y muchos se hundan; acordamos la unión para superar con su fuerza los riesgos de la vida, conservarnos, perpetuarnos, perfeccionarnos [...]".

Y al ponderar las más graves contradicciones a las que habrá de enfrentarse la estrategia oficial, o sea la renovada, democrática y popular "alianza para la producción", el presidente López Portillo hace un señalamiento que complementa los anteriores y define mejor el alcance y la proyección de esa estrategia.

"A los factores de la producción, obreros y empresarios, les preciso que el problema principal no se da entre ellos sino entre todo el aparato productivo de la nación como tal y el exterior. Sería necio suponer que la respuesta es el enfrentamiento que reduce o hasta cancela nuestra capacidad de producción y competencia como país. "Ello –que quede claro– no soslaya el conflicto social ni impide el arreglo equilibrado entre factores [...]".[6]

La posición oficial parece pues bastante clara:

1) En la sociedad mexicana hay contradicciones y aun lucha de clases. Lo que significa que nuestra vida social no se desenvuelve lineal ni por fuerza armónicamente, y que esa lucha no es después de todo, como los más prejuiciosos e ignorantes lo siguen creyendo, un invento de los comunistas para molestar a los empresarios, agitar y subvertir el orden.

2) Según la doctrina que examinamos no hay contradicciones propiamente antagónicas. Aun las más graves pue-

[6] *El Sol de México*, diciembre 2 de 1976, pp. 8 y 10.

den resolverse mediante la negociación, la cooperación y la aplicación de la Ley, sin que sea preciso que una de las partes en conflicto se imponga sobre la otra. Lejos, por tanto, de que sea la lucha de clases la única capaz de resolver las contradicciones del capitalismo mexicano, la unidad nacional y la solidaridad son los medios para solucionar todos los problemas en el marco del "equilibrio dinámico de los factores de la producción...".

3) Las contradicciones –aunque nunca se es muy explícito al respecto– no son todas del mismo rango. Y contra lo que postula, por ejemplo, el materialismo dialéctico, las principales no son internas ni estructurales sino más bien externas y siempre susceptibles de resolverse. La opinión del presidente López Portillo es elocuente. Para él, como ya vimos "...el problema principal no se da entre ... [obreros y empresarios], sino entre todo el aparato productivo de la nación como tal y el exterior." O en otras palabras: la contradicción entre el capital y el trabajo es secundaria. La principal es la existente entre la economía nacional y la economía internacional, entendida ésta como el resto del mundo, y sin que siquiera se repare en la enorme diferencia ni en las contradicciones existentes entre las potencias imperialistas y los países socialistas.

4) La solución de los problemas, sin embargo, no es espontánea. Para asegurar la justicia propia de una "democracia social" como la mexicana se requiere la acción del Estado. Un Estado burgués sería incapaz de acometer con éxito tal tarea. Pero el Estado mexicano, ya se dijo, "no es burgués". Es un Estado nacional que expresa y sirve los intereses de toda la nación. A este Estado neutral toca, pues, lograr el equilibrio social interno como medio para resolver los problemas que el resto del mundo impone a nuestra economía,

5) Es decir, si patrones y trabajadores –que según la versión oficial van siempre en el mismo barco y no en direcciones opuestas– se unen y apoyan mutuamente bajo

la coordinación del Estado, y juntos todos hacen frente a los problemas que el resto del mundo nos plantea, encontraremos pronto una salida a la crisis, superaremos los obstáculos más inmediatos y más tarde podremos dirimir nuestros desacuerdos y conflictos internos. En pocas palabras, la estrategia unitaria de la burguesía mexicana consiste en confundir a los trabajadores, en someterlos a los intereses y a la ideología de la clase en el poder, en hacerles aceptar como revolucionario el nacionalismo burgués y en ganarlos a la tesis de que, lejos de que la agudización de la lucha de clases y la revolución puedan resolver la contradicción entre el capital y el trabajo, es el acercamiento, el mayor acuerdo posible y el equilibrio entre uno y otro lo que se requiere para tal fin. Lo que equivale a sugerir que no son el capitalismo y la explotación las fuentes del conflicto social, el subdesarrollo y la crisis, sino más bien la lucha de clases, la que empero puede mitigarse mediante una política conciliatoria del Estado.

La izquierda y la unidad

No pretendo evaluar en este artículo los tropiezos y avances de la izquierda mexicana en la lucha por la unidad. Me propongo tan sólo recordar algunas de las condiciones que esa lucha debe satisfacer. Mas aun así, conviene tener presente que a últimas fechas parece haberse progresado tanto en la aglutinación de ciertas fuerzas como, acaso sobre todo, en la comprensión de la importancia de la unidad para llevar adelante la lucha revolucionaria. Entre los esfuerzos recientes en que el objetivo de la unidad se subraya con mayor énfasis podrían señalarse los que sigue:

– La decisión del Partido Comunista y otras organizaciones de participar con candidatos propios en la última campaña presidencial y el llamado a unificarse en torno a una plataforma electoral que planteó la lucha por la libertad política como la consigna para movilizar e incorporar a las masas;

– El nacimiento del Movimiento de Insurgencia Obrera, Campesina y Popular, apoyado principalmente por la Tendencia Democrática del SUTERM, el SPAUNAM y otras organizaciones, que aparte de coincidir en la defensa de ciertas reformas y reivindicaciones democráticas, creó hace unos meses el Frente Nacional de Acción Popular y convino en elaborar un programa que defina mejor sus objetivos así como los medios a través de los cuales pretenden alcanzarlos;

– La coincidencia bastante amplia, incluso entre organizaciones que mantienen divergencias con otras de la izquierda –como ocurre por ejemplo con la llamada Asamblea Nacional del Partido Comunista Mexicano, el PST y el MAUS–, en torno a ciertas acciones antimperialistas y por la paz;

– El propósito de cerrar filas ante la crisis económica y aun de avanzar en el trazo de una alternativa popular y revolucionaria frente a la política de la burguesía y el Estado. Un interesante avance en tal sentido es el esfuerzo desplegado por varios sindicatos independientes como Volkswagen, Diesel Nacional, Nissan Mexicana, Hulera Euzkadi, Aeroméxico, Singer, Acros, Rivetex y otros. (Véase el documento publicado en Excelsior, el 21 de diciembre último).

– El reforzamiento de la lucha contra la inflación y los estragos que en la mayoría del pueblo entraña la devaluación del peso, de preferencia alrededor de las demandas de aumento de salarios;

– La lucha que se libra en el seno del PPS, y el intento de la corriente encabezada por Gazcón Mercado, de que el partido abandone su actual política de subordinación respecto al PRI y busque su unidad mediante una acción consecuente con sus principios y que lo acerque a la izquierda y no a la clase en el poder;

– Y la cada vez mayor preocupación por conocer mejor la realidad y enriquecer el trabajo teórico como condiciones indispensables para forjar una estrategia y una táctica revolucionarias que contribuyan a unificar y fortalecer al

proletariado, así como a ganar a todas aquellas fuerzas que, en la etapa actual del capitalismo mexicano, pueden ser los principales aliados.

Son varias las razones que intervienen para que incluso quienes tienden a menospreciarla, comprendan hoy mejor la significación de la unidad. Los avances incuestionables del socialismo, la victoria ejemplar del pueblo vietnamita sobre el imperialismo norteamericano, el triunfo de la revolución en Angola, las enseñanzas inapreciables del proceso revolucionario cubano, el reforzamiento de la izquierda italiana y también, desde luego, los reveses sufridos en Bolivia, Chile, Uruguay, Argentina, Portugal y otros países, influyen en esa dirección. El agravamiento de la crisis del capitalismo y el interés de las grandes potencias de descargar sus efectos no sólo sobre los trabajadores de cada una de ellas sino sobre los pueblos de los países atrasados, eleva la conciencia antimperialista y refuerza también la lucha por la unidad. Y a ello se agregan hechos internos como el crecimiento de la clase obrera y en general del proletariado, el ascenso de la lucha de masas, el descontento ante el «charrismo», la severidad de la inflación y el encarecimiento del costo de la vida, los desajustes provocados por la devaluación del peso y la convicción cada vez más generalizada de que el régimen electoral y el funcionamiento interno del Estado y las empresas gubernamentales, los sindicatos, las organizaciones campesinas, las universidades, o sea la vida pública toda del país debe democratizarse.

Sin dudar de la importancia de algunos de los esfuerzos unitarios desplegados recientemente por la izquierda y de lo alentadores que son ciertos avances, también se observan limitaciones y fallas que sería un error soslayar. Con frecuencia, por ejemplo, se advierten posiciones que aun siendo probablemente sinceras –aunque otras, desafortunadamente, son demagógicas– se dejan llevar por el entusiasmo y aun por la inercia, se apartan de la realidad y caen en el subjetivismo, se traducen en consignas superficiales y aun

en lugares comunes que acaban por repetirse mecánicamente hasta perder toda eficacia, exageran la significación de ciertas acciones y menosprecian e ignoran la dimensión real de los obstáculos a superar.

A menudo se plantean demandas y defienden consignas que ni son las más importantes ni las que responden a las más genuinas aspiraciones del pueblo; a veces se confunde la unidad revolucionaria con la celebración de acuerdos circunstanciales que se establecen de arriba abajo y sobre bases muy endebles, que ante el menor problema exhiben su inconsistencia. En ocasiones se cae en extremismos igualmente inaceptables, que o bien defienden la unidad por la unidad misma, despojándola de todo contenido político profundo y aun renunciando a principios fundales, o bien llevan al aislamiento, el sectarismos, el menosprecio y aun la exclusión de fuerzas a las que debería atraerse sin vacilaciones. En fin, las acciones ocasionales y de más corto alcance suelen merecer mayor atención que otras más importantes, los criterios conforme a los cuales se procede se antojan a menudo más pragmáticos que programáticos, los caminos más difíciles pero también más prometedores se rehuyen ante los más fáciles, el acuerdo táctico incluso con organizaciones y elementos con los que se tienen profundas divergencias parece interesar más que la unidad de las fuerzas propiamente revolucionarias, y el debate teórico se descuida hasta el punto de que aun cuando se subrayan ciertos acuerdos en torno a acciones concretas, se dejan ver profundas discrepancias sobre cuestiones decisivas. Incluso suele ocurrir que, careciéndose de un programa común y no habiendo siquiera discusiones previas suficientemente amplias, rigurosas y esclarecedoras, aun quienes se comprometen a actuar en ciertas direcciones no podrían precisar ni el margen de acuerdo ni las discrepancias con los demás. De ahí que no sea extraño que en momentos en que la lucha se intensifica, afloren reveladoras e inesperadas diferencias aun sobre cuestiones fundamentales como la determinación del enemigo principal, los posibles aliados, al carácter de las

llamadas "fuerzas democráticas", el alcance e incluso la existencia misma de la oligarquía, el papel de la burguesía "nacional" y del Estado, la ubicación del imperialismo y las contradicciones propias de la fase actual del capitalismo mexicano.

La unidad del proletariado

¿Puede un movimiento revolucionario, sin la presencia militante y la firme unidad de la clase obrera conquistar el poder, retenerlo en los momentos más difíciles, sustituir la dictadura burguesa por la de los trabajadores y crear las condiciones indispensables para recorrer con éxito la fase de transición, hasta implantar el socialismo? Evidentemente, no. Sin una clase obrera que tome resueltamente a su cargo la responsabilidad central de la lucha bajo la dirección de un partido revolucionario, es imposible incluso cubrir el difícil camino que precede a la toma del poder. Y aun si la unidad obrera se consigue hay otras condiciones que deben también satisfacerse. Pero antes de considerarlas conviene precisar qué supone la unidad de los trabajadores.

Partimos de una base que, más que una mera hipótesis es un principio esencial de la teoría revolucionaria confirmado una y otra vez en la práctica: bajo el capitalismo, en general, y concretamente bajo el capitalismo mexicano, la clase obrera es hoy el eje del proceso revolucionario. Sabemos que no faltan quienes ponen en duda tal aserto; quienes ganados por la impaciencia, el eclecticismo y aun la frustración, niegan la misión histórica de la clase obrera y piensan que en los países subdesarrollados, en particular, el proletariado es pequeño y débil. Pero este no es caso de México.

De los 12 millones de asalariados con que actualmente cuenta el país cerca de 8 son, propiamente, trabajadores urbanos y rurales, y casi un tercio de ellos, obreros. El número de éstos es ya muy importante. Pero la clase obrera

es también la más productiva, la que más contribuye a crear la riqueza y el ingreso nacionales, la más explotada por el capital monopolista nacional y extranjero, la menos dispersa económica y geográficamente, la más capaz de entregarse con firmeza y decisión a la lucha revolucionaria. Y aunque su papel no es aún el que está históricamente llamada a jugar, sería erróneo restarle importancia y caer en la posición de quienes, porque las cosas no son como ellos quisieran, *inventan* nuevas fuerzas sociales –los estudiantes, los intelectuales, los técnicos, los científicos, los administradores, la burocracia gubernamental– que supuestamente tomarán el lugar de los trabajadores.

Lo que no es menos cierto, empero, es que mientras no haya unidad en el seno de la clase obrera, unidad ideológica, teórica, estratégica y organizativa, tampoco podrá haber un cambio revolucionario. Y ¿la hay entre los obreros mexicanos? Lamentablemente no. Lo que hay es una profunda división cuyos principales beneficiarios son la gran burguesía y, sobre todo, la oligarquía. ¿Por qué? Por muchas razones: su heterogenidad, el todavía muy reciente origen y aun carácter rural de centenares de miles de trabajadores, la fuerte influencia artesanal y pequeñoburguesa en sus filas, su relativa dispersión, el bajo nivel educativo y cultural predominante, la debilidad y aun la ausencia de organización sindical, el peso del desempleo y el subempleo, la influencia que ejerce un desarrollo capitalista profundamente deforme y desigual y aun ciertas relaciones precapitalistas; y, sobre todo, porque la clase obrera carece de independencia y está en su mayor parte, todavía política e ideológicamente controlada y sometida al poder burgués. Y si a ello se añade la corrupción reinante, el empleo de todos los métodos incluyendo los policiacos y represivos para impedir que los trabajadores se unifiquen, y por otro lado la división en la izquierda y aun en el seno del movimiento comunista internacional, y la incapacidad de los revolucionarios para ganar al grueso de la clase obrera a las posiciones políticamente más avanzadas, se entenderá mejor por qué las cosas son como son, y por qué los

trabajadores mexicanos, bajo la influencia de posiciones burguesas y pequeñoburguesas, aun no comprenden la necesidad de la revolución ni del socialismo. Y si en la clase obrera no hay unidad menos podría haberla en otros segmentos del proletariado, entre los empleados, los campesinos, los estudiantes o los pequeños productores urbanos.

La burguesía mexicana utiliza, hemos dicho, los más variados medios para obstaculizar la unidad: el anticomunismo, el nacionalismo, el liberalismo, el reformismo, el oportunismo, y en ciertas condiciones incluso el terrorismo y otros ismos. Los utiliza para confundir, para mediatizar, para amedrentar, inmovilizar y, en última instancia, para dividir a los trabajadores. Y en tanto ella, pese a que no es homogénea ni mucho menos monolítica, sabe a quién enfrentarse y por qué, los obreros, e incluso los partidos y organizaciones que intentan ser su vanguardia carecen de un programa común que les permita definir el carácter y alcance de la lucha de que son protagonistas, sus principales metas y al menos el enemigo principal al que tratan de vencer.

La unidad y el programa

No repetiré aquí lo dicho recientemente en otro artículo, sobre la importancia decisiva del programa.[7] Me limitaré a subrayar que sin él no es posible unificar a los trabajadores ni triunfar en la lucha por el poder y, menos aún, por el socialismo. No lo es porque salvo que se trate de acciones concretas aisladas, inmediatas y de poca monta, sin la unidad es imposible forjar la fuerza que la lucha revolucionaria reclama. Pero nadie se une sin saber por qué ni para qué. Sin programa, sin bases claras y propósitos definidos, sin siquiera conocer el alcance de los compromisos que se

[7] Véase en este mismo volumen: "Bosquejo de un programa antimonopolista".

contraen es muy difícil y aun imposible unir a los partidos y organizaciones que han de formar la vanguardia proletaria, y sin ésta ni puede haber unidad obrera ni puede vencerse a la burguesía.

Formular un programa no consiste en listar de prisa unas cuantas reivindicaciones y acciones comunes. Consiste en conocer el terreno en que se lucha, en situar ésta en una justa perspectiva histórica, en descubrir y tratar correctamente las contradicciones, en determinar con precisión las metas, en saber quién es el principal enemigo y por qué, y en conocer y ganar a los mejores aliados.

Acaso lo más importante es descubrir y tratar correctamente las contradicciones. Si esto no se logra el materialismo dialéctico se convierte en la práctica en un materialismo mecanicista y vulgar que, en el mejor de los casos, toma parcial e incluso estáticamente de la realidad tan sólo alguno de sus elementos. Pues bien, las contradicciones no se dan en abstracto, en el vacío; surgen, se desenvuelven y condicionan el desarrollo de procesos reales, y cambian en el curso de los mismos. Lo que quiere decir que para actuar sobre ellas, y en particular sobre las más graves, no basta comprender la dinámica global del sistema sino que es preciso determinar y conocer a fondo la fase que recorre el capitalismo, concretamente en nuestro país.[8]

Es obvio que todo ello sobra para la burguesía y sus ideólogos, que sin el menor empacho tiran por la borda el análisis teórico del proceso social y, ante la ya probada

[8] "Para formular las tareas programáticas del movimiento obrero de un país, su partido comunista analiza ante todo la fase actual de desarrollo del capitalismo, sus formas y manifestaciones específicas dentro de los límites nacionales, así como la situación internacional en su conjunto... el análisis económico y político general se combina con el estudio de los rasgos específicos que presenta la fase dada de desarrollo económico-social de un país concreto". "El análisis de la nueva fase de desarrollo y agudización de las contradicciones capitalistas es la quintaesencia de la teoría leninista del imperialismo". *Problemas del Movimiento Comunista. Algunas cuestiones teóricas y metodológicas*. Moscú, 1975, pp. 79 y 82.

ineficacia de la "mano invisible", se limitan a confiar en la nueva magia de la economía "mixta", el "equilibrio dinámico de los factores", la "cordinación tripartita", la "unidad nacional" y la "alianza popular para la producción". Incluso en la propia izquierda hay quienes, ante las dificultades que plantea el examen de la realidad se conforman con burdos esquemas que hacen de la teoría una colección de rígidos dogmas y fórmulas muertas.

Para actuar políticamente en el México de hoy no basta saber que vivimos bajo el capitalismo; es menester –conviene subrayarlo– precisar bajo qué tipo de capitalismo y en qué fase concreta de su desarrollo. Mientras no podamos responder a estas cuestiones la izquierda será incapaz de forjar, sobre una base teórica rigurosa, una estrategia y una táctica revolucionarias. Con caracterizaciones tan laxas e insuficientes como las de capitalismo "heterogéneo", "desigual", "incipiente", "débil", de "desarrollo medio", "dependiente", "tardío", habrá amplio margen para la confusión y ni siquiera podremos ponernos de acuerdo en torno a quién es el principal enemigo y cuáles las fuerzas capaces de enfrentarse a él con éxito. Y mientras unos crean que aquel es el latifundista o la burguesía terrateniente, otros sostendrán que es la "gran" burguesía, la burguesía en general, el imperialismo extranjero, la "reacción interna", el Estado, los monopolios, el fascismo, los militares, etcétera.

Aspectos fundamentales del programa

Incluso para definir el objetivo central, dado que éste y sobre todo la posibilidad de convertirlo en realidad dependen de la situación política y aun histórica de la que se parte, es menester empezar por determinar la etapa del capitalismo –y de la lucha misma– en que nos hallamos.

Quienes hacemos ESTRATEGIA y en particular el que esto escribe, estamos convencidos que el capitalismo mexicano recorre una fase inicial del capitalismo monopolista de

Estado, lo que quiere decir que el factor principal condicionante del desarrollo del sistema y por tanto el subdesarrollo, el atraso, la dependencia y la explotación de nuestro pueblo es el capital monopolista de Estado; que éste es también el elemento dominante en el proceso de acumulación y en general en la conformación de las relaciones de producción; que la apropiación monopolista es decisiva en el funcionamiento de la contradicción fundamental y que dicho capital es la fuerza en que descansa la oligarquía, la que por ello no es ya simplemente una oligarquía financiera tradicional sino un complejo de poderosos intereses en el que se unen y apoyan mutuamente el capital monopolista privado y el Estado. El enemigo principal, por tanto, no es el imperialismo en abstracto ni tampoco un imperialismo puramente extranjero que nada tenga que ver con el capital monopolista nacional, y la oligarquía no es un mero signo del poder económico de las grandes empresas privadas, que pese a su innegable significación, no sea la fuerza política dominante. Lo que tampoco significa que el capital monopolista sea un cuerpo homogéneo, sin fisuras ni contradicciones y cuyas partes sean idénticas y se integren armónicamente. En rigor es una compleja e inestable unidad contradictoria cuyo funcionamiento interno es preciso examinar rigurosamente. El capital monopolista extranjero expresa intereses diferentes y desiguales que se manifiestan en ciertas contradicciones. No es lo mismo que el nacional, y dentro de éste hay también contradicciones tanto en el seno de la empresa privada como en sus relaciones con el Estado. Si, por ser todas ellas secundarias se menosprecian y dejan de ponderar cuidadosamente, ni podrán aprovecharse en la lucha política ni podrá ponerse en práctica una estrategia y sobre todo una táctica correctas. Y a la inversa, si su significación se exagera, y olvidando su verdadero alcance se pretende situarlas en el centro mismo de la lucha de clases y aun por encima de la contradicción principal –o sea la existente entre la burguesía y el proletariado– se caerá en una actitud reformista que, cuando más, derive en un antimperialismo demagógico, del que la supuesta burguesía

nacional reclamará la dirección, que históricamente ha demostrado ser incapaz de ejercer.

Si estamos en lo justo, podemos entonces postular que el objetivo de la lucha revolucionaria en un país como el nuestro debe ser el socialismo, es decir, un nuevo orden social que, al acabar con la explotación y con la propiedad privada de los medios de producción permita planificar el uso racional de los recursos productivos, empezando con la fuerza de trabajo. Mas para llegar al socialismo es preciso que los trabajadores conquisten el poder, de ahí que esta cuestión sea el centro de la lucha revolucionaria. ¿Comprenden ya todo esto los obreros, otros segmentos del proletariado y los campesinos mexicanos? Desafortunadamente, no. Como no entienden aún la importancia de unificar sus fuerzas y, en particular, que "El proletariado no dispone, en su lucha por el poder, de más arma que la organización". (V.I. Lenin, "*Un paso adelante, dos pasos atrás*".)

Sería ideal poder implantar el socialismo de un golpe, incruentamente, sin tener que tomar antes el poder y sustituir el Estado burgués por uno revolucionario. Pero ello es imposible, y deshonesto por tanto engañar a las masas con tal espejismo. Tan erróneo como sugerir que el socialismo está a la vuelta de la esquina es suponerlo tan lejano y difícil de alcanzar que al trazarse una estrategia obrera unitaria se deje de lado y aun olvide, como si fuese imposible.

La unidad nunca justifica la ambigüedad, el abandono y menos la violación de los principios, el desdén de la teoría y la debilidad frente al enemigo. Ni en aras de la unidad ni so pretexto de combatir al sectarismo se justifica una línea contemporizadora y débil, que queriendo ganar a elementos vacilantes acabe, en la práctica, rindiéndose a ellos o haciéndoles onerosas e innecesarias concesiones. Como bien dice Blas Roca: "Modificar el programa de las reivindicaciones básicas para hacerlo aceptable a algunos dirigentes derechistas no contribuye a la unidad ni representa verda-

dera lucha contra el sectarismo". Lo que no implica que no se pueda y deba ser flexible en cuestiones tácticas.[9]

Por eso es esencial comprender que un programa revolucionario debe no solamente incluir sino entrelazar y aun fundir, en una sola lucha, tanto reinvidicaciones concretas e inmediatas que respondan a legítimas aspiraciones e ingentes demandas populares como acciones políticas de mayor alcance, indispensables para avanzar en la lucha por el poder y por el socialismo. Si el programa se limita a reclamar ciertas reformas democráticas cae en el reformismo, y si ignorándose la dialéctica del proceso revolucionario y sin reparar en la importancia que aquéllas suelen tener para ganar a los obreros a la lucha y elevar su conciencia política, se reitera elementalmente que lo único que cuenta es el socialismo, se corre el riesgo de aislarse de las masas y caer en un ultraizquiedismo romántico, tipicamente pequeñoburgués.

En la fase actual del capitalismo mexicano, el enfrentamiento resuelto al capital monopolista puede ser el elemento cohesionador y la vertiente más prometedora de un programa revolucionario. Y ello, desde luego sin caer, en modo alguno, en un antimperialismo reformista y sin subestimar la contradicción principal ni postergar el objetivo socialista.[10] De lo contrario, la correcta ubicación del capital monopolista permite al proletariado entender mejor

[9] "...Es posible que en un momento determinado los aliados en los objetivos 'estratégicos... no coincidan enteramente en la táctica. No debiéramos en tal caso transformar la cuestión táctica en la clave de todas las relaciones..." Blas Roca, *Problemas del Frente Unico Antimperialista*, pp. 106 y 107.

[10] "La lucha antimonopolista no suplanta la lucha por el socialismo. Al contrario, la lucha por el socialismo como objetivo final es consustancial con la que se libra contra el adversario principal de ese objetivo, el capital monopolista". Todavía más: "el antagonismo socioeconómico entre los monopolios y la mayoría del pueblo surge sobre la base y en el curso del movimiento de la contradicción existente entre el trabajo y el capital, como derivado de ésta última". *Problemas del Movimiento Comunista*... ob. cit. pp. 250 y 257.

el papel del capital extranjero, su relación con el nacional y la estrecha vinculación de ambos con el Estado, así como el rol que éste juega en la explotación directa de los trabajadores, todo lo cual refuerza y facilita la combinación de la lucha económica y política.

Importa además comprender dos cuestiones programáticas que la burguesía tiende siempre a camuflar y a tergiversar. La primera es que no se trata, como suele repetirse en la propaganda anticomunista, de destruir un sistema "democrático" para instaurar un régimen "totalitario". La lucha revolucionaria tiende, en una fase de su desarrollo, a sustituir el poder y la dictadura de la burguesía por una dictadura popular. Eso es todo. A cambiar la dictadura de una minoría por la de la mayoría. La segunda consiste en que, siendo el capital monopolista expresión no únicamente de dominio nacional sino una estructura de poder inserta en un sistema internacional, que dispone de una estrategia global, el pueblo mexicano debe entender que su lucha es también de alcance internacional, por lo que no puede confinarse a las fronteras nacionales.

El reclamo chovinista según el cual los trabajadores mexicanos nada tienen que ver con lo que pasa en otros países, la tendencia a calificar de extrañas y aun exóticas las luchas de otros pueblos, y en cambio, de constructiva y patriótica la colaboración entre patrones y obreros mexicanos es sólo un signo del empeño de la clase dominante por impedir que los trabajadores cobren conciencia del carácter internacional de su lucha y comprendan que el socialismo no sólo no les es ajeno sino que es su propia causa.

El papel de las alianzas

Las alianzas son, como se sabe, fundamentales para fortalecer la lucha revolucionaria. Aun una clase obrera consciente, organizada, poderosa, requiere de ellas para incorporar a otros sectores a la lucha por el poder, pues la

suerte de ésta depende, en un momento dado, de la correlación de fuerzas existente.

Una política de alianzas, al igual que aquella con base en la cual se forja la unidad del proletariado, no puede ser circunstancial ni espontánea. Supone una base teórica y un examen sistemático de las principales contradicciones que condicionan el proceso social y, concretamente, la lucha de clases. Con el desarrollo del capitalismo cambia la importancia relativa y aun el carácter de las fuerzas en pugna. Sin tal examen, por tanto, al aliado potencial se le puede ver como enemigo y a éste como posible aliado. Una consecuente política de alianzas, además, debe descansar en la independencia de los trabajadores y sus organizaciones de vanguardia. De faltar esa independencia pueden darse importantes movilizaciones, pero la clase obrera no será hegemónica ni capaz de trazar una línea propiamente revolucionaria y menos aún de hacer triunfar la revolución. Subrayar tal hegemonía no significa subestimar a otras fuerzas. Implica ponderar correctamente las principales contradicciones y comprender que, por importante que sea, un aliado es siempre eso y no el protagonista central de la lucha.

Las condiciones imperantes en México dejan todavía mucho que desear. La clase obrera aún no logra independizarse ni puede, por tanto, jugar en la práctica el rol hegemónico que le corresponde. Tanto sindical como políticamente depende de la burguesía y del Estado y aun ciertas tentativas de cuestionamiento y ruptura denotan fuerte influencia de posiciones reformistas pequeñoburguesas.

Los partidos y organizaciones de izquierda aún no cuentan con una sólida y amplia base de masas y los intentos de acercar y unificar a las posibles fuerzas de vanguardia –socialistas y comunistas– son todavía iniciales y muy modestos, y con frecuencia se realizan al margen de las fracciones más importantes del movimiento obrero.

Ahora bien, ¿cuáles pueden ser los principales aliados de la clase obrera? En la fase actual del capitalismo mexicano

crece de prisa la población asalariada, y es aquí donde se halla el mayor potencial. En las ciudades surgen múltiples nuevas ocupaciones de trabajadores productivos e improductivos; y en el campo, sobre todo en las regiones más avanzadas, pierde importancia el campesinado tradicional y aumenta grandemente el número de jornaleros y trabajadores. Dentro de esta nueva estructura de clases los obreros hallan sus mejores aliados en ocupaciones y niveles que son, sin duda, parte del proletariado, es decir, entre los trabajadores modestos que generalmente son los más explotados y los que, por su condición de clase, tradición de lucha, nivel cultural y formas de trabajo y de vida se sienten más cerca de los obreros y por tanto más identificados con ellos.

En años recientes empieza a cobrar significación la solidaridad de técnicos, profesionistas y asalariados no obreros, pero que participan directamente en el proceso productivo, así como la simpatía de contingentes más amplios de intelectuales, maestros y otros trabajadores económicamente improductivos pero socialmente necesarios, que desde la cátedra, la investigación, la labor científica y artística, la obra literaria, la administración gubernamental y otras actividades profesionales comprenden cada vez mejor la limitaciones insuperables del capitalismo y las posibilidades que abre el socialismo a la humanidad. Incluso muchos de aquellos que aún no son atraídos por el marxismo, apoyan de un modo u otro las demandas obreras y populares y adoptan posiciones progresistas. Lo mismo acontece entre los estudiantes, sobre todo de nivel medio y superior, tanto en la capital de la República como en algunos de los principales centros urbanos, aunque las condiciones de unos y otros varían grandemente y la influencia burguesa y pequeñoburguesa es todavía muy fuerte, en particular en las áreas técnicas y de ciencias naturales.

En cuanto a los campesinos y ciertos pequeños productores urbanos –artesanos, comerciantes y otros– la situación es aun más desigual y mayor el peso ideológico de la clase en el poder. No obstante, entre los campesinos más pobres y

entre aquellos más activos en la lucha agraria y en la defensa de ciertas reivindicaciones democráticas, el proletariado tiene también un potencial que aprovechar, aunque para convertirlo en alianzas duraderas tendrá que avanzar mucho más, intensificar la lucha diaria, organizarse mejor y no sólo contar con un programa revolucionario sino haber logrado asimilarlo, difundirlo y popularizarlo ampliamente.

Dada la cada vez mayor influencia del capital monopolista y las múltiples formas en que éste afecta a las llamadas "capas medias", a ciertas fracciones de la pequeña burguesía y de la propia burguesía no monopolista, aun aquí hay elementos dispuestos a defender ciertas demandas democráticas y, en un momento dado, incluso a apoyar la lucha de los trabajadores por el socialismo. A juzgar, sin embargo, por la experiencia, si bien no debiera descuidarse la lucha ideológica y política en tales frentes, no parece que haya de ser especialmente importante y menos aún que, como se creía hace años, la burguesía "nacional" juegue un papel de primer orden. En la lucha antimperialista, la pequeña burguesía aporta y seguirá aportando mayores contingentes de inconformidad que la burguesía, cuyas contradicciones con el capital extranjero y con la oligarquía difícilmente pueden compararse al enfrentamiento con los trabajadores; por lo que es de esperarse que, aquí también, éstos y sus más resueltos aliados en el seno del proletariado, con la activa solidaridad de los obreros de otros países y del sistema socialista, sean el eje de la lucha contra el imperialismo.

Alianzas, lucha de clases y revolución

La adopción de una justa política de alianzas no es fácil. Además de la necesidad de satisfacer condiciones como las antes señaladas, la estructura y la lucha de clases le imponen límites que la burguesía, como expresión de esa propia lucha, trata siempre de borrar o rebasar. Lo que a ella interesa es preservar el orden establecido; lo que busca

el proletariado es cambiarlo. Dejar las cosas como están es mucho más fácil que transformarlas. De ello se aprovecha la clase en el poder para hacer gala de madurez y realismo. "Quien acepta una invitación del Partido Revolucionario Institucional –declara el presidente López Portillo– está aceptando compromisos con la realidad, no con las entelequias; se está saliendo de la torre de marfil para entrar y tocar la tierra". *(La República).* Lo que equivale a decir: si es usted realista únase a nosotros. Nosotros no somos una clase y menos una clase minoritaria; somos la nación misma, la realidad, la tierra. Lo demás, incluyendo la lucha revolucionaria son "entelequias" y "torres de marfil". El eje de la alianza que propone la burguesía es el Estado, y aunque la misión fundamental de éste es reproducir las relaciones capitalistas de producción y explotación, en la estrategia burguesa, su fortalecimiento cada vez mayor es la condición del progreso. O sea que, en tanto la alianza de otras fuerzas con el proletariado es condición para reforzar su hegemonía y activar la lucha de clases, para la burguesía es todo lo contrario: la sumisión de los trabajadores, el apaciguamiento y la preservación del orden social imperante. Lo que demuestra que la alternativa: colaboración o lucha de clases, es el centro del problema de la unidad y de las alianzas.

La crisis de los últimos años ha dado cierto impulso a la lucha social. Aunque México no es un eslabón débil en la cadena imperialista, las graves fallas –oficialmente reconocidas– de la política económica seguida hasta 1970, y el fracaso del gobierno echeverrista para hacer realidad la nueva estrategia del "desarrollo compartido" –del que la inflación, el creciente desempleo, la especulación incontenible y el escandaloso saqueo de divisas, el enorme déficit gubernamental, la devaluación del peso y el endeudamiento sin precedentes del país con el exterior son solamente algunos de sus signos más graves–, han contribuído a desprestigiar a la clase en el poder y a su política reformista.

El mito del «milagro mexicano» ha quedado bien atrás. El incumplimiento de tantas promesas empeñadas al

pueblo no sólo ha mostrado la demagogía de la clase en el poder sino su creciente incapacidad para atacar con éxito los más graves problemas de la nación. Aun los líderes charros han tenido, en ciertos momentos, que ser portavoces de justas demandas populares. Al calor de la inflación y de la creciente explotación, millares de obreros empiezan a cobrar conciencia de que sólo la lucha puede hacer cambiar su suerte.

Pero el nivel y los caracteres de esa lucha son todavía reveladores de la debilidad de la clase obrera y de la izquierda. Los principales conflictos siguen siendo espontáneos y sus reivindicaciones en buena medida, puramente sindicales. A menudo no se va más alla de la mera gestión para obtener mayores salarios y ciertas prestaciones. Y aun en los sindicatos más concientes de la necesidad de la independencia, la lucha por ésta, más que contra el enemigo de clase y su política se lanza contra ciertos instrumentos y busca, vanamente, la comprensión y aun el apoyo del Estado. Sin menospreciar, desde luego, ciertos avances, estamos lejos de que las luchas de los trabajadores rebasen los planes económicos más simples y se perfilen, en formas de acción política bien definidas, hacia la conquista del poder. En muchos de los planteos que se hacen desde la clase obrera se aprecia claramente el peso del reformismo: en vez de luchar contra la explotación capitalista se rechaza la explotación *excesiva* y se piden salarios *justos;* en vez de denunciar el contenido de clase de la política oficial, se pretende que el Estado defienda los intereses del pueblo y no los de la burguesía y la oligarquía; en vez de explicar por qué la intervención del Estado no puede resolver ciertos problemas estructurales, se abriga y fomenta la ilusión de que un mayor intervencionismo cambiaría radicalmente las cosas; en vez de comprender que sólo el proletariado, en el marco de una lucha revolucionaria en ascenso y no antes de tomar el poder, podrá realizar incluso las reformas democráticas que la burguesía no es ya capaz de poner en marcha y menos de llevar a su término, se realimenta la fe

en torno a la democracia burguesa. Y en vez de tener presente que el objetivo estratégico de la lucha es el socialismo, se cae a menudo en un pragmatismo raso y sin perspectivas, que recuerda la oportunista divisa de Bernstein: "el fin de la lucha no importa, lo que cuenta es el movimiento".

La lucha por el socialismo no es ya una quimera. Marx convirtió el socialismo utópico en ciencia y Lenin hizo de ésta una nueva realidad histórica. Quienes alegan que en México no puede pensarse siquiera en orientar la lucha del pueblo en una dirección genuinamente revolucionaria, son los mismos que creían imposible el triunfo de Vietnam sobre el imperialismo norteamericano, y que años atrás aseguraban que el socialismo no sería posible en un país como la Unión Soviética; son los voceros del "destino manifiesto", los que hace unos cuantos años afirmaban que era una locura pensar que Cuba podría hacer una revolución socialista a 90 millas de los Estados Unidos.

La lucha por el socialismo no es tampoco exótica ni contraria a la independencia nacional y a la democracia: es la condición para hacer posible esa independencia y para convertir en realidad viejas y justas aspiraciones democráticas que el capitalismo mexicano, pese al impulso que le dio la Revolución de 1910-17, no fue ni será ya capaz de satisfacer. Lo que a estas horas es utópico es el reformismo burgués, la ilusión de que mediante unos cuantos retoques más o menos superficiales e inocuos podrán cambiar las cosas a fondo.

La posición según la cual México hizo ya una revolución, por lo que ahora sólo requiere realizar ciertas reformas institucionales para cerrar el ciclo histórico abierto por aquélla, demuestra que la burguesía, que en las fases iniciales del desarrollo capitalista es partidaria de ciertos cambios, a la postre se vuelve tenaz defensora del injusto orden social sobre el que asienta su poder. El sexenio que acaba de concluir, el empeño con que el presidente Echeverría y varios de sus colaboradores reiteraron la necesidad de ciertas reformas democráticas y nacionalistas, la a

menudo dramática impotencia que el Estado exhibió no sólo para atacar los grandes problemas de la nación sino incluso para llevar a la práctica los modestos cambios que se creían inaplazables, constituye una prueba más de que la burguesía mexicana ha cumplido su misión. En adelante, aun las reformas que en otros países y otras épocas se realizaron bajo una dirección burguesa, serán aquí el inicio de una transformación social que sólo los trabajadores podrán llevar a cabo.

Y el horizonte, aunque no es ni con mucho radiante sino anunciador de una dura, y probablemente cruenta y larga lucha, empieza a despejarse y a mostrar signos de los que puede ser una nueva y decisiva etapa del proceso revolucionario mexicano. Los críticos profesionales y casi siempre pontificales de la izquierda, los liberales que creen que la lucha social nunca debiera rebasar sus inquietudes pequeñoburguesas y los partidarios de la unidad a cualquier precio afirman a a menudo que la división que sufrimos es cada vez mayor, que los desacuerdos se multiplican y que así no puede haber posibilidad alguna de avance.

Cierto que la situación es difícil. Pese a algunos tropiezos de la clase en el poder, el movimiento obrero mexicano sigue bajo su control ideológico y político; los trabajadores carecen aún de una conciencia y una organización revolucionaria, y el momento en que vanguardias y masas obreras se encuentren y fundan en uno o varios partidos comunistas y socialistas, capaces de forjar una alternativa de izquierda aun a corto plazo, y a partir de los cuales pueda surgir el partido capaz de llevar la lucha hasta la victoria, aún no está presente.

Pero hay, decíamos, signos que no dejan de ser alentadores y de los que eventualmente puede surgir una situación que abra, tanto a la unidad de los trabajadores como a la lucha de clases, otra perspectiva. Algunos de esos signos son los siguientes:

Cobran creciente relieve las movilizaciones obreras, principalmente contra el capital monopolista nacional y

extranjero, así como ciertas acciones reivindicatorias en zonas rurales en que el capitalismo ha logrado mayor desarrollo.

Se extiende la inconformidad contra el «charrismo» y los sindicatos independientes plantean problemas y enarbolan demandas que con frecuencia desbordan al sindicalismo oficial;

Se intensifica la lucha ideológica tanto fuera como, lo que es más importante, dentro del movimiento obrero, empezando a cuestionarse el reformismo, el nacionalismo, el anticomunismo, y en general algunos de los baluartes de la ideología burguesa;

Se extiende la convicción de que ningún sector de la burguesía mexicana, y mucho menos la extranjera, serán capaces de librar a nuestro país del subdesarrollo; y de las deformaciones que le son características;

Se desprestigian, por consiguiente, las posiciones de quienes, para legitimar su oportunismo, suponen al Estado independiente de la clase dominante, despojan a la llamada «burocracia política» de contenido de clase, exageran su capacidad de acción y terminan, incluso, subordinándose a ella;

Se comprende mejor, por otra parte, el verdadero alcance del anarquismo y el terrorismo, y el que la revolución no puede provocarse caprichosamente;

Y lo que es más significativo, empieza a entenderse que el marxismo-leninismo no es una fórmula mágica; que es solamente una ciencia, una teoría del desarrollo de la sociedad que sirve cuando, habiéndose asimilado profundamente sus principios, se es capaz de aplicarla creadoramente a una realidad concreta. De abajo hacia arriba, con fallas y tropiezos explicables, penosamente, sin que pueda por ahora ostentar realizaciones espectaculares, empieza a for-

jarse en el seno mismo de las viejas organizaciones de la izquierda y al margen de ellas, entre obreros y estudiantes, entre intelectuales y trabajadores del campo, entre millares de hombres y mujeres, desde la capital hasta los más lejanos rincones de la nación, un pensamiento y una conciencia socialistas, un pensamiento revolucionario que rompe con muchas ilusiones pequeñoburguesas y sienta las bases de una izquierda unida y genuinamente proletaria, que –podemos confiar en ello– sabrá cumplir con su misión histórica.

X

LA VIA MEXICANA AL SOCIALISMO.*

¿Vía capitalista o no capitalista?

Un somero inventario de los grandes problemas que aquejan hoy al pueblo mexicano permite advertir que no son fáciles de resolver. La experiencia de los últimos seis años entraña una lección que no debiera olvidarse, pues si bien ha dejado claro –incluso para muchos funcionarios que siempre la defendieron– que la política seguida a partir de los años cuarenta fue inadecuada para promover el desarrollo, no es menos claro –así se empeñen sus apologistas en hacernos creer lo contrario– que el nuevo desarrollismo es también incapaz de cambiar sustancialmente las cosas. El presidente Echeverría y algunos de sus colaboradores trabajaron, sin duda, con intensidad y probablemente pensaron que lograrían el cambio de «estructuras mentales» de que tanto se habló bajo el régimen. Mas el hecho es que los viejos problemas siguen en pie y que junto a ellos han surgido otros nuevos, no menos graves, lo que se explica porque se trata de problemas estructurales, inherentes a las relaciones mismas de producción y que en tal virtud no pueden por arte de magia –y menos todavía por arte de demagogia– resolverse con medidas que ni siquiera atacan sus causas fundamentales. Lo que está en juego no es sólo la incapacidad del PRI, del gobierno o incluso del Estado burgués sino de la clase dominante toda y del sistema en su conjunto. Ahora es más claro que nunca que más capitalismo no significa más prosperidad, ocupación plena o utilización racional de los recursos productivos ni tampoco

* Publicado en la revista ESTRATEGIA, No. 12, México, noviembre-diciembre 1976.

mayor estabilidad e independencia económica, o menor explotación de los trabajadores.

En los últimos decenios se ha hablado mucho de que una vía no capitalista podría librarnos del subdesarrollo. Lo ha hecho demagógicamente la burguesía al pretender, con el propósito de convencer a las masas de que el socialismo es innecesario, que el sistema que padecemos no es ya capitalismo sino una economía «mixta» que asegura un desarrollo con libertad y justicia. Ya vimos que esto es falso y que el capitalismo mexicano no resolverá sus más graves contradicciones tan sólo porque la burguesía le cambie de nombre y use, para designarlo, los más variados eufemismos. La vía no capitalista sólo fue viable hasta hoy en países como Mongolia, Vietnam y otros muy atrasados, en gran parte feudales, en los que las relaciones precapitalistas estaban aún muy extendidas, y en los que sirvió de puente para acelerar el tránsito al socialismo que en rigor fue el que hizo posible el cambio estructural. En países como el nuestro, empero, en donde el capitalismo arraigó desde hace mucho tiempo e incluso recorre ya una fase muy avanzada, tomar la vía no capitalista equivaldría a querer evadir el proceso histórico y escapar a las leyes que lo rigen. Si el obstáculo a nuestro desarrollo y la causa principal de la explotación de nuestro pueblo es el capitalismo monopolista, sólo descubriendo con precisión sus contradicciones actuales más graves y superándolas en la lucha revolucionaria, podremos seguir adelante. Y la única solución que se conoce a los problemas del capitalismo monopolista es el socialismo.

Pero, ¿lo comprende ya así nuestro pueblo? Desafortunadamente, no. Es todavía tan grande el peso de la ideología burguesa entre la propia clase obrera que muchos creen que si ya tuvimos la Revolución de 1910 no requerimos de otra; algunos piensan que aún sigue vigente, otros que ya murió pero no sin antes cumplir su cometido, otros más consideran que una nueva revolución sería imposible y utópica y no faltan quienes, ganados por las posiciones más reacciona-

rias, ven en la revolución algo subversivo y antipatriótico, sin comprender que se trata de un derecho inalienable de los pueblos y de la base misma en que descansan la soberanía nacional y el propio desarrollo de la sociedad. Aun en el seno de la izquierda hay quienes, conviniendo en principio y en abstracto en la necesidad de la revolución, prescinden del análisis de las contradicciones del capitalismo monopolista en su fase actual y conciben la lucha por el socialismo no como algo presente sino más bien como un objetivo lejano e incierto.

ESTRATEGIA no comparte tales posiciones y piensa que la lucha por el socialismo es impostergable. Pero esto no significa que hayamos descubierto un atajo que nos permita quemar etapas y abreviar el camino. Significa solamente que la lucha revolucionaria no es espontánea ni menos anárquica y que, ante la incapacidad del reformismo burgués para resolver las contradicciones del capitalismo mexicano, sólo una estrategia revolucionaria será capaz incluso de realizar las reformas democráticas que la Revolución iniciada en 1910 no pudo lograr bajo la dirección de la burguesía. Quiere decir, además, que si bien el socialismo no está a la vuelta de la esquina ni la revolución tiene ya señalada su hora como si fuese un estallido que se prepara mecánicamente con antelación, están ya dadas las condiciones objetivas necesarias para avanzar en la lucha por el poder y por una nueva sociedad.

Teoría y práctica de la revolución.

Para entender mejor esta cuestión decisiva, acaso sea útil recordar algunos principios de la teoría de la revolución, pues como suele decirse, nada hay tan importante en la práctica como una buena teoría.

Hemos dicho que el socialismo, que supone la socialización y el empleo más racional de los medios de producción

y el excedente económico, puede dar a nuestro pueblo el bienestar y la independencia de que carece. Pues bien, el socialismo sólo es posible a través de una revolución. Las revoluciones no son hechos anormales que alteren negativamente el curso de la historia; no son signos de muerte y de ruina sino de vida y de cambio: son incluso el motor del desarrollo de la sociedad y la condición indispensable para pasar de una formación social a otra superior. Para realizar con éxito una revolución socialista se requiere un proletariado conciente y organizado que asuma la principal responsabilidad en el proceso y un partido revolucionario que lo dirija en una lucha que reclama la solidaridad internacional de los trabajadores y que, en una país dependiente, sea capaz de fundir la legítima aspiración de plena independencia nacional y de respeto a ciertos derechos democráticos, con objetivos de mayor alcance, propiamente socialistas.

Una revolución socialista sólo puede darse a partir de una situación revolucionaria, es decir, de una crisis profunda que impida a la burguesía seguir gobernando como antes y que agrave las condiciones de las masas, generalice su descontento y las lance a la lucha. Sin una situación de ese tipo nunca ha habido hasta ahora una revolución, y aun estando presente no pocas veces se frustró. Entre una y otra hay todavía una gran distancia, y mientras aquélla consiste en la maduración de ciertas condiciones fundamentales objetivas, la revolución expresa esencialmente factores subjetivos: la conciencia de las masas, su disposición de lucha, su organización y la del partido; la capacidad, en fin, de éste, para dirigir al proletariado.

Tales principios tienen un valor general porque corresponden a leyes generales, que sin embargo no actúan del mismo modo en contextos históricos distintos. Pero lo que varía grandemente son las vías al socialismo, hasta el punto de que cada país, según su historia y sus condiciones, debe encontrar y definir la suya.

Algunos posibles rasgos de la vía mexicana.

¿Cuáles pueden ser algunas modalidades de la vía mexicana? Desde luego no lo sabemos con precisión. Sería pedante querer someter un proceso tan complejo a un esquema necesariamente burdo. La vida es siempre más rica que cualquier previsión y suele tomar los caminos más inesperados; y si algo no es dogmático es el marxismo. La lucha misma y sus avances nos darán la respuesta. Pero si hemos de utilizar la teoría como un valioso auxiliar, como una guía, con fines de discusión podrían plantearse las cuestiones siguientes:

1) En México hubo una revolución democrático-burguesa de cierta significación que sin duda impulsó el proceso capitalista, pero que no permitió un desarrollo más o menos homogéneo e independiente. Lo que fraguó fue el capitalismo del subdesarrollo, o sea una formación desprovista de la pujanza característica del llamado «modelo» clásico y de otras versiones posteriores y profundamente contradictoria, deforme e irracional. De ahí que la vía mexicana al socialismo tendrá una relación estrecha, aunque no mecánica, con los caracteres y más graves contradicciones que, en tal sistema, exhibe el proceso de acumulación de capital.

2) Por su magnitud y su mayor concentración, porque de ella depende en gran parte la producción y la plusvalía que controla el capital monopolista, y también por su grado de conciencia, la clase obrera será en México la fuerza más importante en la lucha por el socialismo. Pero como el capitalismo mexicano es muy desigual y no ha sido ni será capaz de revolucionar el campo con rapidez, de intensificar la modernización y elevar grandemente la productividad, de descomponer más de prisa al campesinado y de destruir en gran parte la pequeña producción mercantil y desplazar el grueso de la población rural hacia las ciudades; y como tampoco ha sido ni será capaz de dar a los trabajadores

urbanos una ocupación estable en la industria moderna y en el comercio y los servicios ligados a ella, la alianza de la clase obrera con los campesinos pobres y con los trabajadores del campo, por un lado, y con el proletariado no obrero y aun amplios sectores de la pequeña burguesía y de las llamadas capas medias, por el otro, será muy importante.

3) Dada la significación que el imperialismo, y en particular el imperialismo norteamericano ha tenido en nuestra historia, y dado el papel que el capital monopolista extranjero juega hoy en el proceso económico e incluso en la vida social y política del país, la revolución socialista pasará por una profunda lucha antimperialista susceptible de atraer e incorporar activamente a grandes masas.

4) Habiendo sido nuestro país durante siglos una colonia y más tarde una semicolonia, y teniendo el nacionalismo una larga y profunda tradición, es probable que la lucha por el socialismo exhiba a la vez un fuerte acento nacionalista, que a diferencia del nacionalismo burgués reivindique genuinamente los más altos valores nacionales sin caer en el chovinismo y el anticomunismo, sino al contrario, fundiéndolos con el internacionalismo proletario.

5) En un país en que la desigualdad social es tan dramática, el desperdicio tan común, la explotación tan intensa, la corrupción tan extendida y el despojo y el atropello tan frecuentes, la lucha por el poder y por el socialismo difícilmente podrá desentenderse de esos y otros problemas de los que son víctimas millones de mexicanos.

6) El peso decisivo que ejerce el capital monopolista nacional y extranjero y la forma estrecha y peculiar en que, en su seno y aun al margen de él, se liga el Estado a los monopolios, contribuirán a que la lucha antimperialista no se limite al enfrentamiento con los enemigos de fuera o con las trasnacionales que operan en nuestra patria, sino que se complemente e integre con una lucha

antimonopolista más profunda, que deslinde y vuelva más vulnerable a la oligarquía mexicana y descubra tanto sus relaciones más íntimas con el capital extranjero y con el Estado, como el carácter burgués de éste.

7) La lucha revolucionaria, en consecuencia, pasará también por el enfrentamiento a las posiciones reformistas y oportunistas que niegan o al menos soslayan tal caracter; implicará asimismo la intensificación de las luchas de los trabajadores con las empresas estatales y, en un país sin una rica tradición democrática en el que con frecuencia se violan incluso los derechos más elementales, tendrá que fundirse con, y aun recorrer una primera etapa en que la lucha de masas cobre especial fuerza en torno a ciertas demandas democráticas, que sin embargo sólo podrán lograrse si el proletariado es ya, en forma clara y definitiva, la fuerza política hegemónica y se proyecta con decisión, como ocurrió en la revolución cubana, hacia el socialismo.

8) Ante el peligro, en fin, de una tercera guerra mundial que sólo al imperialismo interesaría provocar –y que en una coyuntura crítica puede ser la forma en que estalle la contradicción capitalismo-socialismo–, la lucha revolucionaria tendrá de su lado y contará con la contribución de la lucha por la paz, la que de preservarse permitirá disponer más fácilmente y con menor costo para otros pueblos del apoyo decisivo de los países socialistas, sin el cual probablemente no habrían triunfado la revolución cubana, la heroica lucha del pueblo vietnamita y el movimiento popular de Angola.

El que bajo el capitalismo mexicano estén dadas desde hace tiempo las condiciones objetivas, podríamos decir históricas, para avanzar hacia el socialismo no significa que haya una situación revolucionaria ni que las condiciones subjetivas hayan logrado el nivel de aquellas. Nuestro país no es, por cierto, el eslabón más débil de la vieja cadena imperialista en América Latina, sino más bien de los menos débiles. Los desajustes y contradicciones que culminan con

la devaluación del peso no exhiben siquiera una crisis política profunda. Expresan más bien una crisis económica que el Estado, el Fondo Monetario y la burguesía nacional y extranjera se aprestan ya a mitigar. Sin duda la contradicción capitalista fundamental se ha agudizado en los últimos años. Pero sería caer en un materialismo vulgar, meramente economicista, trasladarla mecánicamente a otros planos y suponer que en ellos las cosas se han agravado paralelamente y con la misma intensidad. Las luchas sindicales recientes y la multiplicación de pequeños esfuerzos que se caracterizan por una mayor conciencia crítica, así como la búsqueda de nuevos planteos y formas de acción que impulsen la lucha revolucionaria, aunque dignos del mayor respeto y muy alentadores dejan ver que estamos todavía en una fase incipiente y lejos de aquellas en que habrá de debatirse centralmente el problema del poder. Mientras éste sea detentado por la burguesía no habrá cambios fundamentales. Antes será preciso que los obreros cobren conciencia, en la vida y en la lucha cotidianas, de la necesidad de la revolución; que ganen a miles de otros trabajadores a la actividad sindical y política, que las fuerzas adictas al socialismo formulen, a partir del conocimiento profundo de nuestra realidad y como resultado, a la vez, de un esfuerzo teórico serio, un programa propiamente revolucionario; que el nivel actual de organización se eleve sensiblemente y que la dirección del movimiento de masas pase, de la burguesía, el PRI y los líderes «charros,» a un proletariado que conquiste la vanguardia de los trabajadores. La actual crisis capitalista y los profundos desequilibrios que la devaluación del peso ha puesto en relieve y está contribuyendo incluso a agudizar, el hecho de que los monopolios sean los principales beneficiarios, el explicable descontento de amplias capas del pueblo, la subordinación de la política financiera y aun de la estrategia económica del gobierno al Fondo Monetario Internacional, y la instalación de un nuevo gobierno, crean un clima propicio para luchar, para defender los intereses más genuinos del pueblo, para extender la solidaridad y promover nuevas

acciones, para combatir el reformismo y la ideología burguesa, por un lado, y por el otro el ultraizquierdismo y el sectarismo; para unir a importantes contingentes populares en un vasto programa antimperialista y antimonopolista, y para avanzar en la forja de una alternativa que, en la teoría y en la práctica, estratégica y tácticamente, abra la perspectiva de una lucha revolucionaria capaz de llevar al pueblo al poder.

Que esa lucha puede ser larga y cruenta, sin duda. Ninguna revolución es fácil. Y si algún pueblo ha pagado un alto precio por lo poco que tiene de libertad y bienestar es el pueblo mexicano. La guerra de independencia fue una demostración dramática de hasta dónde la clase dominante, aun sin tener posibilidades de triunfo, es capaz de recurrir a la destrucción y la violencia para preservar sus privilegios.

El movimiento de Reforma y la manera toda en que el capitalismo mexicano, literalmente chorreando sangre, se afirma en nuestro país, comprueban que el progreso social suele imponer grandes sacrificios a los pueblos.

La Revolución Mexicana, que especialmente en 1913-15 cobra inusitada violencia y destruye riquezas materiales y centenares de miles de vidas humanas, aun ya entrados los años veinte se expresa a menudo en nuevas oleadas de sangre.

El pueblo, claro, no es partidario de la violencia. En verdad es casi siempre víctima inocente de ella. Y así como ahora sufre la sorda y diaria violencia de la explotación, de la ignorancia, del abandono, el atropello, la represión y la injusticia, mañana, cuando su conciencia revolucionaria, su organización, su unidad y su fuerza le permitan llevar la lucha por el poder a planos que entrañen una seria amenaza para la burguesía, ésta echará mano de todos los medios a su alcance incluyendo naturalmente la ilegalidad y las armas, para impedir que el pueblo rescate su dignidad y se adueñe de su destino.

Pero los pueblos, como lo demuestra la historia, apren-

den a responder a la violencia con la violencia y a valerse de ésta para vencer al enemigo y forjar un nuevo y mejor orden social. En esta dirección empieza a moverse el pueblo mexicano, y, aunque su marcha es todavía lenta y a veces incierta y seguramente habrá de encontrar muchos obstáculos difíciles de vencer, podemos confiar en que si los trabajadores se entregan generosamente a la causa de la revolución con energía, con disciplina e inteligencia, dispuestos a comprometer en esa causa su tranquilidad, su libertad y aun su vida, nadie podrá impedirles la victoria.

Este libro se terminó de imprimir el día 6 de mayo de 1977 en los talleres de la Editorial Libros de México, S. A. Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F. Su tiro consta de 4 000 ejemplares.

16750

AGUILAR

CAPITALISMO Y REVOLUCION EN MEXICO

HC135
A39